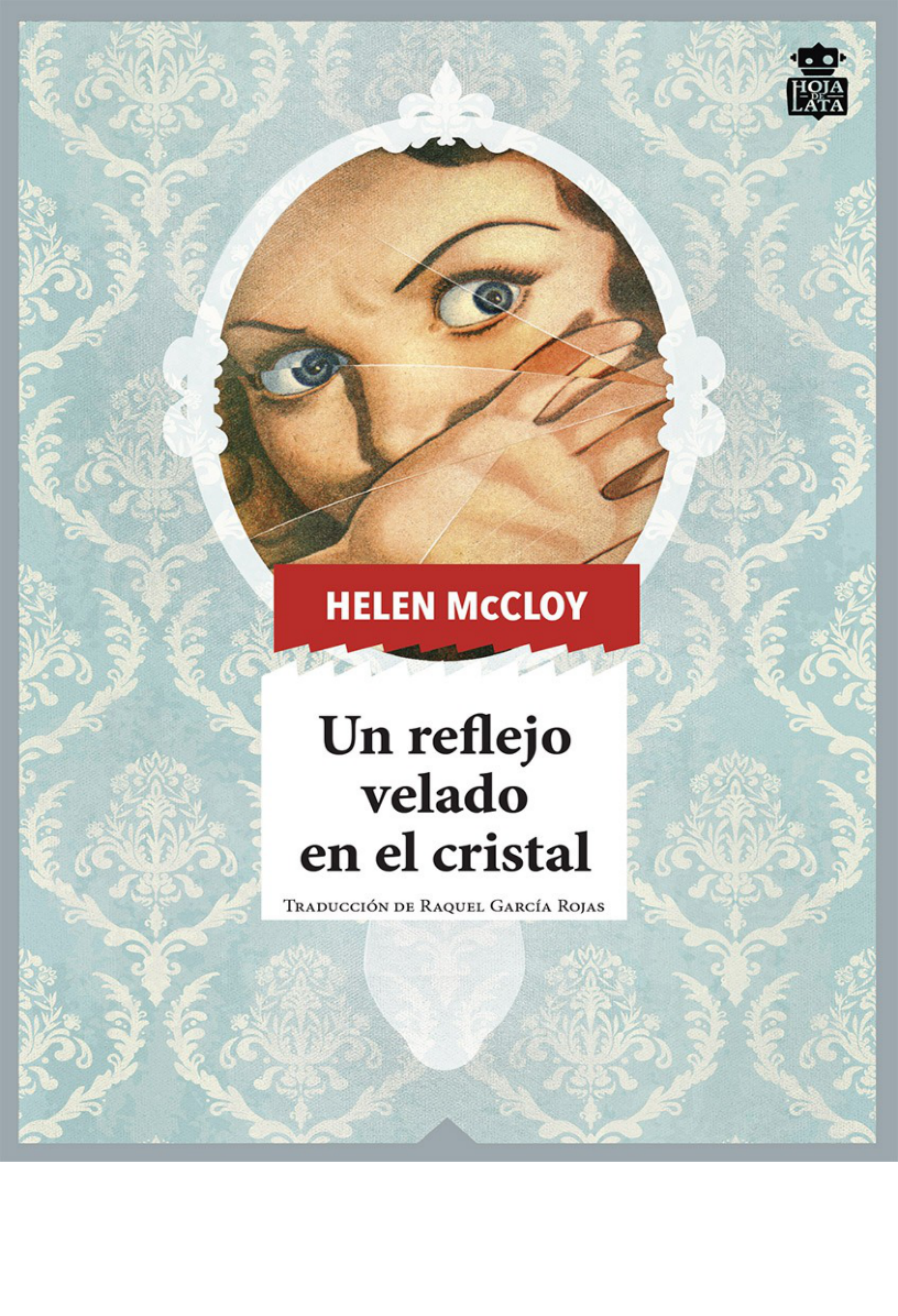

HOJA DE LATA
HELEN McCLOY
Un reflejo velado en el cristal
Traducción de Raquel García Rojas

# UN REFLEJO VELADO EN EL CRISTAL

**HELEN MCCLOY**

TRADUCCIÓN DE RAQUEL GARCÍA ROJAS



SENSIBLES A LAS LETRAS, 77

Título original: *Through a Glass, Darkly*
Primera edición en Hoja de Lata: noviembre del 2021



Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu
Diseño de la portada: Pixelbox
Corrección: Olaya González Dopazo

ISBN: 978-84-18918-22-3
Producción del ePub: booqlab

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

# CAPÍTULO UNO

*Tienes el rostro que a una mujer conviene*
*como celosía de su alma,*
*la clase de belleza que en el infierno*
*llaman humana, Faustina.*

La señora Lightfoot estaba de pie junto a la ventana mirador.

—Siéntese, señorita Crayle. Me temo que tengo malas noticias.

Los labios de Faustina mantuvieron su acostumbrada sonrisa afable, pero un atisbo de recelo asomó a sus ojos. Solo un instante. Luego los párpados cayeron. Ese momento, sin embargo, fue desconcertante, como si un vagabundo se hubiese asomado de pronto por la ventana del piso de arriba de una casa en apariencia vacía y protegida contra las intrusiones.

—¿Sí, señora Lightfoot?

Hablaba en voz baja y clara, el tono refinado que se esperaba de todas las profesoras de Brereton. Era alta para su sexo y delgada hasta el extremo de la fragilidad, con muñecas y tobillos delicados y manos y pies estrechos. Todo en ella sugería candor y dulzura: el alargado óvalo de su rostro, cetrino y serio; los ojos azules, empañados, atentos y un poco miopes; el cabello sin adornos, leve halo castaño claro que se agitaba con suavidad cada vez que movía la cabeza. Parecía ya bastante serena mientras cruzaba el despacho hacia un sillón.

La serenidad de la señora Lightfoot igualaba a la de Faustina. Hacía mucho tiempo que había aprendido a reprimir las señales externas del azoramiento. En ese momento su orondo semblante se mostraba imperturbable, con cierto aire a la reina Victoria en el puchero malhumorado del labio inferior y los ojos claros y redondos algo saltones entre las blancas pestañas. En cuanto a indumentaria, se inclinaba por los tonos cuáqueros —el clásico marrón grisáceo apagado que las modistas llamaban «topo» en los años treinta y «anguila» en los cuarenta— y tejidos bastos de *tweed* o grueso terciopelo, sedas fuertes o gasas vaporosas según la estación y las circunstancias, que por las noches combinaba con las perlas buenas de su madre y encajes antiguos. Incluso su abrigo de invierno era de piel

de topo, la única con esa misma mezcla de gris paloma y marrón ciruela. Esta constante preferencia por un color tan recatado le daba un aire de moderación que siempre impresionaba a los padres de sus alumnas.

—No espero malas noticias —continuó Faustina. Luego esbozó una modesta sonrisa—. En fin, no tengo familia cercana.

—No es nada de eso —replicó la señora Lightfoot—. Para no andarme con rodeos, señorita Crayle, debo pedirle que abandone Brereton. Con seis meses de sueldo, por supuesto. Su contrato así lo estipula. Pero debe marcharse de inmediato. Mañana, como muy tarde.

Faustina entreabrió los exangües labios.

—¿A mitad del trimestre? Señora Lightfoot, eso es… ¡inaudito!

—Lo lamento, pero tiene que irse.

—¿Por qué?

—No puedo decírselo.

La señora Lightfoot se sentó tras su escritorio, una espineta colonial de palisandro reconvertida. Junto al vade malva, había adornos de cobre y un cuenco de porcelana rojo sangre lleno de dulces y oscuros caramelos de violeta.

—¡Y yo que pensaba que todo iba tan bien! —A Faustina se le quebró la voz—. ¿Es por algo que haya hecho?

—No es nada de lo que sea usted directamente responsable. —La señora Lightfoot alzó de nuevo los ojos, brillantes y transparentes como el cristal. Igual que el cristal, parecían brillar por reflexión, como si no tuvieran una sola chispa de luz propia—. Digamos que no termina de ajustarse a la esencia del espíritu de Brereton.

—Disculpe, pero debo pedirle que sea más específica —se aventuró Faustina—. Tiene que tratarse de algo terminante o no me pediría que me fuese a mitad del trimestre. ¿Está relacionado con mi carácter? ¿O con mi competencia como profesora?

—Ninguna de las dos cosas se ha puesto en cuestión. Es solo que… En fin, no encaja en el modelo de Brereton. Ya sabe que hay ciertos colores que desentonan entre sí, el rojo tomate con el rojo vino, por ejemplo. Pues es lo mismo, señorita Crayle. Su sitio no está aquí. Pero no debe desanimarse: aún puede resultar útil y ser feliz en otro tipo de escuela. En esta no encontrará su lugar.

—¿Cómo puede estar tan segura si solo llevo cinco semanas aquí?

—Los conflictos emocionales se desarrollan rápido en la atmósfera de un internado femenino. —La resistencia siempre hacía que la señora Lightfoot hablara en un tono más cortante y aquella era una resistencia inesperada de alguien que siempre había parecido tímido y sumiso—. Es una cuestión tan sutil que apenas puedo expresarlo con

palabras, pero debo pedirle que se marche por el bien del colegio.

Faustina se había levantado, sacudida por la vana furia de la impotencia.

—¿Se da cuenta de cómo afectará esto a mi futuro? ¡La gente pensará que he hecho algo terrible! ¡Que soy cleptómana o lesbiana!

—Créame, señorita Crayle, esos son asuntos de los que no se habla en Brereton.

—¡Se hablará si le pide a una profesora que se marche en mitad del primer trimestre sin explicarle por qué! Hace solo unos días dijo que mi clase era «de lo más satisfactoria». Esas fueron sus palabras exactas. Y ahora… Alguien debe de estar contando mentiras sobre mí. ¿Quién es? ¿Qué le ha dicho? ¡Tengo derecho a saberlo si me va a costar el empleo!

Algo que podría haber sido compasión asomó a los ojos de la señora Lightfoot.

—Le aseguro que lo siento por usted, señorita Crayle, pero lo único que no puedo ofrecerle es una explicación. Me temo que no lo había considerado desde su punto de vista hasta ahora. Verá, Brereton significa muchísimo para mí. Cuando me hice cargo de la escuela, tras el fallecimiento de la señora Brereton, el colegio se moría también. Yo le insuflé vida. Ahora nuestras chicas vienen de todos los estados de la Unión, incluso de Europa desde la guerra. No somos solo otra ridícula escuela privada para señoritas. Tenemos una tradición académica. Se dice que la educación es lo que recuerdas cuando ya has olvidado tu formación. Las graduadas en Brereton recuerdan más que las muchachas de otras escuelas. Dos jóvenes de Brereton que se encuentran fuera de aquí, sin haberse visto nunca, a menudo se reconocen por la forma de pensar y de hablar de nuestra institución. Desde la muerte de mi esposo, esta escuela ha ocupado su lugar en mi vida. No acostumbro a ser una persona cruel, pero si me enfrento a la posibilidad de que arruine usted Brereton, puedo ser absolutamente despiadada.

—¿Arruinar Brereton? —repitió Faustina con un hilo de voz—. ¿Cómo iba yo a arruinar Brereton?

—Digamos que por el ambiente que crea.

—No sé a qué se refiere.

La mirada de la señora Lightfoot se perdió en la ventana abierta. Fuera crecía la hiedra y las sombras de las hojas moteaban el ancho alféizar. Más allá, el sol del atardecer bañaba la descolorida hierba otoñal con una luz diluida y clara. El crepúsculo del día y el crepúsculo del año parecían confluir en una mutua despedida del calor y la luminosidad.

La señora Lightfoot exhaló un hondo suspiro.

—Señorita Crayle, ¿está segura de que no puede imaginárselo?

Tras una pausa momentánea, Faustina recuperó impulso.

—Por supuesto que estoy segura. ¿No podría decírmelo, por favor?

—No era mi intención llegar hasta donde he llegado. No diré nada más.

Faustina reconoció el tono concluyente y siguió con voz lenta y derrotada, como una anciana.

—No creo que consiga otro trabajo de profesora con el curso tan avanzado, pero si optase a algún puesto el año que viene, ¿podría remitirlos a usted? ¿Estaría dispuesta a decirle a la directora de otra escuela que soy una profesora de arte competente, que en realidad no ha sido culpa mía tener que abandonar Brereton de forma tan repentina?

Los ojos de la señora Lightfoot se tornaron fríos y firmes, la mirada de un cirujano o un verdugo.

—Lo lamento, pero de ningún modo puedo recomendarla como profesora a nadie más.

Todo lo que había de infantil en Faustina salió a la superficie. Sus claras pestañas se anegaron de lágrimas. Los desvalidos labios le temblaban. Pero no protestó más.

—Mañana es martes —añadió enseguida la señora Lightfoot—. Por la mañana solo tiene una clase, debería darle tiempo a hacer el equipaje. Y creo que por la tarde se reúne con el comité para la obra de teatro griega, a las cuatro. Si se marcha nada más terminar, podrá coger el tren de las seis y veinticinco para Nueva York. A esa hora, su partida llamará poco la atención. Las muchachas estarán vistiéndose para cenar. A la mañana siguiente, en la asamblea, anunciaré que se ha ido y que las circunstancias hacen imposible su regreso, muy a mi pesar. No tiene por qué haber habladurías. Será lo mejor para la escuela y para usted.

—De acuerdo.

Medio cegada por el llanto, Faustina se dirigió a trompicones hacia la puerta.

Fuera, en el amplio pasillo, un rayo de sol caía en oblicuo desde la ventana de la escalera. Dos chiquillas de catorce años bajaban también, Meg Vining y Beth Chase. La severidad varonil del uniforme de Brereton no hacía sino realzar la belleza femenina de Meg: piel sonrosada, rizos corlados, ojos de un brillo neblinoso como zafiros estrella; pero ese mismo uniforme sacaba a relucir los rasgos poco atractivos de Beth: pelo desmochado y parduzco como un ratón, rostro pálido y afilado y un cómico y caprichoso jaspeado de pecas.

Al ver a Faustina, las dos caritas se volvieron insulsas como agua de arroz mientras dos agudas vocecillas entonaban a coro: «¡Buenas

tardes, señorita Crayle!».

Faustina asintió en silencio, como si no confiara en su propia voz. Dos pares de ojos la siguieron de soslayo mientras subía al siguiente rellano. Ojos abiertos como platos, pero no inocentes. Más bien curiosos y suspicaces.

Faustina apretó el paso y llegó arriba jadeando. Allí se paró a escuchar. Por el hueco de la escalera subía una diminuta risita, atiplada como la de unos duendecillos histéricos o como si fueran ratones.

Faustina se alejó de aquel sonido casi a la carrera por el pasillo del segundo piso. A su derecha se abrió una puerta. Una doncella, con cofia y delantal, salió y miró por la ventana que había al fondo del corredor. Su cabello rubio reflejó el último rayo de sol con un destello como de latón deslustrado.

Faustina logró serenar sus temblorosos labios.

—Arlene, me gustaría hablar contigo.

La muchacha dio un violento respingo y giró en redondo, sobresaltada y hostil.

—¡Ahora no, señorita, tengo que trabajar!

—Ah… Está bien. Más tarde, entonces.

Cuando Faustina pasó por su lado, Arlene retrocedió y se pegó a la pared. Las dos niñas la habían mirado con picardía, con sentimientos encontrados, pero aquel rostro de cutis irregular estaba marcado por una emoción dominante: el terror.

# CAPÍTULO DOS

*¿Qué víboras acudían a mudar la piel,*
*qué obscenas sierpes enroscadas*
*alargaban el suave cuello*
*para acariciar a Faustina*?

Faustina entró en la habitación de la que acababa de salir Arlene. Una alfombra de piel blanca cubría el suelo de color caramelo. Blancas cortinas enmarcaban la ventana. La cómoda estaba pintada de amarillo narciso. Sobre la blanca repisa de la chimenea había varios candelabros de latón con colgantes de cristal y velas de arrayán, de cera verde y aromática. La butaca orejera y el banco de la ventana estaban forrados de cretona color crema con un estampado de flores violetas y hojas verdes. Los colores eran alegres como una mañana de primavera, pero… la cama estaba sin hacer, la papelera sin vaciar y el cenicero a rebosar de ceniza y de colillas.

Faustina cerró y cruzó la habitación hacia el banco de la ventana, donde yacía un libro abierto. Empezó a pasar las páginas con una urgencia frenética. Entonces llamaron a la puerta. Cerró el libro y lo escondió detrás de un cojín, que luego compuso de nuevo para que no se notase que lo habían movido.

—¡Adelante!

La joven del umbral parecía salida de un manuscrito iluminado con caligrafía cúfica, donde aún puede verse a esas damas persas —muertas hace dos mil años— a lomos de unas yeguas con los ojos tan negros, la piel tan blanca, tan ligeras y esbeltas como ellas. Podría haber llevado sus mismos brocados dorados y rosas con elegancia, pero el clima de Estados Unidos y el siglo veinte la habían vestido con una pulcra falda de franela gris y un suéter verde pino.

—Faustina, los trajes griegos… —Pero enseguida se detuvo—. ¿Qué ocurre?

—Por favor, entra y siéntate —contestó Faustina—. Quiero preguntarte una cosa.

La otra obedeció en silencio y optó por el banco de la ventana en lugar del sillón.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias.

Despacio, meticulosamente, Faustina colocó la cigarrera de nuevo sobre la mesa.

—Gisela, ¿qué pasa conmigo?

Esta respondió con prudencia.

—¿A qué te refieres?

—¡Sabes de sobra a qué me refiero! —Faustina hablaba con voz seca y cascada—. Tienes que haber oído rumores sobre mí. ¿Qué es lo que dicen?

Unas pestañas largas y negras son tan prácticas como un abanico para ocultar los ojos. Cuando Gisela alzó otra vez las suyas, tenía una mirada ambigua. Hizo un leve gesto con la mano, que arrastró el humo del cigarrillo, hacia el cojín que tenía al lado.

—Siéntate y no te alteres, Faustina. No creerás de verdad que tengo ocasión de oír rumores, ¿no? Soy extranjera y vine aquí como refugiada. Nadie confía nunca en los extranjeros, sobre todo en los refugiados. Demasiados se han mostrado desagradecidos e incapaces de adaptarse. Yo no tengo amigas íntimas aquí. La escuela me tolera porque mi alemán es correcto y mi acento vienés resulta más agradable a vuestros oídos que la forma de hablar de los berlineses. Pero mi nombre, Gisela von Hohenems, tiene aún connotaciones desagradables con la guerra tan reciente. Así que… —Se encogió de hombros—. Paso muy poco tiempo tomando el té o charlando con un cóctel en la mano.

—Estás evitando la pregunta. —Faustina se sentó, pero sin relajarse—. No puedo ser más directa: ¿has oído algún rumor sobre mí?

El bello contorno de la boca de Gisela se deformó con esa expresión que nuestros amigos denominan «carácter» y nuestros enemigos «tozudez».

—No —contestó cortante.

Faustina suspiró.

—¡Ojalá los hubieras oído!

—¿Por qué? ¿Quieres que la gente chismorree sobre ti?

—No. Pero ya que lo hacen, me gustaría que chismorreasen contigo porque eres la única persona a la que puedo preguntar. La única que podría contarme lo que se va diciendo por ahí y quién lo dice. La única amiga de verdad que he hecho aquí. —Entonces, con una repentina timidez, se sonrojó—. ¿Puedo considerarte mi amiga?

—Por supuesto. Soy tu amiga y espero que tú la mía. Pero sigo perdida con todo esto. ¿Qué te hace pensar que circulan rumores sobre ti?

Faustina aplastó con cuidado el cigarrillo en el cenicero.

—Me han despedido. Así, sin más.

Gisela se quedó boquiabierta.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. La señora Lightfoot no ha querido explicármelo. A menos que pueda llamarse explicación lo que no ha sido sino un cúmulo de tópicos imprecisos sobre mi falta de adecuación al modelo de Brereton. Me voy mañana. —Faustina se atragantó con la última palabra.

Gisela se inclinó hacia delante para cogerle la mano. Fue un error. Las facciones de Faustina se retorcieron. Los ojos se le llenaron de lágrimas como si una mano invisible y cruel quisiera sacárselos de las órbitas.

—Y eso no es lo peor.

—¿Qué es lo peor?

—Está pasando algo a mi alrededor. —Las palabras le salían a borbotones, como si ya no pudiera contenerlas ni un segundo más—. Hace tiempo que me doy cuenta, pero no sé qué es. Hay todo tipo de indicios. Detalles.

—¿Como cuáles?

—¡Mira mi habitación! —Faustina hizo un gesto de amargura—. Las chicas del servicio no hacen aquí lo que pueden hacer por ti o por las otras profesoras. Nunca me abren la cama por la noche y la mitad de los días ni siquiera está hecha. Jamás tengo agua fresca en el termo ni limpian el polvo. He de vaciar la papelera y el cenicero yo misma. Una vez, la ventana se quedó abierta todo el día y, cuando fui a acostarme, esto estaba helado.

—¿Por qué no te has quejado a la señora Lightfoot o al ama de llaves?

—Lo pensé, pero soy nueva aquí y este trabajo era muy importante para mí. Además, no quería meter a Arlene en un lío. Es ella la que tendría que arreglar mi habitación y siempre me ha dado pena, con lo torpe y tímida que parece. Al final hablé yo misma con ella, pero fue como hablar con una sordomuda.

—¿No te oía?

—Me oía perfectamente, pero no escuchaba. Había una obstinación y una resistencia ocultas tras esa apariencia inexpresiva que no fui capaz de vencer. —Faustina se encendió otro cigarrillo, demasiado absorta para ofrecerle el estuche a Gisela—. La muchacha no se mostró insolente ni huraña, solo… retraída. Masculló algo así como que no se había dado cuenta de que mi cuarto se había descuidado, prometió encargarse de ello en el futuro y luego siguió sin hacerlo. Hace un rato me ha evitado casi como si me tuviese miedo, pero eso

es absurdo, por supuesto. ¿Quién iba a tener miedo de un ratón de biblioteca como yo?

—¿Y te basas solo en la actitud de Arlene?

—¡No! Todo el mundo me rehúye.

—Yo no.

—Gisela, de verdad, tú eres la única excepción. Si propongo a cualquiera de las demás profesoras ir a tomar un té al pueblo o una copa a Nueva York, se niegan. No una vez ni dos, siempre. No solo dos o tres profesoras, todas ellas… Menos tú. Y se niegan con un reparo muy extraño, como si yo tuviese algo de malo. La semana pasada, en Nueva York, me crucé con Alice Aitchison en la Quinta Avenida, frente a la biblioteca. Yo hice por sonreír, pero desvió la mirada y fingió no haberme visto, aunque estoy segura de que me vio. Fue muy evidente, en realidad. Y luego está lo de las niñas en clase.

—¿Son insubordinadas?

—No, no es eso. Hacen todo lo que les digo. Incluso me plantean preguntas inteligentes sobre las lecciones, pero…

—Pero ¿qué?

—Me observan.

Gisela se echó a reír.

—Ojalá mis alumnas me observasen a mí. Sobre todo cuando estoy explicando algo en la pizarra.

—No es solo cuando estoy explicando algo —le aclaró Faustina—. Me observan constantemente. Dentro y fuera del aula, sus miradas me persiguen. Es algo… antinatural.

—¡Sobre todo en clase!

—No te burles —protestó Faustina—. Es muy serio. Siempre están como al acecho y, aun así…, a veces tengo la extraña sensación de que no me están observando a mí.

—No te entiendo.

—No puedo explicarlo bien porque ni yo misma lo comprendo, pero… —En ese momento se le ahogó la voz—. Parece que observan y escuchan como si esperasen que ocurriera algo. Algo de lo que yo no soy consciente.

—¿Quieres decir como si esperaran que te desmayases o que te pusieras histérica?

—Tal vez, no lo sé. Algo así. Pero no me he desmayado ni me he puesto histérica en la vida. Y aún hay más. Para empezar, son demasiado amables conmigo. Por otra parte, cuando me las cruzo en el camino de la entrada o en el pasillo, tienen una mirada entre curiosa y cómplice. Como si supieran más de mí misma que yo. Y es muy frecuente que se echen a reír en cuanto me doy la vuelta. No con esa risita alegre de las colegialas normales, sino con una risa nerviosa

que suena como si fuera a convertirse en llanto o en gritos en cualquier momento.

—¿Qué actitud tenía la señora Lightfoot cuando te ha pedido que te marcharas?

—Fría, al principio, y luego… casi parecía apenada por mí.

Gisela sonrió con ironía.

—Eso es lo más raro que has dicho hasta ahora. La señora Lightfoot parece muy dura y egocéntrica.

—Tiene que haber alguna razón para lo que ha hecho —prosiguió Faustina—. Despedirme a mitad del trimestre va a costarle a la escuela seis meses de salarios no devengados y perder una profesora de arte muy competente que será difícil sustituir con el curso tan avanzado. Pero se ha mostrado inflexible. Ni siquiera está dispuesta a darme referencias si busco empleo en otro colegio.

—Tienes derecho a una explicación —reflexionó Gisela—. ¿Por qué no contratas a un abogado para que hable con ella?

—No lo soportaría. Se correría la voz. Nadie querría contratar a una profesora que llama a su abogado al menor indicio de problemas.

—Sí que te ha puesto entre la espada y la pared, ¿no?

Gisela suspiró y se recostó en el cojín que tenía a la espalda. Estaba más duro de lo que esperaba. Cambió de postura y el cojín cayó hacia un lado. Al darse la vuelta para colocarlo, vio que por detrás asomaba la esquina de un libro: un libro viejo, encuadernado en piel de vaquetilla y con gofrados en oro, de cantos deteriorados.

—¡Ay! Lo siento muchísimo. —Faustina cogió el libro a toda prisa y se abrazó a él. Gisela no pudo ver el título—. ¡Habrás estado muy incómoda!

—En absoluto. Acabo de darme cuenta de que estaba ahí. —Gisela se levantó con un ágil movimiento y la flexible elegancia de un gatito. En su voz se hizo patente una sombra de frialdad—. Siento no poder ayudarte más. —Se dirigía a la puerta, pero al cabo de unos pasos se detuvo y se giró—. Casi se me olvida a qué había venido. Iba a preguntarte si tendrías los diseños de los trajes para la obra listos mañana, aunque supongo que ya no te molestarás.

Faustina seguía de pie junto al banco de la ventana, aferrada con fuerza al libro.

—Ya están terminados y la señora Lightfoot quiere que se los pase al comité antes de irme.

—Está bien, pues nos reuniremos en mi habitación, ya sabes. A las cuatro.

Gisela cruzó el pasillo en dirección a su cuarto. Cuando entró y cerró la puerta, se quedó unos segundos inmóvil, con el ceño fruncido. Luego fue a su escritorio y abrió la puerta de cristal de la librería. Los

libros estaban colocados con esmero en tres baldas y sin un solo hueco, pero los del estante inferior parecían más holgados de lo habitual. Fue recorriendo los lomos con la vista hasta llegar a una colección de varios volúmenes, encuadernados en piel de vaquetilla y con gofrados en oro, de cantos deteriorados. Faltaba el primero.

Aún algo ceñuda, se sentó. Había cuatro hojas de papel de carta extendidas sobre el tablero abatible, tres de ellas ya cubiertas con su letra y la cuarta en blanco. Se la acercó y empezó a escribir:

> *P. D. ¿Por casualidad has leído las* Memorias *de Goethe? Yo tengo la edición francesa, traducida por madame Carlowitz, y Faustina Crayle me ha cogido prestado el primer volumen sin cumplir con la formalidad de pedir permiso. Me he enterado por azar, ahora mismo, mientras intentaba ocultármelo. No tengo ni idea de para qué lo querrá y tampoco le daría la menor importancia si no fuera por el modo que tiene todo el mundo aquí de tratar a la pobre Faustina, como ya te he comentado. Algo debe de haberle llegado a la señora Lightfoot, porque la propia Faustina me ha dicho que la ha despedido.*
>
> *Hay algo siniestro en todo este asunto y, si te soy sincera, empiezo a asustarme un poco. Ojalá ahora, más que nunca, estuvieras en Nueva York. Sé que tú encontrarías una explicación razonable. Pero no estás aquí, así que… Soy incapaz de salir al pasillo después de las diez, cuando la lamparita de noche azul es la única luz que hay encendida, sin mirar a mi espalda y esperar ver… No sé muy bien qué, pero algo sin duda extraño y desagradable.*

Gisela dejó la pluma y, con aire indeciso, leyó lo que había escrito. Sin darse tiempo para cambiar de opinión, dobló las cuatro hojas, las metió en un sobre, lo cerró y le puso un sello. Cogió de nuevo la pluma y escribió en el anverso:

> *Doctor Basil Willing*
> *Park Avenue, 18-A*
> *Nueva York*
> *Remítase al destinatario*

Se puso el abrigo y bajó corriendo las escaleras con la carta.

Fuera, el viento helado de aquel anochecer de noviembre le cortaba las mejillas y le enredaba el pelo. Las nubes, grises pero aún levemente iluminadas, se hacían jirones con el vendaval. Avanzó a paso ligero sobre un manto crujiente de hojas caídas y recorrió los ochocientos metros que había hasta la verja en pocos minutos.

Vio a otra joven junto al buzón que daba a la carretera.

—Hola, Alice —la saludó—. ¿Ya han recogido el correo de la tarde?

—No. Por ahí llega ahora mismo el cartero.

Alice Aitchison aparentaba unos diecinueve años, pero cierta firmeza e independencia la delataban como profesora joven más que como alumna veterana. Era una belleza madura y otoñal, con ojos brillantes color avellana, piel dorada como la miel y labios carnosos pintados de un rojo afrutado. Llevaba un conjunto de color castaño, igual que su pelo, y una bufanda naranja oscuro que le tapaba el escote de la chaqueta. Sonrió cuando el viejo Ford se acercó traqueteando hasta detenerse junto a ellas y un hombre enfundado en una chaqueta impermeable de cuadros y con botas reforzadas se bajó del coche.

—¡Dos cartas más en el último momento! —Alice cogió la de Gisela y se la dio junto con la suya.

—Muy bien. —El cartero las metió en la saca—. Sí que tienen correspondencia las mujeres de este sitio. Novios, supongo —añadió luego con un simpático guiño.

El Ford ya se alejaba chirriando de nuevo cuando ellas dos se dieron la vuelta para regresar a la escuela.

—¿Tu novio es médico? —preguntó Alice.

Gisela la miró sorprendida. Alice era bastante tosca en su manera de hablar y de comportarse cuando las profesoras mayores no estaban delante, pero la suponía una chica bien educada, no de las que leen las direcciones escritas en las cartas de los demás.

—Sí, psiquiatra. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que ya he visto ese nombre en algún sitio: Basil Willing.

Ahora Gisela la miró divertida.

—Es bastante conocido. Y una vez resuelta tu duda, me gustaría preguntarte una cosa.

—Dispara.

—Tú llevas aquí más que yo —empezó— y…

—¡No me lo recuerdes! —la interrumpió Alice con amargura—. ¡Cinco años seguidos en este mundo sin hombres! Es como vivir en un convento o en una prisión para mujeres.

—¿Cinco? Creía que este también era tu primer año en Brereton.

—Antes estuve cuatro años en Maidstone. No como profesora, solo como alumna. Lo único que quería era acabar y graduarme. ¡Qué vida tan salvaje me esperaba después! Te sorprenderías si te contara los planes que hacía por entonces. —Su mirada se perdió más allá de Gisela, plomiza y melancólica—. Quedaban solo tres semanas para la graduación cuando mi padre se pegó un tiro.

—Vaya. —Gisela se había quedado sin palabras—. Lo siento, no lo sabía.

—Solo ha pasado un año, pero ya nadie se acuerda. —Alice la miró desafiante—. Otro especulador más de Wall Street que apostó al caballo que no debía y no pudo soportarlo. Me quedé sin nada. Oí que la señora Lightfoot buscaba una profesora de arte dramático, así que le pedí a la señorita Maidstone que me recomendase. Creía que Brereton sería una mejora respecto a Maidstone, pero qué va. Estoy hartísima de todo. Quiero un trabajo en Nueva York, donde pueda vivir como un ser humano.

—¿Maidstone era igual que esto?

—El mismo principio, aunque con distinta aplicación. Se supone que Maidstone es una escuela más moderna y saludable. Las chicas beben leche, salen de caminata y duermen sobre fardos de heno. Vida sencilla a precio de lujo. Solo se permiten visitas los domingos por la tarde y siempre con supervisión. Mi pobre padre creyó que sería bueno para mí, pero acabé con más ganas que nunca de salir al mundo real.

—Te guste o no te guste Brereton, aquí estás más en casa que yo —continuó Gisela—. Tu trabajo te permite tener una relación más cercana con las chicas y no eres mucho mayor que ellas. Supongo que hablarían contigo de cosas de las que no hablarían conmigo.

Alice la miró con recelo.

—¿De qué?

—Faustina Crayle.

—No sé a qué te refieres.

—Yo creo que sí —replicó Gisela—. Me he dado cuenta de cómo la miras a veces, con una curiosidad hostil, como si pensaras que tiene algo raro.

—Memeces —contestó Alice con grosería—. Faustina Crayle no es más que una mentecata. Eso no tiene nada de raro. Al contrario, es bastante habitual. Es endeble y apocada, sosa y siempre está desesperada por agradar a los demás. No tiene sentido del humor ni habilidad para hacer amigos. Una futura solterona. Una víctima nata. La señorita Faustina Pusilánime. Esa clase de persona que siempre está tomando vitaminas sin que le hagan el menor efecto. Habrás reparado en el frasquito de riboflavina y no sé qué más junto a su plato a la hora de la cena, ¿no? Con gente así no se puede hacer nada, su carácter es su perdición. Nació para ser el blanco de todas las burlas y de todos los perdonavidas, y la Vieja Percherona es bastante perdonavidas.

—¿Vieja Percherona? —repitió Gisela sin entender esa nueva expresión.

Alice esbozó una mueca burlona.

—Es como llaman las chicas a la señora Lightfoot.

—Entonces —continuó Gisela pensativa—, si Faustina perdiese su empleo, ¿podría ser simplemente porque no tiene el carácter necesario para ser una buena profesora?

—Tal vez. —Alice la observaba haciendo cábalas—. ¿Ha perdido su empleo?

—Eso no es asunto mío, ni tuyo tampoco. —Gisela se apresuró a cambiar de tema—. ¿Crees que podría recuperar la carta que acabo de enviar si telefoneo al jefe de correos en el pueblo y le explico que necesito que me la devuelvan?

Alice soltó una estridente carcajada.

—Querida, tu carta está ahora en manos del servicio postal del Tío Sam. Tendrías que abrirte paso a machetazos por una jungla de papeleo y rellenar cincuenta formularios por quintuplicado. E incluso así dudo que te la devolvieran. ¿Por qué quieres recuperarla? ¿Demasiado ardiente?

—Pues claro que no. —Gisela estaba molesta.

—¿Entonces qué?

—He escrito una posdata por impulso y ahora me arrepiento, pero, en fin, supongo que sería lo que aquí llamáis «perseguir berenjenales».

—¿Te refieres a «meterse en un arcoíris»? —replicó la otra con malicia.

Habían llegado a la puerta principal. Alice giró el pomo y empujó.

—Qué raro, han echado el pestillo.

Gisela tocó el timbre. Se quedaron allí tiritando en medio de la ventisca mientras la última luz del día se apagaba y la oscuridad crecía a su alrededor.

—¡Al diablo! —exclamó Alice—. Vamos por la puerta de atrás, siempre está abierta.

Gisela asintió, aunque sospechaba que a la señora Lightfoot no le harían gracia esas informalidades.

Fueron arrastrando los pies por el camino que rodeaba el edificio, con las cabezas desnudas agachadas contra el viento y las manos sin guantes metidas en los bolsillos. Las ventanas del salón estaban a oscuras, pero cuando dieron la vuelta a la esquina, la luz que salía de la cocina atravesaba hospitalaria la penumbra. Alice abrió la puerta de servicio y Gisela entró tras ella.

En esa antigua casona de campo, la cocina era más grande que el salón de un piso corriente en Nueva York. Una cocina diseñada en la época en que había cocineras de sobra y los salarios eran exiguos, de modo que nadie se preocupaba de cuántas manos hacían falta para preparar una comida. Los aparatos y pertrechos modernos —la cocina

de gas, la pila de acero inoxidable y el frigorífico eléctrico— parecían fuera de lugar en esa enorme estancia con su ristra de ventanas encortinadas y su suelo de tablones de roble que se fregaba y se enceraba todos los días.

La cocinera estaba en la pila, pelando y lavando coles de Bruselas. Del horno salía un aroma a castañas asadas. La mesa del centro estaba repleta de hojas y flores otoñales: crisantemos, flores de amelo, hojas de roble y de zumaque. Faustina las estaba colocando en un enorme jarrón de cristal Steuben, tarea habitual de las profesoras de menor antigüedad en Brereton. Iba vestida como para salir a la calle, con un abrigo azul y un sombrero de fieltro marrón.

Alice se detuvo y le preguntó:

—¿Acabas de entrar?

—Sí. —Faustina la miró con un vago aire de sorpresa. En ese momento se abrió la puerta de la escalera de servicio y Arlene entró en la cocina. Llevaba una bandejita de té en una mano—. He estado media hora cortando flores en el jardín. —La respuesta parecía más vehemente de lo que requería una pregunta tan casual—. ¿Por qué lo dices?

—Ah, por nada. —Alice arqueó una ceja y torció el gesto en una perfecta mezcla de desdén e incredulidad—. Creí que te había visto asomada a una de las ventanas de arriba ahora mismo, cuando veníamos por el camino de la entrada.

Un estruendo de cristal y porcelana haciéndose añicos siguió a sus palabras. La bandeja de Arlene se había caído al suelo.

—¿Es que no puedes ir con más cuidado, Arlene? —le gritó con aspereza la cocinera—. ¡Otras dos tazas perdidas! Cuando yo era joven, nos enseñaban a cuidar la porcelana buena, pero hoy en día sois todas unas atropellaplatos. ¿Qué pasa? ¿Enamoriscada?

Arlene estaba inmóvil, mirando a Faustina con ojos aterrorizados.

—Ve a por la escoba y el cogedor y limpia este desastre —siguió la cocinera—. Le diré a la señora Lightfoot que te lo descuente del sueldo.

—¡Déjenme pagarlo a mí! —repuso Faustina en un impulso—. Al fin y al cabo, soy yo quien la ha sobresaltado.

Alice había observado la escena con ferviente interés.

—¡No seas boba, Faustina! —terció entonces—. Tú no has hecho nada. ¿O sí? —añadió volviéndose hacia Gisela.

—No —convino esta última algo reacia—. Nada que yo haya visto.

Aquella respuesta pareció alterar a Alice, pero la joven no dijo nada más hasta que Gisela y ella estuvieron de nuevo solas, cruzando el comedor en dirección al vestíbulo.

—Imagino que eres consciente de que han sacado a cinco chicas de

la escuela desde que empezó el curso.

—No. Sabía que se habían marchado tres, no pensaba que fueran tantas como cinco.

—Y dos de las doncellas se despidieron de forma muy repentina. —Alice miró a su compañera. La luz que entraba desde la puerta del pasillo realzaba su expresión: tenía los ojos brillantes y los labios rojos curvados en una mueca socarrona y despectiva—. Voy a decirte una cosa, Gisela von Hohenems. Si le has hablado a tu novio psiquiatra de Faustina Crayle, ¡lo lamentarás!

# CAPÍTULO TRES

*Vino y veneno lujurioso, leche y sangre,*
*en ti mezclados…*

Gisela continuó con esa sensación de inquietud todo el día siguiente, bastante desproporcionada teniendo en cuenta lo poco que sabía de Faustina. Sin embargo, cierto eco de una situación similar parecía agazaparse en el umbral de su memoria consciente. Emociones asociadas a esos otros hechos olvidados estaban alcanzando la esfera del discernimiento transformadas en una impresión perturbadora y funesta. Era como el hombre que padece neurosis de guerra y se encoge de miedo al oír una explosión sin saber por qué lo hace. Una vez más, se daba cuenta de que las emociones circulan con más libertad que los hechos o los conceptos por los diversos planos de la consciencia.

Tenía pocas esperanzas de recibir una respuesta inmediata de Basil Willing. Su última carta le había llegado desde Japón. Por lo que sabía, aún podía estar en el extranjero con la Marina. Le había escrito, en gran parte, porque no tenía nadie más a quien confiarse.

No volvió a ver a Faustina hasta la reunión del comité para la obra de teatro griega. Alice fue la primera en llegar, con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios.

—¿Qué es todo eso de que han despedido a Faustina? —le preguntó con perezosa insolencia al tiempo que se acurrucaba en el banco de la ventana.

—Yo no sé más —repuso Gisela—. Solo que se va.

—¿Por qué? —insistió la otra.

—No lo sé.

Ninguna de las dos oyó la puerta al abrirse, pero ahora Faustina estaba en el umbral con una carpeta de bocetos bajo el brazo.

—He llamado —aseguró tímidamente—. Supongo que no me habéis oído. Como oía voces, he entrado.

Alice la miró burlona.

—No te apures tanto por tus modales. Estoy segura de que has actuado con total corrección.

A Faustina le temblaba la mano mientras abría la carpeta.

—No quería que pensarais que escuchaba a escondidas.

—¿Y por qué íbamos a pensar una cosa así? —replicó Alice.

Faustina desplegó los bocetos sobre la mesa. Luego la miró con toda intención.

—No sé por qué, Alice, pero siempre parece que sospecháis algo parecido de mí.

La otra se echó a reír.

—¡Menudos humos! A ver si controlas ese genio.

Faustina se estremeció.

—¿Por qué me hablas así?

Gisela cogió un boceto a la acuarela de una mujer ataviada con un antiguo vestido griego.

—¿Este es para Medea?

—Sí. —Su amiga pareció alegrarse de que cambiara de tema—. Me pasé una mañana entera documentándome solo para este traje. Le he dibujado el peplo sobre la cabeza porque así es como lo llevaban las mujeres cuando estaban de luto. Medea vive en estado de duelo desde el principio de la obra. Los pliegues tendrían que colocarse con el máximo cuidado posible. Un peplo desaliñado era señal de provincialismo.

—Entonces, Medea debería llevarlo así —interrumpió Alice—. ¿No era una bárbara?

—Una bárbara que llevaba muchos años en Grecia —la corrigió Gisela—. Y princesa, además.

—Habría que coser algo pequeño pero que pese en las puntas —siguió Faustina—. Como los plomos que nuestras abuelas llevaban en el dobladillo de la falda.

—¿Qué es lo otro que tiene en la cabeza? —le preguntó Alice—. Parece un canasto.

—¡Es una antigua mitra griega! —exclamó Faustina—. La corona en forma de *modius* de Deméter. Muchas mujeres griegas se ceñían el cabello con una cinta así.

—Medea no se habría vestido a imagen de una maestra de economía doméstica con pretensiones como Deméter. Era una feminista y una hechicera.

—No estoy tan segura —intervino Gisela—. Las mujeres de la Antigüedad estaban orgullosas de su asociación con la elaboración del pan. La propia palabra *lady* significa «dadora de pan».

—¿Preferirías que llevase una tiara? —ofreció Faustina—. ¿Como Hera y Afrodita?

—Lo preferiría, sí, con mucho —porfió Alice.

—No es difícil cambiar la mitra por una tiara. ¿Y el calzado? ¿Os gustan las sandalias con flores bordadas?

—¡Ojalá tuviera yo un par así! —dijo enseguida Gisela—. Son una maravilla.

Alice, sin embargo, las miraba con desagrado.

—Demasiado convencionales. ¿Por qué no unos zapatos de cordones forrados con piel de gato, con el hocico y las garras como adorno? Las mujeres griegas los llevaban ¡y pensad en lo que nos íbamos a divertir matando y desollando un gato! O dos gatos. Uno para cada zapato.

—¿Y por qué no despellejar al gato vivo, ya que estás? —ironizó Gisela—. Seguro que disfrutabas.

Alice ni se inmutó.

—Creerás que soy una salvaje, pero lo cierto es que me aburre la vida que llevo aquí, nada más. Haría lo que fuera por un poco de emoción.

—¿Qué os parecen Jasón y Creonte? —Faustina había sacado otros dos bocetos.

—Me gustan —repuso Gisela—. Jasón tiene esa cara de soldado profesional guapo y tonto y has convertido a Creonte en presidente del Club Rotario local, pero al estilo griego.

De pronto, Alice dejó escapar una estridente carcajada.

—¡Faustina, eres desternillante! ¿No te das cuenta de que has dibujado a Medea como una ramera?

—¿Por qué lo dices? —preguntó esta avergonzada.

—Por la túnica y el manto. Son azul jacinto, el color reservado a las prostitutas.

—Ah… —Faustina apeló a Gisela—: ¿Es verdad?

—Me temo que sí —admitió su amiga—, aunque yo no había caído en ello.

—Pues claro que es verdad —espetó Alice con arrogancia—. ¿Nunca has leído nada sobre el Cerámico, el barrio de los prostíbulos de Atenas? Si un hombre llamado Teseo deseaba a una mujer en particular llamada Melita, cogía un trozo de tiza y escribía en la pared: «Teseo quiere a Melita». Si ella aceptaba, escribía debajo: «Melita quiere a Teseo» y lo esperaba allí con una ramita de mirto entre los dientes.

—Pero ¿no sería solo en Atenas? —objetó Faustina—. La obra se desarrolla en Corinto.

—¡Entonces tendrás que dedicar otra mañana entera a investigar cómo vestían las rameras en Corinto! —A Alice parecía divertirle la perspectiva de cargar con más trabajo a Faustina—. Aunque tal vez ya lo sabes. Supongo que conoces bastante bien las tradiciones de las

prostitutas. ¿Has oído hablar de Rosa Diamond?

El rostro de Faustina se encendió con un tono carmesí malsano.

—No. Y en cualquier caso no puedo hacer otro boceto porque me voy esta tarde. Para siempre.

—¡Qué suerte la tuya!

—No es ninguna suerte. Yo no quiero irme.

—¿Y entonces, por qué te vas?

Gisela intervino de nuevo:

—No hay necesidad de hacer otro boceto para el traje de Medea. Será fácil cambiar el color cuando elijamos la tela. ¿Qué tal un amarillo pálido? Iría igual de bien que el jacinto con las sandalias de flores.

—Como queráis —aceptó Alice indiferente. Luego cogió otro boceto—. ¿Qué es esto? Parece un chal de cachemira de imitación comprado en Hoboken.

Faustina miró desesperada a Gisela.

—Es el manto envenenado que Medea le regala a la prometida de Jasón. En el texto se dice varias veces que es «multicolor». He copiado el diseño de la fotografía de un jarrón griego de la época de Eurípides, solo que, en lugar de las violetas del modelo original, le he puesto hojas de dedalera porque es una planta venenosa.

—¿Y Medea iba a descubrir sus cartas así? —objetó Alice—. Si alguien me enviase a mí un manto bordado con hojas de dedalera, sospecharía. Como cualquier lector de novelas policiacas.

—Pero la hija de Creonte no leía novelas policiacas —repuso Gisela—. Es un buen toque de simbolismo. Justo lo que haría alguien que creyese en la magia, como Medea.

—¿Y esos colores? —siguió Alice—. A mí me parecen persas.

—Los persas y los griegos se influyeron unos a otros —se defendió Faustina—. Esa es una de las cosas interesantes que he descubierto. Cuando uno se pone a buscar algo, siempre aprende muchísimas otras cosas que no tienen nada que ver. ¿Sabíais que los sibaritas enviaban las invitaciones a sus fiestas con un año de antelación para tener tiempo suficiente de planificar la comida y el atuendo con el máximo lujo? ¿Y que los griegos jugaban al tenis? Era un deporte espartano y jugaban desnudos.

—¡Enhorabuena, Faustina! Qué investigación tan meticulosa. —Alice se lo estaba pasando en grande—. La próxima vez que baje a la pista de tenis, iré completamente desnuda. Y cuando la señora Lightfoot proteste, le diré: «Fue idea de Faustina Crayle. Me dijo que los griegos siempre jugaban desnudos y que sin duda alguna debería probarlo».

—¡Pero yo no he dicho que debas probarlo! —Faustina estaba al

borde de las lágrimas—. ¡Por favor, no hagas eso, Alice!

—Sí, ya lo creo que sí. —En los ojos de la joven bullía la malicia.

—No, ya lo creo que no —terció Gisela—. No dejes que te tome el pelo con tanta facilidad, Faustina.

—Ah… Es una broma. —Faustina se había quedado pálida de nuevo y muy seria—. Si ya hemos terminado, os dejo estos bocetos y me llevo solo el de Medea para cambiar la mitra esta tarde antes de irme.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, hubo un breve silencio. Luego Alice voceó desafiante:

—¡No me mires así! No soporto a la gente como ella. Tiene que espabilar.

—¿Ah, sí? Has sido muy cruel, Alice. Y era algo innecesario, ahora que se marcha.

—Eres una blandengue. —Alice aplastó el último de los muchos cigarrillos que se había fumado y se levantó—. Alguien debería enseñar a Faustina a defenderse.

—¿Apaleándola hasta dejarla casi sin sentido? Porque eso es lo que has hecho, psicológicamente.

Alice se detuvo en el umbral de la puerta. Su belleza morena y madura nunca había parecido tan seductora. Hizo amago de hablar otra vez, pero luego solo murmuró: «¡Al diablo!» y se fue sin decir ni una palabra más.

Cuando Gisela terminó sus clases, salió a dar un paseo por los jardines con la esperanza de que el ejercicio físico purgase su mente de los fantasmas del subconsciente.

Era uno de esos días de otoño engañosos, cuando la clara luz del sol parece cálida y se nota fría. Un camino que serpenteaba entre árboles la llevó hasta el riachuelo que limitaba los terrenos de Brereton. Para volver cogió otro y salió de la arboleda a una pradera que subía en pendiente desde el arroyo hasta la escuela. Se detuvo al ver a alguien dibujando detrás de un caballete en medio del claro.

Era Faustina.

Llevaba de nuevo su abrigo azul, pero esta vez tenía la cabeza descubierta. Los alargados rayos del sol vespertino doraban el pálido halo de su cabello y le daban a su rostro un fulgor desacostumbrado. De espaldas a la casa, esbozaba las vistas desde la pradera: una fila de sauces bordeando el riachuelo y, al otro lado, una colina con unos cuantos árboles dispersos, de hojas inmóviles en aquel día sin viento, recortados contra un cielo brillante y azul. A sus pies había una caja de pinturas y con la mano izquierda sostenía una pequeña paleta. Manejaba el pincel con trazos hábiles y rápidos, tan absorta en lo que hacía que no pareció advertir la presencia de Gisela.

Sin hacer ruido —llevaba zapatos con suela de goma—, esta se acercó un poco más para echar un vistazo al dibujo sin molestar a Faustina. Entonces ocurrió algo; algo tan inexplicable que Gisela se paró en seco.

Faustina seguía ensimismada en su boceto. La mano que sujetaba el pincel aún se movía con destreza y precisión, pero había perdido velocidad. De pronto, cada gesto que hacía era lánguido y pesado, como los movimientos de los personajes en una película a cámara lenta.

En esa tarde mansa y soleada, el propio tiempo parecía ralentizarse, como un reloj al que hay que dar cuerda. El universo no estallaba, como afirman algunos físicos modernos: expiraba lentamente de puro agotamiento… Entonces se levantó la brisa y agitó las ramas de los árboles. Se movían con un tempo normal. Solo Faustina Crayle parecía cada vez más y más somnolienta, como si el pincel se le fuera a caer de entre los lánguidos dedos en cualquier instante. Había algo aterrador en ese repentino desvanecimiento de su impulso vital. Parecía una máquina que se apagaba porque la electricidad se hubiera derivado para algún otro propósito…

Cuánto tiempo estuvo allí de pie, nunca llegaría a saberlo. La sacó de ese estado un grito que le hizo olvidar todo lo demás. Venía de una de las ventanas abiertas detrás de Faustina.

Gisela corrió hacia la que tenía más cerca. Era la biblioteca. Estaba vacía y, salvo por una cortina que se estremecía con la brisa, allí nada se movía. Reinaba la penumbra, pues las oscuras persianas estaban medio bajadas y bloqueaban las doradas lanzas del sol crepuscular. La puerta del pasillo estaba cerrada. Había otra puerta entreabierta. De aquella rendija salía una voz aguda sacudida por los sollozos:

—¡Beth, no! ¡Por favor! ¿Qué hago?

Gisela dio la vuelta y entró corriendo en aquella estancia más pequeña y amueblada con varios escritorios. Allí las cortinas volaban descontroladas, pues tanto la puerta que daba al pasillo como las ventanas, enfrente, estaban abiertas. Meg Vining estaba en cuclillas en el suelo. Su rostro, por lo general tan sonrosado y hermoso, parecía ahora casi desagradable…, lívido y tenso. A su lado yacía Beth Chase, mustia, inconsciente. Sus pecas ya no resultaban cómicas. Destacaban, marrones como manchas de tinta antiguas, en un semblante que se había vuelto casi cadavérico.

Gisela se arrodilló enseguida y frotó las manos heladas de la muchacha. Tenía el pulso tan débil que le costó varios intentos encontrárselo.

—Una conmoción. —Su voz firme acalló los lamentos de Meg—. Dile al ama de llaves que traiga mantas y botellas de agua caliente.

—¿Qué ha pasado?

La voz temblorosa era de Faustina. Estaba fuera, al otro lado de una puerta ventana, con los ojos abiertos como platos. Aún tenía el pincel mojado en la mano. A su espalda quedaba el paisaje que había estado dibujando: la pradera que bajaba hasta el arroyo y la colina alzándose hasta encontrarse con el cielo. Dio un paso adelante para cruzar el umbral.

Meg Vining gritó:

—¡No! ¡No te acerques a mí!

—¡Margaret! Contrólate. —Gisela se sorprendió de la aspereza de su propio tono—. Faustina, ve a buscar al ama de llaves, por favor. Dile que traiga mantas y botellas de agua caliente. Beth Chase se ha desmayado. Deprisa.

—Por supuesto. —Faustina salió por la puerta del pasillo.

Gisela se quitó la chaqueta, envolvió con ella a Beth y meció a la chiquilla en sus brazos.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Meg sin apartar la vista del pálido rostro de Beth.

—No lo sé.

Entonces se volvió hacia ella.

—¿Cómo que no lo sabes? Algo habrá pasado.

Un rosa intenso inundó las mejillas de Meg. El labio inferior formaba una mueca obstinada.

—No sé por qué se ha desmayado, señorita Von Hohenems. Será por algo que haya visto. O a lo mejor está enferma. Ha gritado y se ha caído redonda sin más.

Gisela oyó unos pasos que se acercaban a toda prisa por el pasillo. Apenas le quedaban unos segundos a solas con Meg. Intentó aprovechar ese momento.

—Esto es muy serio, Margaret. Dime la verdad. ¿Qué ha ocurrido?

—Le he dicho la verdad, señorita Von Hohenems. —Ahora los ojos de la muchacha brillaban fríos como diamantes azules, pero se le quebraba la voz.

—Me parece que no.

Antes de que pudiera continuar, sin embargo, la señora Lightfoot irrumpió en la habitación seguida por Faustina y el ama de llaves, que iba cargada de mantas.

Fue la señora Lightfoot la que subió a Beth al piso de arriba. Gisela nunca había visto esa faceta de su carácter, una ternura maternal contenida que encontraba desahogo en el cuidado de los hijos de los demás. No pensaba en sí misma ni en la escuela cuando acomodó a Beth en su propia cama y suspiró aliviada de corazón cuando el color fue volviendo poco a poco a aquellas pálidas y demacradas mejillas y

un leve sudor le oscureció el claro cabello castaño de las sienes.

Al fin, Beth alzó las rubias pestañas y recorrió con la mirada esa habitación desconocida.

—¿Qué…? ¿Dónde…?

—No te muevas e intenta descansar —le dijo con dulzura la señora Lightfoot—. El ama de llaves se quedará aquí contigo y te traerá lo que necesites. —Luego la directora se levantó y miró a las demás—. Gracias, señorita Von Hohenems, por actuar con tanta prontitud. Margaret, acompáñame a mi despacho.

—Sí, señora Lightfoot.

El rostro de Meg se veía de nuevo terso y sonrosado cuando salió tras ella de la habitación.

Mientras se dirigía por el pasillo a su propio dormitorio, Gisela oyó unos pasos apresurados. Faustina la alcanzó y se puso a su lado, con la respiración entrecortada.

—¿Por qué la señora Lightfoot no me ha dicho nada? Es mi último día. Un taxi viene a recogerme dentro de una hora. ¿No podría haber sido un poco más amable?

—¿Tienes idea de por qué se ha desmayado Beth? —repuso Gisela.

—No, ¿y tú?

—Estaba de espaldas a la casa.

Faustina se detuvo cuando llegaron a la puerta de su cuarto.

—Yo llevaba unos veinte minutos allí, pintando. Luego he oído a una niña gritar. Ha sido tal el sobresalto que me ha costado un poco reponerme. Ya sabes lo que es concentrarse en una tarea como dibujar o escribir. Al darme la vuelta, no he visto a nadie, pero las ventanas estaban abiertas y he supuesto que el grito vendría de allí. He ido corriendo a la que tenía más cerca, la de la sala de escritura.

—¿Me has visto a mí correr hacia la biblioteca? —le preguntó Gisela.

—No. Debes de haber reaccionado más rápido que yo. Para cuando he llegado, ya estabas allí, de rodillas en el suelo junto a Beth.

—Yo he ido a la sala de escritura por la biblioteca y tú directamente desde la pradera del jardín, y aun así has tardado más.

—Me he quedado de piedra. —Los ojos de Faustina suplicaban perdón—. Y no ando tan rápido como tú.

—Estabas en la ventana que queda justo enfrente de la puerta del pasillo. Esa puerta estaba abierta. ¿Has visto a alguien allí?

—No. No… —Faustina fruncía el ceño y parecía vacilar—. No puedo decir que haya visto a nadie…

—¿Pero has visto algo? —insistió impaciente Gisela.

—Ahora que lo dices, sí que me ha dado la impresión de que algo se movía en el pasillo. Pero estaba oscuro, con las persianas

venecianas medio bajadas, y en realidad no prestaba atención a eso. Os miraba a ti y a Beth.

—Te he visto pintando —continuó la otra—, cuando subía por el sendero desde el arroyo. Ya en ese momento te movías despacio, más de lo habitual. ¿Te encontrabas mal?

—Mal no, solo me notaba somnolienta. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Ha sido ese grito tan espantoso lo que me ha espabilado. ¿Sabes que el miedo puede despertarte de golpe? Incluso si estás profundamente dormida, una pesadilla te despierta.

—Entonces, ¿te has asustado?

—Sí. ¿Tú no?

—Supongo que sí, pero no lo suficiente para no reaccionar. ¿Ahora estás bien?

—Sí. —Faustina suspiró y luego esbozó una débil sonrisa—. Solo un poco cansada.

—Te ayudaré con el equipaje —se ofreció Gisela.

—¿De verdad? Eres muy amable. Aunque ya no hay mucho que hacer, lo he preparado casi todo esta mañana. Tengo muy pocas cosas.

Cuando las últimas dos maletas, bastante desvencijadas, estuvieron cerradas y aseguradas con las correas, Faustina cogió un libro de la mesita de noche: un libro viejo, encuadernado en piel de vaquetilla y con gofrados en oro, de cantos deteriorados.

—Es tuyo —dijo con un atisbo de vergüenza—. El primer volumen de tus *Memorias* de Goethe. Me tomé la libertad de cogerlo prestado un día que no estabas. Quería buscar una cosa.

—Gracias.

Al cogerlo, Gisela miró de reojo las guardas. Con tinta ya vieja, de un marrón claro desvaído, alguien había escrito en letra muy fina e inclinada: *Amalie de Boissy Neuwelcke, 1858*. Una vez más, algo pareció revolverse en los confines de su mente, a un paso del alcance de la memoria…

—Ven a mi habitación y tómate una taza de té antes de irte —le sugirió—. Aún quedan unos minutos para que llegue tu taxi.

La luz del día se apagaba cuando entraron en el cuarto de Gisela y esta encendió una lámpara con pantalla de seda ambarina. Preparó el té en una anticuada tetera de plata, con un quemador de alcohol para calentar el agua, y lo sirvió con limón.

—¡Por tu futuro! —Gisela alzó su taza con cortesía, como si fuera una copa de vino—. Que tu próximo trabajo sea mejor.

Pero Faustina no estaba para galanterías. Dejó la taza después del primer sorbo.

—No tengo futuro —dijo inexpresiva.

—Tonterías. Bébete el té antes de que se enfríe. Te reconfortará.

Obediente, Faustina bebió. Siempre era así de conformista. ¿O sería más apropiado decir «sugestionable»?

—Gracias. —Esta vez dejó la taza vacía—. Me voy ya. No puedo tener al taxi esperando y no quiero perder el tren de Nueva York.

—Te acompaño a la puerta. Y no olvides escribirme en cuanto tengas una dirección fija.

Salieron al pasillo. Faustina parecía una figura insignificante y triste: se marchaba para siempre de la escuela una fría noche de otoño con su fino abrigo azul de primavera y una sola persona, de todas las que vivían en Brereton, dispuesta a acompañarla a la puerta y despedirse de ella.

Caminaba unos pasos por delante de Gisela cuando doblaron la esquina y llegaron a las escaleras. La luz de un par de apliques de pared en el pasillo llegaba hasta el primer rellano. Más allá, los escalones se hundían en las sombras, pues aún no había ninguna lámpara encendida en la planta baja.

En ese primer rellano, iluminada de lleno, estaba la señora Lightfoot, inmóvil. Tenía una mano apoyada en la barandilla y miraba hacia abajo, a la oscuridad del vestíbulo. Iba recién peinada, con el cabello blondo escarchado acomodado en suaves rizos, y ya vestida de noche con tonos de camafeo: llevaba un chal de terciopelo color topo, que le caía en pesados pliegues hasta los tobillos y apenas dejaba ver una falda de gasa y la puntera de unos zapatos de satén, todo de la misma tonalidad, con toques de blanco en el cuello —armiñado y gardenias—, un destello de las perlas. Las mangas le llegaban hasta los codos y se había puesto unos guantes largos plisados de un blanco inmaculado. Aún seguía con los ojos clavados en las sombras del vestíbulo cuando su voz se alzó cortante:

—¡Señorita Crayle!

—¿Sí, señora Lightfoot?

Faustina contestó desde lo alto de la escalera. La señora Lightfoot se sobresaltó y se volvió para mirar hacia arriba. Hubo un momento de silencio casi opresivo, roto por la propia Faustina.

—¿Me ha llamado?

La señora Lightfoot habló de nuevo, pero sin el aplomo que solía caracterizarla.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí parada?

—Apenas unos segundos. —Faustina sonrió vacilante—. Tenía tanta prisa que he sentido el impulso de bajar y adelantarla, pero no he querido hacerlo, desde luego. Habría sido una tremenda descortesía.

—Sí, lo habría sido. —La señora Lightfoot apretó los labios—. Puesto que lleva tanta prisa, no quisiera retrasarla, señorita Crayle.

Buenas noches.

La directora empezó a bajar las escaleras, elegante figura envuelta en fluido terciopelo con la espalda recta y la cabeza alta, como habían enseñado a las mujeres de su generación. Faustina y Gisela la siguieron a una distancia prudencial.

La señora Lightfoot ya había llegado al último escalón cuando Arlene, con vestido negro y delantal blanco, salió del salón y encendió la lámpara del vestíbulo. El súbito resplandor reveló un espacio vacío y con el mismo aspecto de siempre. No había pista alguna que diese a entender qué había atraído la mirada de la señora Lightfoot cuando estaba en el rellano del primer piso.

—Vas con retraso, Arlene —le recriminó malhumorada—. Deberías encender esta luz antes de que la escalera se quede a oscuras. Alguien podría caerse.

—Sí, señora —contestó huraña la muchacha.

La señora Lightfoot se estiró uno de los guantes con elaborada despreocupación.

—¿Has visto a alguien hace un instante, en el vestíbulo? ¿O en el comedor cuando salías de la despensa?

—No, señora. No he visto ni un alma. —Una especie de malicia le torció el gesto—. ¿Y usted?

—¡Por supuesto que no!

Sin embargo, la voz de la directora había perdido autoridad.

El timbre del teléfono hizo añicos la calma. La señora Lightfoot se sobresaltó como si aquel repentino estruendo fuera más de lo que podían soportar sus nervios. Gisela se dio cuenta, con la intensidad de una revelación, de que algo o alguien había asustado a la señora Lightfoot casi tanto como a Beth Chase…

Arlene fue a la extensión que había junto al armario de la escalera.

—Escuela Brereton. ¿Con quién? Un momento. Es para usted, señorita Von Hohenems. Conferencia de larga distancia, persona a persona, del doctor Basil Willing.

# CAPÍTULO CUATRO

*Como sombra de carcajada o un suspiro,*
*fina envoltura de angustia fúnebre…*

Sabía que iría de negro. Era una mujer europea, vienesa, y de la generación de Chanel, ¿cómo iba a verse arreglada de verdad con cualquier otro color? Esta vez llevaba un vestido de crepé mate, ingeniosamente entallado en la cintura y que caía con gracia sobre los esbeltos pies enfundados en medias negras, finas como sombras, y ligerísimas sandalias de tacón alto. Ni mangas ni tirantes interrumpían la tersa línea de aquellos hombros blancos. No lucía joyas ni en el cuello ni en el pelo, pero algo en la postura de su cabeza sugería un destello de alhajas, el fantasma de unos antepasados que hubieran llevado corona. Tenía el pelo un poco más corto que la última vez, peinado hacia atrás por encima de las orejas. Bajo las oscuras y lustrosas ondas, su rostro brotaba pálido y delicado como una flor blanca. Los ojos le brillaban con un suave resplandor, más luminosos que relucientes.

Le cogió ambas manos.

—Gisela… —En ese momento no fue capaz de decir nada más.

Alegría y ternura confluyeron en la sonrisa de ella. Una alegría mansa que le trajo recuerdos de Europa y del mundo anterior a la guerra. Otra guerra más, pensó con amargura, y no quedará nadie que pueda sonreír así. Por un instante, la vio como un fragmento a la deriva de una civilización perdida, rota y aun así adorable como una estatua mutilada del Ática o de Lidia.

Luego estaba sentado a su lado en el banco tapizado de la pared y el camarero les servía dos Martinis fríos con bíter en la mesa que tenían enfrente.

La mirada de Gisela se detuvo en su corbata blanca, algo amarillenta después de seis años en el cajón de una cómoda.

—Sin uniforme… ¿Por mucho tiempo?

—¡Para siempre si Dios quiere! —exclamó él fervientemente a modo de brindis—. Por eso he elegido este sitio para vernos hoy. —Miró a su alrededor, a la estridente discordancia de colores metálicos

que era la última moda en decoración—. No hay nada menos castrense que el club Crane.

—Bueno… —Gisela volvió a sonreír—. Ese bar de la Primera Avenida al que solíamos ir no era lo que se dice muy militar.

—¿Te acuerdas de aquello?

—¿Creías que lo iba a olvidar?

El resto se lo dijeron con los ojos. Luego Basil se echó a reír.

—Mi bar preferido, lo admito. Allí todos parecían personajes de Dickens o de Saroyan. Pero no es el mejor lugar para celebrar mi regreso de entre los muertos. Estoy haciendo cuanto puedo por recuperar el pasado. He vuelto a mi antiguo empleo como asesor médico para la Fiscalía, aunque el cargo de fiscal lo ocupa ahora otra persona y también hay un nuevo alcalde. Mi puesto como director del departamento de Psiquiatría en el hospital Knickerbocker se lo dieron a un amigo mío, Dunbar, un compañero al que vi por última vez en Escocia, pero he conseguido la misma posición en un hospital mejor, el Murray Hill. Los inquilinos a los que había subarrendado mi casa durante este tiempo han vuelto a Chicago. Juniper y yo nos mudamos ayer. Si consigo convencerlo de que no es necesario redecorarla, por descuidado que parezca todo, empezaré a sentirme de verdad en casa otra vez. Solo me falta una cosa.

—¿El qué?

—Tú.

Un ligero rubor tiñó las pálidas mejillas de Gisela.

—¿Por qué estás dando clases en Brereton? —siguió luego Basil en un tono casi acusador.

—Una tiene que vivir, tanto si los demás entienden esa necesidad como si no.

—Ese no es tu sitio. ¿Estás obligada por contrato?

—Hasta junio.

—Y estamos en noviembre. Pues rescíndelo.

—¡Querido, qué cosas tienes! ¿Eso es una broma?

—Nunca he hablado tan en serio. Brereton no es sano para ti. Ni siquiera es seguro.

—¿A qué te refieres?

—Has tenido demasiado trato con esa tal… ¿Cómo se llamaba? Faustina Crayle.

—¡Ah, la carta! —Gisela se rio—. Se me había olvidado por completo. No la mencionaste cuando hablamos por teléfono y quedamos en vernos esta noche. Ahora que estoy aquí contigo, ni siquiera me parece real.

—Pero te lo parecerá luego, cuando vuelvas.

—Ya ha pasado todo.

—Claro, porque Faustina se ha ido.

—¿No lo crees?

—Las personas que la han echado siguen allí.

El camarero les sirvió unas mollejas. Cuando los dejó otra vez solos, Basil se inclinó hacia delante.

—En la carta no dabas detalles. Me gustaría que me contases cuándo notaste algo raro en la señorita Crayle por primera vez y qué fue.

—Faustina no tenía nada raro en sí misma —protestó Gisela—. Lo extraño era la forma en que los demás reaccionaban delante de ella.

—Es lo mismo. ¿Cuándo empezó?

—A los pocos días de que llegara. —Estaba sorprendida de que se lo tomase tan en serio.

—¿Y el primer incidente?

—No me acuerdo —repuso con cierto pesar—. Hay muchas cosas que hacer cuando empiezas en un trabajo nuevo y también era mi primer trimestre. Llevaría yo allí como una semana, más o menos, cuando fui dándome cuenta de que Faustina era impopular. La hostilidad parecía haberse iniciado entre el personal de servicio y luego se extendió a las alumnas y por último a las demás profesoras, hasta que se convirtió en una persecución. Luego la despidieron.

—¿Eso fue todo?

—Hubo algunos percances más después de que te escribiera.

—Cuéntame.

Gisela le dio todos los detalles.

—¿Por qué las demás profesoras evitaban a la señorita Crayle? —inquirió Basil—. ¿No se te ocurre ninguna razón?

Gisela vaciló.

—Me daba la extraña impresión de que le tenían miedo. Y claro, uno odia lo que teme.

—¿Qué podían temer?

—¡No lo sé! Era todo muy… misterioso. El espíritu gregario, supongo. Y además tengo una sensación rarísima, como si conociera o hubiera leído algo parecido en algún sitio hace mucho tiempo.

—Es posible. En cuanto terminé de leer tu carta, llamé a Brentano's para pedir un ejemplar de las *Memorias* de Goethe en la edición francesa traducida por madame Carlowitz.

—Yo releí el primer volumen cuando Faustina me lo devolvió, pero no encontré nada que me recordase a su situación.

—Porque no sabías lo que estabas buscando —observó Basil—. Incluso ahora desconoces cuál es la verdadera situación de Faustina.

Una orquesta de baile irrumpió con la última aberración musical

del momento. Gisela suspiró.

—¿Cómo podemos hablar de algo tan intangible en un sitio así?

—Pues vámonos a otra parte —contestó él sin pensárselo—. Esto no te gusta demasiado, ¿verdad?

—No, pero…

Para entonces, Basil ya había llamado a un atónito camarero para pagar la cuenta de una cena que no habían probado.

Y así fue como los habituales de un bar de barrio en la Primera Avenida se sorprendieron aquella noche con la súbita intrusión de una exótica pareja, forasteros de la Quinta o de Park. La mujer con un abrigo largo de terciopelo negro y solapas de seda color fuego. El hombre con sombrero de copa y uno de esos pañuelos blancos, como salido de una película. Más educados que los de la Quinta o Park, en la Primera Avenida no se les quedaron mirando ni murmuraron. La Primera es ante todo tolerante. Toleraría incluso a los ricos que no se lo merecen si se comportan como es debido y no arman escándalo.

—Deberíamos haber venido aquí desde el principio. —Basil observó con nostalgia las paredes oscurecidas por el tiempo, el humo y el hollín de la ciudad—. No ha cambiado nada.

—La gramola es nueva —objetó Gisela.

Ambos miraron con fastidio aquel monstruo iluminado que los deslumbraba a través de una neblina de humo de cigarrillos.

—Parece uno de esos peces fosforescentes del fondo del mar —murmuró luego. Entonces cedió al espíritu del local—. ¿Tienes alguna moneda?

—Solo si prometes no poner eso de los renos.

Entretanto, Basil pidió lo de siempre: sándwiches de queso tostados y esa cerveza que era casi tipo Pilsen. Gisela volvió a la mesa radiante porque había encontrado el «Vals del zapato de cristal», de la *suite La Cenicienta*, compuesta por el abuelo de Basil, Vassily Krasnoy.

—Sincopado, desde luego, pero aun así es maravilloso. No sé cómo habrá acabado ahí, todo lo demás son melosidades.

Nadie más escuchaba. En la mesa de al lado, dos vagabundos se repartían un vaso de cerveza y escudriñaban un tabloide que alguien había desechado, serios y absortos como eruditos descifrando un manuscrito medieval. Demacrados, hambrientos, sucios… ¿Qué habían encontrado en las noticias del día para distraerlos por completo de sus propios problemas?

Entonces, uno de ellos habló:

—Te lo digo yo, no hay cura para la caspa. La ciencia no se lo explica.

—Pero aquí pone… —El otro empezó a leer en voz alta con dificultad—: «Primero, lavar meticulosamente la cabeza…».

—¡Una página de Saroyan! —susurró Gisela—. El club Crane no puede superar esto.

Era tan fácil charlar allí y tenían tanto que contarse que no volvieron a hablar de Faustina hasta que Gisela empezó a mirar intranquila el reloj que había sobre la barra.

—Detesto pensar que tienes que volver a ese sitio. —Basil bajó la vista y la clavó en su tercer vaso de cerveza—. La señora Lightfoot no arruinaría la carrera de esa chica a menos que fuera responsable de algún modo de lo que ha ocurrido.

—¿Quieres decir que la propia Faustina va por ahí jugando malas pasadas a la gente? Pero ¿cómo? ¿Y por qué?

—Cuando la señorita Crayle te preguntó si habías oído rumores sobre ella, le dijiste que no. ¿Por qué?

—Sé que la gente hablaba de ella, pero no lo que decían. E incluso si lo hubiera sabido… Una no le repite los chismorreos a la víctima si se trata de una amiga. Es una de esas cosas que, sencillamente, no se hacen. Una ley no escrita. Como contarle a un hombre que su esposa le es infiel.

—¿Ni siquiera si la víctima te lo pide?

—¡Sobre todo si la víctima te lo pide! Nadie quiere verse de verdad como lo ven los demás. Cuando alguien pregunta algo así, lo que quiere en realidad es sentirse reafirmado. Igual que no hay artista ni escritor que desee jamás una auténtica crítica de la obra que muestra. Solo alabanzas. Los reyes persas solían matar al mensajero que les llevaba malas noticias. A todos nos gustaría hacer eso.

—Me pregunto si de verdad te callaste por ese motivo —insistió Basil—. Podría ser que ni tú misma te fíes de la señorita Crayle.

—¡No! —exclamó Gisela—. Siempre he confiado en ella. Haría lo que estuviese en mi mano por ayudarla.

—¿Seguro?

—Sí.

—Entonces, consigue que acceda a que yo la represente. Mañana iré a Brereton y pediré explicaciones a la señora Lightfoot. Como psiquiatra, me interesan esos asombrosos efectos de las habladurías en Brereton.

—¡Bobadas! Solo intentas evitarme problemas.

—¡Qué egoísta por mi parte! Aunque yo no utilizaría la palabra «problemas», diría más bien «peligros».

—¿Por qué?

—Hay algo malicioso en todo este asunto. A Faustina Crayle le ha costado el empleo. La malicia, oculta y triunfante, resulta terrible. Podría buscar una nueva víctima.

—Faustina está en Nueva York, de momento. En el Fontainebleau.

—Gisela sacó una tarjeta de visita de su bolso bordado con cuentas—. Si tienes un lápiz o una pluma, le escribiré una nota aquí mismo.

Basil pidió prestada una estilográfica al camarero.

—Y ahora te llevaré a la estación. Si es que de verdad tienes que coger ese tren de las once y diez.

—Mañana por la tarde hay una fiesta en Brereton, ¿te apetece venir?

—Estaré testificando en una vista por demencia. Iré a Brereton por la mañana.

—¡Y por la mañana yo tengo clase! —Gisela esbozó una mueca.

—¿Estás libre para cenar el viernes por la noche?

—Me parece perfecto. El sábado no hay clases, así que no tendré que volver corriendo a la escuela.

El coche se detuvo en un *stop* entre la Primera y la Segunda Avenida. El cruce estaba desierto y oscuro, pues los almacenes de ambos lados tenían los postigos bajados y la única farola de la calle quedaba lejos, en la esquina. En ese momento no había ningún peatón. Sin decir palabra, se volvieron el uno hacia el otro y sus labios se encontraron.

Al cabo, Gisela se movió y Basil la liberó de su abrazo.

—He viajado diez mil kilómetros para esto —le dijo—. Querían que me quedase en Japón otro año más, o dos.

—Me alegro de que no lo hicieras —contestó ella temblorosa.

—¿De verdad? ¡Entonces rompe ese contrato con Brereton!

—Es que… No lo sé.

—¿El qué no sabes?

—Esta noche, cualquier mujer que no fuese una lunática o una tarada te parecería adorable. Mañana… —Se encogió de hombros—. No hace falta que vayas más lejos, la estación está solo a dos manzanas.

Sin contestar, Basil soltó el embrague. El coche se deslizó hacia las luces oropeladas de la avenida Lexington. En Grand Central, inclinó la cabeza para besarle la mano.

—Iré a Brereton mañana por la mañana.

—¿Por la mañana? ¡Pero tendrás que ver a Faustina primero!

—A la señorita Crayle la veré esta noche.

# CAPÍTULO CINCO

*Desde que el Diablo jugó con Dios a los dados*
*por ti, Faustina…*

El Fontainebleau era un producto de la otra inflación, después de la otra guerra. Tenía pretensiones de hotel de lujo; en realidad era el mismo hostal para señoritas trabajadoras de siempre, solo que racionalizado y chapado en oro. No se admitían huéspedes varones. Las habitaciones eran celdas estrechas y apenas amuebladas. El edificio en sí mismo, sin embargo, era un rascacielos en los límites de un barrio de moda, con salas de visitas muy llamativas en la primera planta y una piscina y una pista de *squash* en el sótano. Sus promotores explotaban dos temores femeninos básicos: el miedo a parecer desastrada y el miedo a parecer indecente. No obstante, Basil sospechaba que no era ninguna de esas inquietudes tópicas lo que había llevado a Faustina a un lugar tan frecuentado y protegido.

Cuando entraba al vestíbulo, su mente retrocedió veinte años, a la época en que era un joven recién llegado a Nueva York y pasaba por el Fontainebleau a saludar a las chicas que conocía de su ciudad natal, en Baltimore. Chicas cuyos padres solo les permitían trabajar o estudiar en Nueva York si prometían alojarse en ese hotel para mujeres.

No había cambiado nada. Las salas de visitas seguían brillando con su mármol falso y sus muebles de metal con acabado de caoba. A esas horas aún estaban concurridas por muchachas envueltas en abrigos de piel de lobo o de conejo, que parecían casi de zorro o armiño, dando las buenas noches a jóvenes candorosos que las habían llevado al teatro o al cine. La ingenuidad de esas caras radiantes, bocas inmaduras y largas muñecas nudosas le hacía sentirse viejo, prudente y cansado mientras descolgaba el teléfono interno y preguntaba por la señorita Crayle.

—Dígame.

—Me llamo Basil Willing. Usted no me conoce, pero soy amigo de Gisela von Hohenems.

—Ah, sí, le he oído mencionar su nombre.

—Acabo de dejarla en el tren de regreso a Brereton. Hemos cenado juntos y me ha contado algunas cosas sobre su situación. Me gustaría hablar con usted, tal vez pueda ayudarla.

—Es muy amable. Quizá mañana…

—El asunto puede ser más urgente de lo que imagina. Estoy abajo, en el vestíbulo. ¿Es demasiado tarde para verla esta noche?

—No, no… Supongo que no. Hay una terraza en la azotea. Si sube en el ascensor directo, nos encontraremos allí. No tenemos cuartos de estar y el vestíbulo siempre está abarrotado a estas horas.

Cuando Basil llegó a la azotea, solo había una pareja en un rincón apartado. Apenas distinguía sus caras, dos manchas blancas borrosas, y las ascuas rojas de dos cigarrillos. Se dirigió a la otra esquina y se apoyó en el antepecho. Ya de noche, la luz de las calles y de otros edificios altos mantenía ese lugar en un perpetuo e inquietante crepúsculo. Había un seto enano en una jardinera revestida de azulejos y algunos muebles de metal, todo como arenoso por el polvo de la ciudad. La vista, no obstante, era sobrecogedora. Masas cúbicas de mampostería, amontonadas al azar contra el cielo nocturno, brillaban con luces amarillas como si cien procesiones con antorchas estuvieran ascendiendo cien montes pelados para celebrar la noche de Walpurgis en la cima. Siempre era difícil darse cuenta de que ese esplendor tan ingenioso era el crecimiento fortuito de una ciudad ya demasiado grande para la isla donde nació. Su concepto del Fontainebleau se tornó un poco más bondadoso. Tal vez sí podía ofrecer algo a una muchacha de Oshkosh que esta no encontraría desde las ventanas traseras de la tercera planta de un edificio de arenisca roja.

—¿Doctor Willing?

Le gustó su voz. Tranquila, reservada, con una pronunciación de claridad lapidaria. Se dio la vuelta y vio a una joven casi de su misma estatura, pero tan delgada, con hombros tan estrechos y encorvados que no parecía corpulenta. Llevaba un vestido sencillo, blanco o de algún tono claro que parecía blanco en la oscuridad. Su rostro ovalado y su cabello fino y ondeante eran ambos de color galleta, de distintas intensidades pero casi tan pálidos como el vestido. Lo condujo hasta unas sillas que había alrededor de una mesita baja y se sentaron.

—Empezaré explicándole por qué he venido —dijo Basil—. No me gusta el cariz de las cosas que han estado ocurriendo en Brereton. Gisela ha vuelto allí y temo por ella.

—¿Por ella? —repitió aquella vocecita insulsa—. No veo por qué Gisela ha de tener ningún problema.

Basil empezó a lamentar haber accedido a encontrarse con Faustina en la azotea. Era imposible verla con claridad en esa extraña

penumbra artificial. Alta, espigada, con los costados y los hombros rectos, el cutis, el pelo y el vestido blanquecinos, parecía plana e insustancial como una muñeca de papel recortable. E igual de inexpresiva.

—Gisela simpatizó con usted en la escuela —le explicó—. Los chismosos podrían fijar en ella su atención ahora que usted no está. Era su única confidente, ¿no es así?

—Sí, le conté todo lo que había pasado.

—¿Todo?

Si el semblante de Faustina cambiaba de color, si desviaba la mirada, Basil no podía distinguirlo. Estaba sentada muy derecha en aquella luz tan débil, en apariencia serena. La respuesta fue evasiva.

—No hay nada que pueda añadir ahora. —Hasta su voz era la misma: frágil, árida, precisa, un poco pedante—. Doctor Willing, usted es psiquiatra, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por eso lo ha enviado Gisela a verme? ¿Cree que eran imaginaciones mías lo de que la gente siempre me observaba? ¿Que soy una neurótica o algo peor?

—Señorita Crayle, seré sincero. Gisela no pensó nada de eso, pero yo sí, cuando me contó su historia.

—¿Y ahora?

—No podría decirlo sin un examen psiquiátrico completo.

—Jamás se ha cuestionado mi salud mental —protestó Faustina—. Y físicamente siempre he estado bien. Tengo una ligera anemia, pero tomo hierro y vitaminas. ¿De verdad cree que es necesario someterme a un examen psiquiátrico?

—Hay otra forma de averiguarlo, una forma más sencilla, si tiene ánimos para ello.

—¿De qué se trata?

—Permítame hablar con la señora Lightfoot en su nombre. Le debe una explicación. Tal vez me cuente algo que no quisiera contarle a usted.

—Ah.

Faustina seguía siendo una imagen borrosa en esa oscuridad onírica, pero ahora la voz la delató. Basil habría entendido que estuviera ofendida o enfadada por la actitud despótica de la señora Lightfoot, pero ¿por qué tenía miedo?

—Gisela me ha dicho que no tiene usted familia. ¿Es correcto?

—Sí. A nadie salvo al señor Watkins. Era el abogado de mi madre. Cuando ella murió, él pasó a ser mi tutor y fideicomisario.

—¿Y no se le ha ocurrido hablarle de este asunto?

—El señor Watkins es un hombre mayor, práctico y concreto. Y no

tengo nada concreto que decirle, excepto que me han despedido sin explicaciones. No podía hablar de esto con un hombre así.

—O él o yo deberíamos ir a ver a la señora Lightfoot de su parte.

—Preferiría que fuese usted.

—Será un mal trago, ¿puede afrontarlo ahora? Yo creo que debería, todo su futuro depende de ello.

—Está bien. —Su voz aún sonaba acobardada, pero se había teñido de un matiz de temeridad: la última y desesperada osadía de los tímidos cuando están atrapados—. Lo afrontaré. Ahora.

—Estupendo, pues iré a verla mañana —continuó Basil con brío—. ¿Estará aquí en los próximos días?

—Sí. Quiero recuperarme un poco.

—¿Y luego?

—Si no encuentro otro trabajo, me iré a Nueva Jersey. Mi madre me dejó una casita en la costa, en Brightsea. Puedo pasar el invierno allí.

—Espero que no lo considere una impertinencia, pero ¿y su situación económica?

—La señora Lightfoot me ha pagado seis meses de sueldo y tengo algunos ahorros. Si soy cuidadosa, puedo vivir con ello seis u ocho meses.

—¿Eso es todo?

—Tengo la casa de Brightsea. Y heredaré algunas otras cosas de mi madre cuando cumpla los treinta. Joyas. Casi todo baratijas, supongo, aunque el señor Watkins dice que hay algunas piedras preciosas. Él puede adelantarme dinero si lo necesito antes del próximo otoño. Cumpliré treinta años en octubre.

—¿Tiene idea de por qué no lo heredó todo al mismo tiempo que la casa?

—No es una propiedad muy valiosa, así que mi madre me la dejó entera y fue legalmente mía en cuanto llegué a la mayoría de edad. Pero esas pocas joyas buenas son el único capital que tendré jamás y mamá temía que las vendiera y derrochase el dinero si las heredaba siendo demasiado joven para entender el valor de la seguridad. Verá, ella murió cuando yo tenía siete años. Dejó el dinero justo para que terminase los estudios. En vacaciones, el señor Watkins me enviaba a campamentos de verano y corría él mismo con los gastos porque no estaba casado ni tenía hijos propios y en realidad no sabía qué otra cosa hacer conmigo.

—¿No tenía usted tías ni primos por ninguna de las dos partes?

—No. Lo cierto es que sé muy poco sobre mi familia, doctor Willing. Solo recuerdo a mi madre como una mujer hermosa con el cabello castaño rojizo envuelta en un chaquetón de piel de foca, con

guantes blancos de cabritilla y violetas prendidas a los manguitos. Tengo otra imagen suya, toda de blanco con una sombrilla de mango largo, de lino blanco bordado. De mi padre no me acuerdo en absoluto, debió de morir cuando yo era muy pequeña. Me he preguntado muchas veces si no tendría parientes. —Su voz se tornó entonces más melancólica—. Siempre supe que mi madre estaba sola en el mundo, pero me parecía raro que mi padre tampoco tuviese familia. En alguna ocasión llegué a preguntárselo al señor Watkins, pero siempre me ha dicho, muy convencido, que no me queda ningún pariente vivo y que debo hacerme a la idea de estar sola.

—Cuando haya visto a la señora Lightfoot, me gustaría hablar con ese señor Watkins. ¿Cómo puedo localizarlo?

—Tiene un despacho en la esquina de Broad con Wall.

Basil se sorprendió.

—¡No será Septimus Watkins!

Había dado por hecho que el «señor Watkins» era algún picapleitos poco conocido con una oficina diminuta en un callejón. Nada en Faustina sugería que el abogado de su madre fuera uno de los juristas más preclaros de su generación.

—Sí, así se llama. Pero si de verdad quiere verlo en persona, va a tener que madrugar. —Faustina esbozó una sonrisa vacilante, como si sus músculos faciales estuvieran desacostumbrados al gesto—. Tiene un horario de oficina muy peculiar, de seis a siete de la mañana.

—¿De verdad? —Basil estaba convencido de que se equivocaba. Sería sencillo llamar a la secretaria de Watkins para concertar una cita a una hora más razonable si decidía ir a verlo. Entonces se levantó—. Me alegro de que vaya a hacer frente a este asunto.

Faustina lo acompañó al ascensor.

—¿Me llamará en cuanto regrese a Nueva York?

—Por supuesto —asintió él. Luego la observó pensativo—. Me gustaría preguntarle otra cosa. ¿Por qué tomó prestado el primer volumen de las *Memorias* de Goethe de Gisela? ¿Tenía algún motivo en especial?

—No. Siempre me ha interesado Goethe.

La experiencia en psiquiatría había enseñado a Basil a reconocer a un mentiroso poco avezado, pero no era el momento de descubrirla. Primero debía ganarse su confianza. El hecho de que hubiera soltado esa mentirijilla con tanta torpeza le impresionó. En lo esencial, era honesta. No se la imaginaba como el cerebro de un elaborado engaño ni de una confabulación.

—Doctor Willing… —A Faustina se le ahogó la voz.

—¿Sí?

La joven respiró hondo y lo miró.

—Le diga lo que le diga la señora Lightfoot mañana, por favor, crea en mi buena fe, ¿lo hará?

—Voy allí a representar sus intereses —contestó él muy serio—. ¿Desea contarme algo más antes de que me marche?

La puerta del ascensor se abrió con un ruido metálico. Faustina entrecerró los ojos como si esa luz repentina y deslumbrante le hubiera dado una bofetada. Por primera vez, Basil vio claramente su rostro: una carita estrecha y anémica de expresión afable. Casi diría que inocente, si no hubiera estado tan desfigurada por la duda y la inseguridad.

—No. Ahora no —susurró—. Pero me gustaría verlo lo antes posible cuando vuelva.

—La llamaré mañana por la tarde. ¿No coge este ascensor?

—No, este va directo al vestíbulo y yo me alojo en la dieciséis. Buenas noches y gracias.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo en la planta baja, Basil se preguntó qué le habría dicho si el ascensor hubiera tardado unos segundos más en llegar…

A la mañana siguiente, a las nueve y media, le pidió a su secretaria del hospital que llamase al despacho de Septimus Watkins y concertase una cita con el responsable del bufete.

Cuando colgó, la joven lo miró perpleja.

—Su secretario dice que el señor Watkins no concierta visitas.

De mal humor, Basil cogió el teléfono él mismo y repitió la operación. La voz de un hombre contestó cantarina, como si fuese un ritual:

—El señor Watkins no concierta visitas.

—Pero…

—Puede verlo cualquier mañana que lo desee, señor, entre las seis y las siete.

—¿Se trata de una broma? —preguntó Basil indignado—. Ni siquiera sabe quién soy.

—No, señor. —El secretario era tan cortés y distante como un sirviente inglés—. Es una antigua norma de este despacho. El señor Watkins recibe a cualquier persona que lo desee entre las seis y las siete de la mañana, sin cita previa.

Basil colgó irritado y bajó a buscar su coche. Tardó dos horas sin parar de conducir hasta llegar a Brereton. Aminoró la marcha al pasar por el portón de hierro, mientras observaba inquisitivo el edificio y los alrededores. El césped y los macizos de flores estaban tan cuidados como los que rodean una cárcel. La propia escuela era un feo caserón de ladrillo rojo que parecía marrón bajo la lúgubre luz que se filtraba entre las nubes de noviembre.

Cuando llamó al timbre, salió a abrir una doncella vestida con uniforme de cambray azul. Su mirada apagada se avivó ante la inesperada visión de un visitante varón.

—¿Está la señora Lightfoot?

—¿Le está esperando, señor?

—No, pero creo que querrá recibirme si le entrega mi tarjeta.

Los labios de la muchacha se movieron en silencio mientras leía: «Doctor Basil Willing, asesor médico de la Fiscalía de Distrito del Condado de Nueva York ». Por un instante, lo miró con la desvergonzada codicia del cazador de autógrafos nato. Luego recordó su adiestramiento.

—Por favor, señor, pase. Iré a ver si la señora Lightfoot está en las dependencias de la escuela.

# CAPÍTULO SEIS

*Tu alma desnuda y recién nacida, su apuesta,*
*ciega entre ambos;*
*Dios dijo: «Que el que la gane se lleve*
*y se quede a Faustina».*

—¿Doctor Willing? —La señora Lightfoot estaba de pie junto a su escritorio, en el despacho. Sujetaba la tarjeta de Basil con ademán quisquilloso, entre los dedos pulgar e índice—. Esto es Connecticut, no Nueva York, y no alcanzo a entender por qué Brereton puede interesar a un fiscal del condado ni a su asesor médico.

—Era la única tarjeta que llevaba encima —repuso Basil—. La colaboración con la Fiscalía es solo parte de mi trabajo. Ante todo, soy psiquiatra.

La palabra «psiquiatra» pareció alterar a la directora de la escuela tanto como las anteriores «fiscal del condado».

—Tengo entendido que conoce a una de mis profesoras, la señorita Von Hohenems. Creo recordar que la ha llamado por teléfono alguna vez.

—Ha sido la señorita Von Hohenems quien me ha presentado a Faustina Crayle.

La señora Lightfoot suspiró con gran afectación.

—¡No me diga que va a reavivar ese desafortunado asunto! —Era un espectáculo magistral de indignación contenida—. Sería de lo más injusto para todos los implicados, incluida la propia señorita Crayle.

—¿Y le parece justo despedir a una profesora y no darle referencias cuando al parecer no puede acusarla de nada?

—Por favor, tome asiento, doctor Willing.

Ella volvió al suyo detrás del escritorio. Se cogió las manos sobre el vade, unas manos rollizas como las de un niño, pero Basil vio la madurez y el carácter en el perfil achaparrado que se recortaba contra la cortina de color rojo rosa que quedaba a espaldas de su silla. Por supuesto, lo valoraría casi todo en relación con la prosperidad de la escuela. Su dignidad era un activo profesional cultivado con esmero.

Bajo esa apariencia era una persona inquieta, inteligente, enérgica. Tal vez no tuviera demasiados escrúpulos si veía amenazados sus intereses.

Aquella mujer lo observaba de forma tan intencionada como él a ella. Una leve arruga en el ceño le dijo que la desconcertaba. Sin duda esperaba que alguien relacionado con la Administración del Condado de Nueva York fuera un tipo político prefabricado, un irlandés de Tammany o un italiano de la Coalición. Pero no era un estereotipo, un hombre al que pudiera «situar» por unas cuantas palabras y gestos. Era un individuo lleno de contradicciones que al parecer trastocaba y probablemente irritaba a tan experimentada tasadora de los valores mundanos.

—Dice que he despedido a la señorita Crayle sin acusarla de nada —prosiguió la señora Lightfoot—. Es cierto. Ni siquiera he investigado las peculiares acusaciones que otros han vertido contra ella.

—¿Por qué no?

—No tengo esa vulgar curiosidad.

—¿Vulgar? —Basil sonrió—. La curiosidad es la raíz de toda vida intelectual, el más valioso de nuestros rasgos símicos.

La directora le devolvió la sonrisa de mala gana.

—Permítame que intente expresarme con mayor claridad. Incluso si las extravagantes historias que se cuentan sobre la señorita Crayle no fueran más que mentiras o alucinaciones, para mí no supondría diferencia alguna. El efecto sobre la escuela era el mismo que si fuesen ciertas y eso es lo único que me preocupa.

—Pero sí supone una diferencia para la señorita Crayle. ¿Por qué no se le ha dicho nada sobre tales historias? ¡Sin duda se merece al menos esa consideración!

—En la mayoría de los casos, sí. En este en concreto, cuanto antes se olvide todo el asunto, mejor para todos. —La señora Lightfoot podía ser directa si resultaba necesario—. ¿Qué es lo que quiere, doctor Willing?

Basil la correspondió con igual franqueza.

—Saber por qué ha despedido a la señorita Crayle. Le ha pagado seis meses de sueldo por cinco semanas de trabajo. La motivación tiene que haber sido poderosa.

—En efecto. ¿No le ha dado la propia señorita Crayle ninguna pista de esa… «motivación»?

—¿Y cómo iba a hacerlo? No tiene la menor idea de lo que ha ocurrido.

—Nunca estuve segura… —La señora Lightfoot clavó la mirada en el escritorio de palisandro.

—¿De qué?

—De si la señorita Crayle era o no consciente de lo que sucedía en Brereton. A veces pensaba que por fuerza tenía que saberlo. Que podía estar provocándolo ella misma, incluso, por la razón que fuese. En otras ocasiones, me parecía víctima de algún tipo de fuerza que escapaba a su conocimiento y a su control.

—¿Fuerza? —Basil cambió el flanco de ataque—. Eso es muy vago. Desde luego, hay circunstancias un tanto nebulosas que uno puede sospechar y no ser capaz de demostrar, desde el alcoholismo al comunismo. En un caso así, habría despedido a la señorita Crayle porque no puede permitirse correr tales riesgos, pero no le diría el motivo porque ella podría demandarla por difamación si la acusara sin pruebas. Será algo de ese estilo lo que murmure la gente cuando corra la voz de que ha despedido a la señorita Crayle sin ninguna explicación. Me temo que eso tampoco será bueno para su escuela.

La mujer alzó la vista.

—No se trata de nada parecido. —El duro y reluciente esmalte de su compostura se había agrietado. Estaba muy afectada y continuó hablando con una gran pesadumbre—: Supongo que tendré que contárselo.

—¿Por qué le da miedo hacerlo? —le preguntó Basil ya más afable.

La respuesta le sorprendió.

—Porque no me va a creer —dijo la señora Lightfoot con un suspiro—. A duras penas lo creo yo. Y aun así… En fin, será mejor que oiga la historia de boca de los propios testigos. De ese modo no pensará que me lo estoy inventando. No tardaremos mucho, puesto que ya solo quedan cuatro personas en la escuela que han presenciado lo ocurrido. Las otras siete se marcharon. —Pulsó el timbre del escritorio—. Me gustaría aclarar una cosa antes de que llegue Arlene. Aún no sé cuál es la verdad sobre Faustina Crayle. Puede haber sido o no la causa de todo, pero de algo estoy segura: ella era la razón, el motivo de tanto desasosiego. Ahora que no está, ha desaparecido. Por eso tenía que irse y por eso no la readmitiré, por mucho que me insista o que apele usted a mi compasión. Y…

Un golpecito en la puerta la interrumpió.

—¡Adelante! —dijo entonces alzando la voz.

La puerta se abrió. En el umbral estaba la muchacha que había recibido a Basil en la entrada. Ahora la observó con más atención. Era de figura corpulenta e indefinida, con un trozo de carne por rostro que parecía moldeado a toda prisa para que pareciese humano por parte de una mano inexperta. El uniforme de cambray azul no la favorecía: cuello alto, mangas largas, falda hasta los tobillos fruncida en la cintura. La señora Lightfoot había ganado la batalla del tacón bajo, la cofia y el delantal, pero Arlene también se llevó algunos puntos: barra

de labios y medias color carne.

—¿Me ha llamado, señora?

—Sí. Doctor Willing, esta es nuestra segunda doncella, Arlene Murphy. Pasa y cierra la puerta, Arlene. Por favor, repítele al doctor Willing todo lo que me contaste sobre la señorita Crayle.

—Usted me dijo que no se lo contase a nadie.

—Solo por esta vez, te libero de esa promesa.

Arlene miró a Basil con curiosidad. El pelo de la nuca se le escapaba, lacio, del grueso moño, pero no tenía cejas. Aquello le daba a su rostro un singular aspecto de desnudez. Alguna deficiencia glandular, supuso el médico. Y esa forma de respirar por la boca sugería sinusitis o vegetaciones. Todo ello indicaba pobreza y desatención en la infancia. ¿Nacerían sus modales huraños del resentimiento hacia las chicas de Brereton, que tenían una piel y unos dientes y un cabello que revelaban los cuidados que el dinero y la educación pueden procurar a la juventud? ¿Alguna vez miraría con envidia los abrigos de piel de sus armarios o rozaría con un dedo, rencorosa, sus libros de texto? Una reacción bastante humana, pensó, de una muchacha de su misma edad que limpiaba el polvo y hacía las camas para aquellas otras con una vida mucho más plena que la suya…

—La primera vez fue hace un mes, dos semanas después de que abriera la escuela —comenzó a relatar Arlene—. Yo estaba arriba, dejando las camas preparadas para la noche. Cuando terminé, fui a la escalera de servicio para bajar al salón a encender la chimenea y vaciar las papeleras. Habría adelantado dos minutos por la escalera principal, pero la señora Lightfoot dice que debemos utilizar la de servicio, así que eso hice.

La aludida ignoró la mirada de mal humor que subrayó aquel último comentario.

—Estaba oscureciendo —prosiguió Arlene—, pero aún había bastante luz para ver los escalones. Bueno, no demasiada, pero era muy pronto para encender las lámparas. La escalera está encajonada, pero hay dos ventanas. Hacen como dos curvas… Los tramos de la escalera, me refiero, no las ventanas. —A cada momento le entraba una risita ahogada, como un tic nervioso, que parecía dejarla en blanco—. Fue entonces… —Se paró de nuevo y tragó saliva. Basil vio que le temblaban las manos—. Fue entonces cuando vi a la señorita Crayle subiendo hacia mí por la escalera.

—¿Sí?

Basil intentaba tranquilizarla, pero la chiquilla empezó a plisarse el delantal entre los dedos.

—En ese momento no me dio por pensar nada, solo me pareció

raro que utilizara la escalera de servicio en vez de la principal. Me la encontré de repente, al doblar la primera curva. Me paré y me pegué a la pared para dejarla pasar y le dije: «Buenas tardes, señorita», porque siempre me había caído bien. No era una estirada, como otras profesoras. Pero no me contestó. Ni siquiera me miró. Siguió subiendo hasta el segundo piso. Fue muy raro porque siempre era muy amable con todo el mundo, incluso conmigo. Pero bueno, no le di más vueltas. Bajé a la cocina y… —Una vez más, se detuvo para tragar saliva—. Allí estaba, la señorita Crayle.

Tenía las manos inmóviles sobre el delantal y observaba la expresión de Basil.

—Se lo juro, señor —continuó al instante—, no pudo haber vuelto a la cocina por el pasillo de arriba y la escalera principal y el comedor en el poco tiempo que tardé yo en terminar de bajar por la escalera de servicio. Era imposible, incluso si hubiera ido corriendo todo el camino. Me quedé allí, de piedra, mirándola. Creí que me estaba volviendo loca. Luego, cuando recuperé el aliento, le dije: «Por Dios, señorita, qué susto me ha dado». Ella pareció sorprenderse y me preguntó: «¿Yo? ¿A qué te refieres?». Y le dije: «Habría jurado que acabo de cruzarme con usted en la escalera de servicio, según bajaba». Pero me contestó: «Te habrás confundido, Arlene. He estado dibujando en el jardín desde las tres. He entrado hace apenas un momento y aún no he subido». Y la cocinera tuvo que meter baza, claro. «Es verdad —me dijo—. La señorita Crayle ha estado aquí conmigo desde que ha entrado». Yo insistí y le repetí: «Pero la he visto, señorita Crayle. Subiendo las escaleras cuando yo bajaba, hace dos segundos». Entonces la señorita Crayle me dijo: «Habrá sido otra persona que tenga un abrigo como el mío», y yo contesté: «Discúlpeme, señorita, pero no. Le he visto la cara». A la cocinera le encanta decirnos que cuidemos nuestros modales y me soltó: «Ya vale, Arlene. Te he dicho que no debes contradecir a la gente». Así que me callé la boca.

—¿Qué hacía la señorita Crayle en la cocina? —le preguntó Basil.

—Llevaba el caballete y la caja de pinturas y estaba lavando los pinceles en el fregadero. Había estado fuera, dibujando esas florecitas moradas que salen en otoño.

—¿Y las dos figuras vestían exactamente igual? La de la escalera de servicio y la de la cocina.

—Sí, señor. Eran como dos gotas de agua. Sombrero marrón de fieltro y abrigo gris azulado. Sobretodo, creo que lo llaman. Muy soso para mi gusto. Sin piel. Sin estilo ninguno. Y zapatos marrones. De esos sin lengüeta y con cordones cruzados, unos *gillies*.

—¿El sombrero tenía ala?

—Ajá. O sea, sí. Era una especie de sombrero flexible. Bastante desaliñado.

Basil agradeció en silencio que hasta la mujer más torpe tuviera buen ojo para la ropa de sus congéneres.

—¿Vio claramente la cara de la señorita Crayle en las escaleras?

—Bueno, sí y no. No es que me fijase mucho en ella, no tenía razón para hacerlo. Y el ala del sombrero le tapaba los ojos. Pero le vi la boca y la barbilla clarísimamente cuando pasó a mi lado. Aun ahora juraría que era ella, pero bueno… Ya sabe cómo son estas cosas, señor. Te pasa algo así una vez, o incluso dos, y piensas: «¡Puñe…!», o sea, «¡Caramba! Me habré equivocado». Al menos, si no vuelve a ocurrir nada más.

—¿Pero ocurrió algo más?

—¡Aquello fue solo el principio! Muy pronto, las otras doncellas andaban por ahí contando historias parecidas sobre la señorita Crayle. Dos de ellas acabaron marchándose y la cosa llegó a tal punto que yo ya siempre iba corriendo si tenía que subir sola por las escaleras de servicio o cruzar un pasillo a oscuras por la noche. ¡Vamos! Si hasta el mismo día que la señorita Crayle se fue, antes de ayer, estaba en la cocina arreglando unas flores y la señorita Aitchison entró por la puerta trasera con la señorita Von Hohenems cuando yo bajaba, y oí a la señorita Crayle decirle a la señorita Aitchison: «Llevo media hora cortando flores en el jardín». Y la señorita Aitchison le contestó con una voz un poco rara: «Creí que te había visto asomada a una ventana de arriba ahora mismo». Me pegué tal susto que tiré la bandeja que llevaba. Yo acababa de estar en las habitaciones, abriendo las camas. No había visto a nadie, pero sí oí pasos y…

—Al doctor Willing solo le interesa lo que has visto, Arlene —interrumpió la señora Lightfoot.

—Y apuesto a que no me cree. —La muchacha miró de soslayo a Basil—. La señora Lightfoot no me creyó al principio. Supongo que la cocinera le contaría lo de la primera vez porque una semana después me preguntó sobre ello. Quería que fuese a ver a un médico.

—Hay alucinaciones que pueden tener una causa física —se excusó con prudencia la directora.

—Y fui al médico. —Ahora Arlene miró a Basil de frente—. No me encontró nada malo.

—Arlene fue a su médico de familia. Un facultativo generalista de un pueblo pequeño, apenas competente para diagnosticar algo así. Me ofrecí a pagar los gastos si iba a un psiquiatra en Nueva York, pero se negó.

—¡No me acercaría ni a cien kilómetros de uno de esos *sicri*-como-se-llamen! —exclamó Arlene. Luego añadió desafiante—: Los he visto en las películas.

Basil miró socarronamente a la señora Lightfoot.

—Ya basta, Arlene —atajó esta con aspereza—. ¿Entiendes que no debes repetir a nadie más lo que acabas de contarnos? Y tampoco debes comentar la visita del doctor Willing. Ahora, por favor, pide a la señorita Vining y a la señorita Chase que vengan a mi despacho de inmediato.

—Sí, señora.

El semblante de Arlene volvió a tornarse reservado y huraño. Salió de la estancia con pasos sigilosos y cerró la puerta sin hacer ruido, como le habían enseñado.

—¿Y bien? —La señora Lightfoot miraba a Basil con gesto arrogante—. Supongo que no es lo que esperaba.

—En absoluto. Sin embargo, empiezo a entender algunas cosas. —Entonces sonrió pensativo—. Goethe. Primer volumen de sus *Memorias*. El traje gris con ribetes dorados. Émilie Sagée y la *Historia de Tod Lapraik*. El *doppelgänger* de los germánicos. El *eidolon* de los antiguos griegos. El *ka* de los egipcios. El *fetch* del folclore inglés. El *gavar vore* de los celtas. Entras a una habitación, vas por una calle o por un sendero. Ves una figura delante de ti, sólida, tridimensional, bien iluminada. Se mueve y obedece todas las leyes de la óptica. Su ropa y su postura te resultan vagamente familiares. Te apresuras hacia ella para verla mejor. Entonces se da la vuelta y… te estás mirando a ti mismo. O, más bien, ves un reflejo perfecto de ti mismo, solo que no hay ningún espejo. Así que sabes que es tu doble. Y eso te asusta, pues la tradición dice que aquel que ve a su propio doble está a punto de morir…

—Como psiquiatra, por supuesto, conoce el asunto —repuso la señora Lightfoot—. Yo hace apenas unos días que estoy al corriente. Las leyendas sobre esos dobles son psicológicamente… curiosas.

—¿Demasiado para fomentarlas en un internado para señoritas?

—Exacto. —La directora toqueteó las plumas del platillo de cobre de su escribanía—. A veces… me pregunto si esas visiones son del todo subjetivas o si de algún modo, en determinadas circunstancias que se desconocen, una fracción de la atmósfera podría actuar como espejo. Un fenómeno similar, más o menos, al de los espejismos, que, según creo, son un reflejo de la tierra o del cielo en las capas de aire más cálido.

Basil la observó con suma atención.

—¿Sabe de alguien que le guardase rencor a la señorita Crayle?

—No. —La señora Lightfoot alzó la vista, sorprendida—. ¿Por qué lo pregunta?

—Tradicionalmente, el doble siempre se asocia con la muerte, ya lo vea uno mismo u otros, de modo que la aparición del doble de la señorita Crayle, aunque sea artificial, podría ser una insinuación

simbólica de su muerte. En el plano psicológico, sería algo análogo a una carta anónima con amenazas. —El psiquiatra no le quitaba ojo—. La señorita Crayle no era muy popular aquí, pero ¿alguien la odiaba de verdad?

Antes de que la señora Lightfoot pudiera contestar, llamaron a la puerta.

# CAPÍTULO SIETE

*Al caer, el dado rodó*
*y resonó con timbre cascado y débil,*
*como la risa de un hombre en las profundidades*
*del infierno, Faustina.*

Meg y Beth entraron en el despacho con mucho decoro y saludaron al doctor Willing con una breve reverencia cuando la señora Lightfoot se lo presentó.

Meg estaba lozana como una rosa rosa al amanecer, pero Basil adivinó un temperamento nervioso en la delicada curva de sus labios. Incluso en reposo, la boca de la muchacha parecía estremecerse al borde de las lágrimas o de la risa. Beth era todo lo contrario: llevaba el pelo castaño claro cortado recto como un campesino holandés y tenía la angosta carita salpicada de pecas.

Ambas escuchaban muy serias a la señora Lightfoot.

—Las dos me prometisteis no hablar con nadie más del incidente que tuvo lugar en la sala de escritura cuando la señorita Crayle estaba aquí. Voy a liberaros de esa promesa solo por esta vez. Quiero que le contéis al doctor Willing todo lo que ocurrió y con tanta precisión como lo recordéis.

—Fue este martes…

—Meg y yo estábamos en…

Habían empezado a hablar a la vez y se pararon en seco, mirándose la una a la otra.

—Margaret, cuéntalo tú —resolvió la señora Lightfoot—. Elizabeth puede corregirte si te equivocas en algo.

—Sí, señora Lightfoot.

Era evidente que Meg disfrutaba siendo el centro de atención. Beth miró de reojo a su amiga con una pizca de envidia.

—Estábamos las dos solas en la sala de escritura —empezó de nuevo la primera.

—Es un cuartito que hay al lado de la biblioteca —le explicó Beth a Basil—. Con plumas y papel de carta.

—Y un buzón —apuntó Meg—. Bueno, no un buzón de correos de verdad, es solo de la escuela. Yo estaba escribiendo a mi hermano Raymond, y Beth a su madre. Las otras chicas habían salido al camino de caballos, y también la mayoría de las profesoras. Hacía bastante calor para ser noviembre. La ventana estaba abierta y el sol brillaba radiante sobre la pradera de césped que baja hasta el arroyo.

—Olía a crisantemos —la cortó Beth—. Como si se estuvieran cocinando al sol.

—La señorita Crayle estaba allí fuera —prosiguió su amiga—. Se la veía perfectamente. Había puesto el caballete en medio del césped y estaba pintando a la acuarela. Llevaba un abrigo azul y un sombrero marrón. Tenía la caja de pinturas a los pies y sujetaba la paleta con la mano izquierda. Se le da muy bien la acuarela, mejor que el óleo. Cuando no se me ocurría qué más poner en la carta, miraba lo rápido que movía el pincel. Tan pronto mezclaba colores en la paleta como embadurnaba con ellos el papel.

—¿Rápido? —la interrumpió Beth.

—En ese momento iba rápido —replicó Meg.

—Bueno, sí, pero te olvidas de lo del sillón.

—¿Qué sillón? ¡Ah, el azul! —Meg se volvió hacia Basil—. Hay un sillón en el vestíbulo, justo al salir de esa habitación, que tiene una funda de sarga azul. Se ve desde la puerta. Lo llamamos «el sillón de la señorita Crayle» porque ella se sentaba mucho ahí. Le gustaba la vista del jardín desde la ventana que hay al lado.

—Yo ya me esperaba verla entrar y sentarse en cuanto acabara de pintar —añadió Beth—. Y entonces ocurrió.

La voz de la niña languideció, tímida de repente.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Basil con paciencia.

—¿No se lo ha contado la señora Lightfoot?

Meg, a pesar de su natural vivacidad, se había quedado muda. Fue Beth la que retomó entonces el relato, con el aplomo de una mujer adulta.

—Alcé la vista y me di cuenta de que la señorita Crayle había entrado sin que la oyésemos. Estaba sentada en el sillón azul, con las manos en el regazo y la cabeza recostada hacia atrás, como si estuviese cansada. Tenía los ojos abiertos, pero la mirada… muy lejos.

—¿Desenfocada? —sugirió Basil.

—Sí, me supongo que sí.

—«Supones», Beth, no «te supones» —murmuró la señora Lightfoot.

—Aún tenía puestos el abrigo y el sombrero —continuó la muchacha—, pero no llevaba ni el pincel ni la paleta. No me miró ni dijo nada. Parecía no verme. Se quedó allí sentada, sin más, quieta y

en silencio. Así que seguí escribiendo. Poco después, volví a levantar la vista. Seguía en el sillón, pero entonces me dio por mirar fuera, por la ventana, y… —Beth perdió la sangre fría—. Díselo tú, Meg.

—No me va a creer —objetó la otra.

—Ponme a prueba —la animó Basil. Como la chiquilla aún dudaba, continuó—: ¿La señorita Crayle seguía pintando en la pradera?

—¿Cómo lo sabe? —Meg lo miró enseguida—. Bueno, supongo que la señora Lightfoot se lo habrá contado. El caso es que oí resollar a Beth, así que yo también miré. Tenía la cara blanca y los ojos clavados en las dos señoritas Crayle, la que estaba en el sillón, dentro, y la que estaba en la pradera al otro lado de la ventana.

—¿Había alguna diferencia entre las dos figuras? —preguntó Basil.

—La del sillón estaba muy quieta. La de fuera se movía, pero… —Meg arrastraba las palabras.

—Pero ¿qué?

—¿Recuerda que le he dicho lo rápido que movía el pincel? De verdad que volaba de acá para allá, como un pájaro picoteando migas de pan.

—Sí.

—Pues después de verla en el sillón, la que estaba fuera se movía mucho más despacio. Como si le costase hacer cada gesto y estuviera cansadísima o se cayese de sueño.

—Parecía sonámbula —añadió Beth.

Basil recordó ese mismo detalle curioso en la versión de Gisela de aquel incidente. Y Gisela era una testigo fiable, una que no había visto la segunda figura ni había oído hablar de ella siquiera.

—¿A qué distancia estaba cada figura de vosotras? —preguntó a las niñas.

—La del jardín tenía que estar como a diez o doce metros —contestó Beth de inmediato—. Sé que hay unos veinte de pradera entre la ventana y el arroyo y estaba en medio. La del sillón, tal vez a nueve, me sup… Supongo. La sala de escritura es larga y estrecha y el vestíbulo también es grande.

—Decís que el sol brillaba en el jardín. ¿Qué tipo de luz había en el vestíbulo?

—Escribíamos sin lámparas —repuso Meg—. Serían como las tres y aún no había empezado a oscurecer, pero en ese lado del edificio da el sol por la tarde y las persianas estaban medio bajadas, así que el vestíbulo parecía un poco más sombrío de lo que estaba en realidad, en parte porque fuera había tanta luz.

—¿Durante cuánto tiempo visteis la segunda figura en el sillón?

—Yo creo que por lo menos cinco minutos —dijo pensativa Meg.

—El tiempo es algo difícil de calcular. ¿Mirasteis el reloj?

—No, pero estoy segura de que pasaron varios minutos después de que las dos la hubiéramos visto.

—Fue espantoso. —La voz de Beth se agudizó—. Allí las dos solas, con esa… cosa en el sillón. Y la auténtica señorita Crayle fuera, pintando tan despacio que daba miedo.

—Después pensamos en todo lo que podíamos haber hecho —dijo Meg—. Como salir al vestíbulo e intentar tocar a la que estaba en el sillón. O llamar a la señorita Crayle desde la ventana y despertarla de ese trance o lo que fuera. Pero mientras pasa, no se te ocurren esas cosas. Estás demasiado asustada… Me quedé quieta, repitiéndome a mí misma que no era verdad. Pero sí que lo era. Cerré los ojos y, cuando los abrí, aún estaba allí. No hacía más que pensar: «Esto no puede durar para siempre, tiene que acabarse». Tal vez fuese solo un minuto o dos, pero me parecieron cien años. Luego la del sillón se levantó y se fue sin hacer ni un solo ruido. Era como si se fundiese con las sombras del otro extremo, junto a la puerta del comedor, y desapareció. Fue entonces cuando Beth gritó y se desmayó y la señorita Von Hohenems vino corriendo desde la biblioteca.

—Cuando me desperté, estaba como siempre —agregó Beth—. La señorita Crayle, quiero decir. Se movía normal y hablaba como si no supiera lo que había pasado.

—¿Visteis la cara de la figura que estaba sentada?

—Que sí —insistió Beth—. Era la cara de la señorita Crayle, doctor Willing. No tengo ni la menor duda.

—¿Fue esa vuestra primera experiencia extraña respecto a la señorita Crayle?

Las dos chiquillas se miraron.

—Bueno… —empezó a decir Beth, pero se interrumpió.

Meg fue más elocuente.

—Habíamos oído historias, pero eso era lo primero que veíamos nosotras mismas.

—¿Qué clase de historias? —inquirió Basil.

—Pues… —Beth se lanzó de nuevo—. Se decía que la gente veía a la señorita Crayle en sitios donde no podía estar. O sea, que la veías en un sitio y luego, al momento, en otro distinto al que no podía haber llegado tan rápido a menos que te adelantase por el camino, solo que no te había adelantado. Al principio, creían que se equivocaban. Me refiero a que pensaban que la habían confundido con otra persona en uno de los dos sitios o que en realidad se tardaba menos en ir de un sitio a otro. Si hubiera pasado solo una vez o dos, es lo que todo el mundo habría pensado. Pero después de cinco o seis veces, y siempre con la señorita Crayle, nunca con otra persona, la gente empezó a murmurar que tal vez había algo raro en ella.

—¿Raro? — repitió Basil—. ¿En qué sentido?

La hermosa boca de Meg tembló al salir en defensa de su amiga.

—Tiene miedo de decirle lo que piensa, doctor Willing. Cree que se reirá de ella.

—Jamás he tenido menos ganas de reírme —le aseguró este con total sinceridad.

—Al parecer, ya han pasado cosas así antes —aventuró Beth—. No a menudo, claro, pero han pasado. A la gente siempre le da miedo hablar de ello porque saben que nadie se lo va a creer. Hay que ver algo así para creerlo. Por eso lo normal es que se callen. Pero hace años tuve una niñera escocesa que me habló de uno de esos dobles que se veían en el viejo continente justo antes de que un hombre muriese. Ella lo llamaba *gavar vore*. Se me había olvidado por completo hasta que empezó a pasar lo de la señorita Crayle. Entonces me acordé y se lo conté a Meg.

—Y enseguida corrió la voz por todo el colegio —añadió la señora Lightfoot—. Alumnas, el servicio, incluso algunas de las profesoras, mujeres supuestamente educadas… —La directora se encogió de hombros—. A menos que el doctor Willing necesite saber algo más, podéis retiraros.

Basil negó con la cabeza.

Meg y Beth lo miraban con los ojos llenos de preguntas que no se atrevían a formular en presencia de la señora Lightfoot. Cuando Basil les abrió la puerta, le sonrieron y canturrearon con coqueta timidez: «¡Buenas tardes, doctor Willing!».

Este cerró y se volvió de nuevo hacia la señora Lightfoot.

—¿Y bien? —le preguntó ella con cierto desaliento—. ¿Alguna vez ha tenido que enfrentarse una mujer práctica a un problema más fantástico? Que aun así ha tenido sus consecuencias reales. Puede imaginarse el efecto sobre los padres cuando versiones distorsionadas de todas esas historias empezaron a filtrarse en las cartas que les llegaban. Ya han sacado a cinco chicas de Brereton.

—Antes ha dicho que se habían ido siete testigos.

—Además de las cinco alumnas, hubo dos doncellas que dimitieron sin previo aviso. Otras seguirán su ejemplo y más familias cambiarán a sus hijas de escuela si los rumores no cesan de inmediato. Por eso tenía que irse la señorita Crayle. Por supuesto, ninguno de los padres cree que tales historias sean ciertas. Lo consideran un arrebato adolescente de histeria supersticiosa, un grave descrédito para la capacidad del colegio de ofrecer a las muchachas un entorno normal de trabajo y esparcimiento.

—Margaret y Elizabeth siguen aquí. ¿No han escrito a sus padres?

—Margaret es huérfana, solo tiene un hermano. Un joven de

veinticuatro años bastante despreocupado que no se toma sus obligaciones como tutor demasiado en serio. Los padres de Elizabeth están divorciados. La madre se pasa casi todo el tiempo dando la lata en los tribunales para engrosar su pensión alimenticia y el padre es el pilar financiero de los clubes nocturnos de la calle 52. Ninguno se desvela mucho por Elizabeth. Estudia aquí desde los nueve años. Margaret ha llegado como nueva alumna este otoño. Antes acudía a una escuela diurna en Nueva York.

Basil seguía de pie, con una mano apoyada en la repisa de la chimenea.

—¿Hay alguien más que siga en el colegio y que haya visto al doble de la señorita Crayle lo bastante cerca como para identificarlo sin lugar a duda? Aparte de dos niñas de trece años y de una doncella de diecisiete o dieciocho.

La señora Lightfoot captó la indirecta.

—Antes he mencionado a un cuarto testigo. Es una persona de mediana edad, formal, bastante observadora y escéptica.

—¿Quién?

—Yo misma.

Basil se apartó de la chimenea y dejó caer la mano a un lado.

—¿Lo dice de veras?

—Completamente. Vuelva a sentarse. Y fume si quiere. —Luego prosiguió con voz tranquila, narrativa—: Ocurrió cuando la señorita Crayle ya se marchaba. Esa noche yo tenía un compromiso para cenar fuera de la escuela. Terminé de vestirme alrededor de las seis y salí de mi habitación con el chal y los guantes puestos. A esa hora, siempre hay encendidas un par de lámparas de pared en el pasillo de arriba. Cada una tiene una bombilla de cien vatios y una pantalla de pergamino y la luz llega hasta el primer rellano de la escalera principal. Más abajo, esa noche en concreto estaba bastante oscuro porque Arlene aún no había encendido las luces del vestíbulo.

»Empecé a bajar con una mano apoyada en la barandilla, despacio porque llevaba un vestido con la falda muy larga y voluminosa. Cuando llegué al primer rellano, alguien con más prisa que yo pasó corriendo a mi lado, sin proferir una sola palabra de disculpa, y vi que era la señorita Crayle. Lo cierto es que advertí su presencia antes de verla. No llegó a empujarme, pero sentí esa corriente de aire que uno nota cuando otra persona pasa corriendo muy cerca. En ese momento no le vi la cara y cuando me adelantó no se dio la vuelta, pero la reconocí de espaldas por su figura y la ropa y por la forma de moverse. Llevaba ese sombrero marrón y el sobretodo azul, las únicas prendas de abrigo que tenía, salvo un chaquetón de invierno que no había llegado a sacar.

»Me irritó tamaña grosería. Puede que tuviese razones para estar enfadada conmigo, pero no hay nada tan deleznable como expresar la ira con malos modales. Me detuve y alcé la voz. Procuré que sonara lo más tajante e imperativa posible, y eso es algo que se me da bastante bien. No se puede dirigir una escuela sin aprender ciertas mañas de autoridad. La llamé: «¡Señorita Crayle!». Y me contestó enseguida: «¿Sí, señora Lightfoot?». Pero la voz, doctor Willing, la de la señorita Crayle, venía del pasillo de arriba, por encima de mí, aunque en ese mismo instante aún podía ver su espalda adentrándose en las sombras del vestíbulo.

»Me encogí de espaldas contra la barandilla. Y no es fácil que yo me encoja por nada. Desde ese punto, si volvía rápido la cabeza, podía ver la escalera de arriba abajo en un instante. Miré hacia arriba. Faustina Crayle estaba de pie en lo alto, iluminada de lleno por las luces del pasillo del segundo piso, y llevaba su sombrero marrón y el abrigo azul. Le brillaban los ojos, vivarachos e inteligentes, y me miraba a la cara cuando volvió a hablar: «¿Me ha llamado?». No había confusión posible, era Faustina Crayle, pero entonces… ¿Qué era aquello que había pasado por mi lado con tanta brusquedad y dejando esa impresión tan vívida de una corriente de aire? Volví a mirar abajo. Ya no había nada en el vestíbulo, nada excepto sombras.

»Intenté recomponerme y le pregunté cuánto tiempo llevaba ahí. Muy a mi pesar, la voz me salió forzada. Me dijo: «Apenas unos segundos. Tenía tanta prisa que he sentido el impulso de bajar y adelantarla, pero no he querido hacerlo, desde luego. Habría sido una tremenda descortesía».

»De modo que había reprimido el impulso de adelantarme por las escaleras… Me resulta difícil explicar por qué eso me turbó tanto, doctor Willing, pero así fue. Por una parte, recordé que es habitual que los sonámbulos den rienda suelta, mientras duermen, a ciertos impulsos que han contenido durante el estado de vigilia. Le aseguro que tuve que hacer acopio de valor para seguir bajando y adentrarme en las sombras de la planta baja. Por supuesto, allí no había nada ni nadie, salvo Arlene, a la que en ese momento vi llegar por el comedor, desde la cocina, para encender las lámparas del salón y del vestíbulo. Le pregunté si ella había visto a alguien más y me dijo que no, pero solo había dos formas de que una persona que hubiese bajado delante de mí pudiera haber salido del vestíbulo: por el salón o por la puerta principal, y yo solo había quitado los ojos de esa puerta unos segundos, mientras miraba arriba, a la señorita Crayle.

Basil reflexionó.

—¿Podría Arlene…? —Dejó la pregunta en el aire.

—Imposible. Había estado con la cocinera hasta ese momento.

—Ha mencionado que notó una especie de corriente cuando el

doble pasó por su lado. ¿Oyó algo? ¿El silbido del aire? ¿El frufrú de la ropa?

—Nada en absoluto.

—¿Pisadas?

—No, pero la alfombra de la escalera es gruesa y mullida.

—Todos los cuerpos humanos desprenden un leve olor o una combinación de olores —meditó Basil en voz alta—. Maquillaje, barra de labios, loción capilar o de permanente o de afeitar. Yodo o medicinas. Los olores del aliento: comida, vino, tabaco. Y de la ropa: naftalina, betún para el calzado, productos de limpieza en seco, cuero, *tweed*. Por último, están esos olores corporales de los que nos advierten los anuncios de jabón. Usted es una de las testigos que estuvieron más cerca del doble. ¿Notó algún olor, por débil o fugaz que fuera?

La señora Lightfoot negó enérgicamente con la cabeza.

—No había ningún olor, doctor Willing, a menos que me pasase inadvertido.

—Lo dudo. —Basil miró la hilera de macetas en el alféizar de la ventana—. Solo una mujer con los sentidos muy agudos disfrutaría de fragancias tan delicadas como el geranio de rosa o la hierbaluisa.

La señora Lightfoot sonrió.

—Pongo unas gotitas de hierbaluisa incluso en el pañuelo. Mi único vicio, pero es que hay una marca francesa que tiene una esencia de *verveine* a la que no puedo resistirme. Se supone que es una loción masculina, para después del afeitado, de modo que tal vez sea la única mujer del mundo que lo utilice.

—¿La señorita Crayle solía llevar perfume?

—Lavanda. Siempre una pizca en el pañuelo.

—¿Y no había ni rastro de esencia de lavanda alrededor del doble?

—No. —La directora adoptó un tono algo irónico—. Uno no espera que la imagen reflejada en un espejo huela a nada, ¿verdad? Ni un espejismo.

Basil le dio una calada al cigarrillo.

—¿Qué explicación le encuentra usted a todo esto?

La sonrisa de la señora Lightfoot murió en sus labios.

—Solo veo tres posibilidades. La primera, que Faustina Crayle sea una fullera consciente de lo que hace. Si es así, ¿cómo creaba la ilusión de su doble? ¿Y por qué? No ha ganado nada. Al contrario, le ha costado un buen empleo. La segunda, que la señorita Crayle haya sido una farsante, pero inconsciente de su papel, que tenga una doble personalidad con impulsos de amedrentar a la gente que no puede controlar porque ni ella misma los conoce. Impulsos que esa personalidad secundaria libera en una suerte de sonambulismo sin que

la personalidad primaria, la consciente, sepa nada al respecto. Cosas así han sucedido, ¿no es cierto?

—Hay registros de casos similares en Janet y Prince —admitió Basil—. Y eso explicaría su desconcierto, al parecer sincero, cuando la despidió.

—Responde al porqué —convino la señora Lightfoot—, pero deja sin contestar la otra pregunta: ¿Cómo? ¿Cómo pudo hacer que dos niñas creyeran verla sentada en un sillón dentro del vestíbulo cuando en realidad estaba fuera, pintando a la acuarela?

—¿Y la tercera posibilidad?

La directora lo miró entonces a los ojos.

—En el sonambulismo, la hipnosis o la doble personalidad, la faceta primaria, consciente, se hunde en un sueño profundo mientras la personalidad secundaria o inconsciente toma el control del cuerpo y a menudo ejecuta acciones que habían sido inhibidas durante el estado de vigilia. ¿Y si esa actividad autónoma y no censurada del inconsciente pudiera llegar más lejos? Margaret y Elizabeth dicen que Faustina Crayle se movía como adormecida cuando apareció su doble. Yo misma al parecer vi al doble dar rienda suelta a un impulso que la auténtica señorita Crayle había reprimido. ¿Y si ese denominado doble fuera una proyección visible del subconsciente de la señorita Crayle?

»¿Entiende a qué me refiero? ¿Y si el inconsciente pudiera reunir suficiente energía vital para proyectar una imagen o un reflejo de sí mismo en el aire? Tal vez mediante algún tipo de radiación refractada. Un ente onírico que fuese visible para los demás, así como para el propio durmiente; visible pero no material. Los reflejos en un espejo son visibles, pero no materiales. Igual que el arcoíris o los espejismos. Tan visibles que hasta pueden fotografiarse. Pero no se pueden tocar, no tienen tercera dimensión y no emiten sonido alguno. No existen en los términos comunes del espacio-tiempo… Según se mueve el observador, la imagen se mueve con él. De igual modo, nadie ha tocado nunca a este doble ni ha oído que hiciera ningún ruido. Solo se ha visto.

—Entonces, ¿cree en ello? —le preguntó Basil.

—Soy una mujer moderna, doctor Willing. Eso significa que no creo en nada. Nací sin fe en la religión y he perdido la fe en la ciencia. No entiendo las teorías de los señores Planck y Einstein, pero intuyo lo suficiente para darme cuenta de que el mundo de la materia puede ser un mundo de apariencias, no de realidades. Todo lo que vemos, oímos y tocamos puede ser una ilusión tan engañosa como la imagen reflejada en un espejo o un espejismo en medio del desierto. Eso que Eddington llamaba, según creo, un baile de electrones. Resulta curioso, ¿no cree?, que los hindúes llamasen *maya* al mundo visible, o ilusión, y que lo representasen mediante el símbolo de un ser

danzante. En su mitología, este baile distrae a los hombres de la contemplación de la realidad más allá de la materia al igual que una bailarina erótica distrae sus sentidos de otras cosas, con el efecto hipnótico de un patrón de movimiento rítmico.

»¿Qué hay detrás de la danza de esa *maya*? No lo sabemos. Nuestros propios cerebros forman parte de ella y nada más. ¿Cómo actúa la mente sobre el cuerpo cuando uno decide mover un brazo? Ni la psicología ni la fisiología lo saben, de modo que niegan la dualidad de la mente y el cuerpo. A lo largo de la historia de la ciencia, siempre ha habido cierta tendencia a negar cualquier cosa que no se pueda explicar, en lugar de decir simplemente: no lo sabemos. La leyenda del *doppelgänger* es muy antigua. Todos los idiomas tienen una palabra para ese fenómeno y…

»Esa, doctor Willing, es la tercera posibilidad. ¿Y si pueden ocurrir cosas así? ¿Y si Faustina Crayle es un ser anómalo, en un sentido extraordinario que la psicología moderna no quiere reconocer ni mucho menos investigar?

Si la señora Lightfoot temía un arrebato de ese indignado escepticismo que constituye una señal inequívoca de la credulidad más básica, el miedo del bobo a que le tomen el pelo, había juzgado mal a aquel hombre. Basil contestó con mucha calma.

—En otras palabras, ¿sugiere usted que la señorita Crayle podría ser una médium sin saberlo?

La directora se sonrojó.

—Detesto la palabra «médium». No soy una de esas egoístas sentimentales que desean sobrevivir de algún modo a la propia muerte.

—No, desde luego no diría que es usted sentimental.

La mirada de Basil se perdió en la pradera, al otro lado de la ventana, donde la brisa otoñal hacía caer las hojas muertas y se abalanzaba sobre ellas en arranques erráticos como un gatito invisible.

—¿Pero sí egoísta?

—Tal vez. —Entonces volvió a mirarla—. Al enfrentarse a una experiencia que ha hecho añicos todas sus ideas preconcebidas del universo, no se ha molestado en investigar. Solo le preocupaba el efecto que tendría sobre su escuela. ¿Por qué no le ha expuesto todo esto a la propia señorita Crayle? ¿Por qué no le ha dado la oportunidad de explicarse?

—Sinceramente, doctor Willing, ¿cómo vamos, ni usted ni yo ni nadie, a sugerir a otro ser humano que podría ser algo monstruoso, inaceptable para cualquier teoría o hecho científico conocidos? Si es que existen tales cosas, ¿ha pensado alguna vez en lo horrible que será desde el punto de vista del médium? La suposición casi universal de

que tienes que ser un fraude y la consecuente pérdida de toda tu vida social y económica; la airada incredulidad de la ciencia, la persecución fanática de la religión, las mofas de las lenguas ingeniosas, la explotación comercial de los cínicos y la fe necia de los supersticiosos, tus únicos amigos. Y luego, por si todo eso no fuera bastante, enfrentarte a tu propio e íntimo convencimiento, indemostrable, de que has sido la víctima involuntaria de fuerzas desconocidas y anómalas, tal vez peligrosas y malvadas. Fuerzas que nadie más en el mundo puede ayudarte a abordar. ¿Se puede estar más aislado de la raza humana? ¡Qué vida de soledad y terror! Yo misma me daría a la bebida o a las drogas, como les ocurre a tantos de esos llamados médiums… Por eso espero que no le cuente nada de esto a la señorita Crayle.

—Sigo pensando que tiene derecho a saber la verdad.

—¡Y yo creía que, si le contaba la verdad a usted, estaría de acuerdo en que no debe saberla!

Basil sonrió.

—Se ha equivocado. —Había vuelto a ponerse de pie y ya había cogido su sombrero y los guantes de conducir, pero de pronto se detuvo otra vez—. ¿Cómo explica el hecho de que ese doble de la señorita Crayle solo haya aparecido cuando llegó a Brereton?

La señora Lightfoot se había reservado la artillería pesada para el último disparo.

—No tenía intención de decírselo. Mollie Maidstone es amiga mía. Conseguí que se sincerase conmigo hace unos días, bajo promesa de guardar el secreto, pero aun así se lo diré.

—¿Decirme el qué?

—Que la señorita Crayle se fue de la escuela Maidstone el año pasado en las mismas circunstancias en las que ha tenido que abandonar Brereton.

# CAPÍTULO OCHO

*Una estrella ardía el día que naciste,*
*cuyo temible y sereno*
*planeta rojo sin pulso nunca se conmovió*
*en el cielo, Faustina.*

Gisela se había despertado al amanecer ese mismo jueves por la mañana. La luz del sol entraba en su habitación por la ventana del este. Bajó a la entrada principal. El mundo parecía recién hecho bajo la límpida luz del sol naciente. Lo tenía todo para ella. Ni siquiera las doncellas habían bajado aún.

Cruzó la pradera sur hasta un cenador abierto entoldado con enredaderas, situado allí por las vistas que tenía del jardín de flores. Era un jardín rectangular y a menor altura al que se bajaba por un tramo de escalones de piedra. Bajó aquellos escalones y recorrió el caminito hasta el estanque, que, como un espejo, reflejaba el cielo en el centro. En primavera y a principios de otoño, ese lugar se llenaba de aromas almibarados y colores exuberantes. Ahora solo había unos cuantos crisantemos descuidados y herrumbrosos que destilaban una fragancia más picante que dulce. Se sentó en un banco de mármol y apoyó la barbilla en una mano para contemplar la plácida superficie del estanque.

—¡El pájaro madrugador ha vuelto a tener suerte!

Gisela se sobresaltó al oír aquella voz joven y masculina. Alzó la vista y encontró un rostro que encajaba con la voz: el clásico óvalo que sugería sangre italiana, aunque el cutis era inglés, blanco y fino como el de un bebé. La picardía de sus ojos azules quedaba suavizada por unas gruesas y doradas pestañas. El perfil de los labios formaba una curva muy sutil que parecía temblar al borde de la socarronería.

—Creo que no le conozco.

—Yo a usted sí, sin embargo. —Sin esperar invitación, el joven se acomodó en el otro extremo del banco y cruzó las esbeltas piernas—. Es Gisela von Hohenems. He oído hablar muchísimo de usted a una fuente irreprochable y he de decir que la admiro profundamente.

—¿Por qué?

—Vamos… —repuso el otro con gesto grandilocuente—. Una refugiada sin un centavo, joven y hermosa, que se abre camino, como Ruth, en tierra extranjera. Hasta aquellos que no la hayan visto jamás deberían admirarla, y yo ahora también la he visto…

El tipo acabó la frase con una descarada sonrisa.

—Siento arruinar esa imagen tan romántica —replicó ella—, pero no soy demasiado joven y en absoluto pobre. Aquí gano un buen sueldo.

—Ahí está la trampa, en la palabra «ganar». No debería tener que ganarse nada. Debería existir, sin más, y ser hermosa.

—¿Y morirme de aburrimiento? No, gracias. ¿Se da usted cuenta de que está en las dependencias de un internado femenino? Hay un horario establecido para los visitantes varones. A las seis de la mañana está fuera de ese horario.

—¡Más reglas! —exclamó el joven indignado—. Yo siempre rompo las reglas. Me parece indispensable.

—Dudo que esa explicación satisfaga a nuestra directora, la señora Lightfoot. —Gisela se levantó—. A duras penas puede estar ebrio, pero…

—¿Por qué no?

—¿Tan temprano?

—Otra norma que me esfuerzo en romper. Pero esta vez no estoy borracho, solo desolado. Por su culpa.

—En otras palabras, un lobezno embriagado por sus propias tretas.

—¡Ray, qué bien! ¡No sabía que estuvieras aquí! —Una chiquilla vestida con uniforme de sarga azul oscuro bajaba como un torrente entre las madreselvas despojadas de hojas, con los rizos dorados ondeando al aire tras ella—. ¡Ray!

Margaret Vining se catapultó a los brazos de aquel tipo y se abrazó a él desbordada de alegría.

—Hola, pequeña.

Ray se soltó con suavidad y dejó a la niña otra vez en el suelo.

—Ahora lo entiendo —observó Gisela—. Es usted el hermano de Margaret, Raymond. Y ella es su fuente irreprochable.

—En efecto.

La sonrisa de sus labios se desdibujó al tiempo que miraba a la muchacha aferrada a su mano. Luego miró de nuevo a Gisela, ahora con los ojos sobrios, casi penitentes, solo que la boca aún parecía estremecerse a punto de soltar una carcajada. Al verlos juntos, el parecido con Margaret era impresionante.

—¡Señorita Von Hohenems! —Meg seguía colgada del brazo de su hermano, mirándolo con adoración—. ¿Cree que la señora Lightfoot dejará que Ray me lleve a desayunar al pueblo? Me prometió que

podríamos desayunar juntos cuando viniera para la fiesta de esta tarde. Y que podríamos pedir tortitas y salchichas y mermelada de fresa.

—Ni una vitamina en el menú —añadió Vining con una mueca—. Por lo que tengo entendido, las chicas de Brereton están hartas de vitaminas.

—Podrá preguntárselo a la señora Lightfoot cuando baje dentro de un rato, a las ocho —repuso Gisela dirigiéndose al joven.

—¡Seguro que me deja si se lo pide Ray! —Meg saltaba sobre un pie, sin soltar a su hermano para no caerse—. Siempre se sale con la suya.

La «fiesta de la escuela» era un acontecimiento mensual. Tras la reunión de la Junta de Administradores, la señora Lightfoot los recibía para tomar el té junto con las profesoras y las alumnas, a las que se animaba a invitar a sus padres y otros familiares. Siempre resultaba un suplicio para las maestras más jóvenes lograr esa complicada armonía entre elegancia sofisticada y decoro pedagógico que la señora Lightfoot esperaba de ellas en tales ocasiones.

Aquella tarde, Gisela se miró al espejo y decidió que esta vez había conseguido un buen equilibrio: vestido blanco de lana y collar y pulseras de oro. Cuando salió al pasillo, de camino a la escalera, se encontró la puerta del cuarto de Alice Aitchison abierta de par en par y comprobó de un solo vistazo que su compañera había sido menos discreta.

La joven estaba de pie, de perfil a la puerta y frente a un tocador. Llevaba un vestido-bata largo de seda acanalada del mismo tono naranja intenso que su bufanda. En los pies, zapatos de salón negros, de ante, con tacones de escándalo y enormes hebillas de estrás. Las mangas iban cortadas al codo, pero el escote bajaba hasta un límite peligroso sobre el pujante busto. Por primera vez, Gisela consideró la belleza de Alice atrevida y ardiente. No obstante, nada podría haber sido más inapropiado.

Alice se dio la vuelta y la vio.

—Tienes el aspecto que tendrían Meg Vining o Beth Chase si pudieran vestirse como les viniera en gana —observó Gisela.

—¡Me da igual!

Salió al pasillo envuelta en el majestuoso susurro de la seda. Tenía las mejillas de un tono albaricoque y sus ojos castaños parecían casi dorados bajo el cabello de color avellana.

—¿Has pensado en cómo va a reaccionar la señora Lightfoot?

—¿Por qué? ¡No me quedaré mucho más aquí! —Entonces se cogió del brazo de Gisela—. Nuestros vestidos quedan bien juntos. Blanco y

naranja. Y las dos somos morenas.

—¿Te marchas?

—Eso espero. —Alice le dio un estrujoncito—. Hoy lo confirmaré.

—¿Y si no?

—Entonces, todo da igual.

Nadie se fijó en Gisela cuando las dos mujeres cruzaron el arco de entrada al inmenso salón. Alice se detuvo en el umbral con un toque de teatralidad. La vieja señorita Chellis, vestida de lóbrego tafetán azul, casi tira la taza de té que se estaba llevando a los labios. Mademoiselle de Vitre, envuelta en voluminoso terciopelo de color pasa, miraba como rencorosa y muerta de envidia. La señorita Dodd, la nueva profesora de arte que había llegado del medio oeste, prudente y elegante con un crepé de buen corte, parecía sentirse bastante menos arreglada de lo que había pretendido esa noche. La señora Greer, con el pelo plateado y un vestido azul pálido con violetas de Parma, seguía tan serena como siempre. Todas las niñas, sin embargo, vestidas de gasa blanca, parecían pensar: «¡Eso es! ¡Así es como me voy a vestir en cuanto tenga oportunidad!».

Gisela recordó que la propia Alice sacaba poco más de un año a las alumnas mayores de Brereton.

La señora Lightfoot, por su parte, lucía magnífica. Ni con el más leve pestañeo dio muestras de prestar atención a la ostentosa figura del umbral. Continuó hablando con el anciano caballero que tenía al lado en voz baja y con tono distendido, sonriendo y con la mirada indiferente.

Gisela se alegró de encontrar refugio en la señora Chase, la madre de Beth.

—Al parecer mi pequeña va a participar en la obra de teatro griega este año. ¡Es increíble que Elizabeth sea capaz de hablar griego además de leerlo! ¡A mí esas letras me parecen huellas de gallina! Claro que, cuando yo era joven, no se esperaba que las mujeres aprendiesen casi nada. Apenas algo de francés y un poco de baile. Dejé la escuela a los dieciséis, me presenté en sociedad a los diecisiete y me casé a los dieciocho. Con mi primer marido, quiero decir.

Gisela observó a la señora Chase y se preguntó qué edad tendría en realidad. El castaño rojizo de su cabello era a todas luces tan artificial como el rojo tomate de sus labios y uñas, y unos colores tan chillones solo conseguían que la piel y los ojos pareciesen más desvaídos. La nariz respingona y el mentón redondo eran eternamente infantiles, pero unas finísimas cicatrices en el cuello y en el nacimiento del pelo explicaban la tersura artificial de sus mejillas. Mientras jugueteaba con los guantes, dos esmeraldas cuadradas destellaban en unas manos diminutas y nudosas. Aquellas manos tenían diez años más que su

rostro, y su voz, diez años más que las manos.

—¿De qué trata la obra? —le preguntó luego.

—¿*Medea*? —Gisela vaciló—. Es una historia de celos y asesinatos.

—¡Asesinatos! —Las esmeraldas se detuvieron de pronto—. ¿Para una escuela de señoritas? La verdad, *Fräulein*…

Para la señora Chase, todas las profesoras alemanas eran «*Fräulein*», igual que todas las francesas eran «*mademoiselle*».

—Todas escuchan ya ese programa sobre gánsteres en la radio —replicó Gisela—. Esto es poesía trágica de la mejor tradición griega.

—¿Y qué papel hace Elizabeth?

—Ella y su amiga Margaret Vining son los hijos de Medea, a los que esta mata para castigar al padre por su infidelidad.

—¡Una madre que mata a sus propios hijos! ¡Y por un motivo así! ¡Las niñas no deberían aprender esas cosas!

—¿Y no es esa otra forma de decir que las niñas no deberían recibir ningún tipo de educación?

—Pero…

Al principio, Gisela creyó que la señora Chase seguía desconcertada por Eurípides. Luego vio que en realidad ya no la escuchaba, sino que tenía la mirada fija, con los ojos como platos, en el otro extremo de la habitación.

Alice Aitchison estaba delante de una puerta ventana abierta, como un radiante destello, y atraía hacia ella todas las miradas de forma tan automática como el intencionado fogonazo de color en un cartel al borde de la carretera. Un hilo de humo iba siguiendo al cigarrillo que sostenía en la mano cuando la alargaba para sacudir la ceniza peligrosamente cerca de las ramas secas de unos arbustos que había fuera. A su lado, un hombre escuchaba con sonrisa bobalicona lo que fuera que estuviese diciendo. Tendría más de cuarenta años y era calvo y entrado en carnes. Su traje de *tweed*, demasiado rústico, delataba al habitante de ciudad que no está acostumbrado a pasar un día en el campo. De algún modo un tanto indefinible, el traje y los zapatos bruñidos de suela gruesa apestaban a dinero.

—¿Quién es? —murmuró la señora Chase.

—¿El hombre o la chica? —le preguntó Gisela.

—La chica.

—Se llama Alice Aitchison. Es nuestra profesora de arte dramático. No sé con quién está, tal vez algún pariente.

—¿Qué clase de persona es?

La señora Chase seguía con los ojos clavados en Alice.

—No sabría decirle —repuso prudente Gisela—. Se lleva bien con las alumnas, es una buena profesora.

—Ya. —El mohín inmaduro de su boca desapareció y la mujer

adoptó un gesto más rígido y envejecido—. Ha sido un placer verla, *Fräulein*. —Luego sonrió con aire ausente y se alejó entre la multitud.

Gisela fue hacia la mesa del té. Otra voz le habló muy cerca.

—¿Es así como se gana ese buen sueldo? ¿Promoviendo los valores de la educación clásica entre zopencos como Dorothea Chase?

Cuando volvió la cabeza, se encontró con la mirada socarrona de Raymond Vining.

—¿Nos ha oído?

—¡No me lo habría perdido por nada del mundo! ¡A partir de ahora pensará que Eurípides fue el Edgar Wallace de su época!

—¡Vaya! Espero que no le pida a la señora Lightfoot que cambie *Medea* por *Pollyanna* o *Papá Piernas Largas*.

—Apuesto a que es lo que está haciendo ahora mismo.

Gisela siguió con los ojos la dirección de su mirada hasta la mesa donde la señora Chase acababa de abordar a la señora Lightfoot. Estaban a escasos metros de la puerta abierta donde Alice Aitchison seguía hablando con el hombre del traje de *tweed*. Un impulso empujó a Gisela a preguntar:

—¿Sabe usted quién es ese hombre?

—¿El amiguito gordo de Alice? Floyd Chase, el corredor de bolsa. El padre de Beth y exmarido de Dorothea. De saber que iba a estar aquí, seguro que ella no habría venido. Pero, después de todo, es el padre de la criatura. Siempre me han dado pena los niños así, yendo y viniendo de acá para allá, entre unos padres en guerra.

—¿No sería peor vivir con los dos en la misma casa, siempre en mitad de la batalla? —objetó Gisela.

—Desde luego. —La sonrisa de Vining se burlaba a la vez de ella, de él mismo y del mundo entero—. Pero no debería decirlo. Hemos de tener alguna justificación en apariencia racional para el matrimonio, ahora que las razones místicas ya no valen. Por eso fingimos que discutir dentro del vínculo conyugal es saludable para los niños, mientras que acabar con las peleas terminando con el matrimonio destruirá para siempre su salud mental. Y piense en lo reconfortante que tiene que ser esa idea para aquellos que no pueden permitirse el divorcio. En lugar de sentirse pobres, sin más, pueden sentirse moralmente superiores.

—Es usted un misántropo.

—¡Veo que Alice le ha hablado de mí!

—¿Se refiere a Alice Aitchison? ¿La conoce?

—Bastante bien. Hace un tiempo estuvimos prometidos. —Dirigió una mirada fugaz al otro extremo de la habitación, al vestido naranja, y los ojos le brillaron con una chispa de temeridad—. A Alice le gusta el dinero. Floyd Chase tiene de sobra. Yo no.

—Qué franqueza.

—Bah, compensa decir la verdad porque nadie te cree nunca. Todo el mundo da por sentado que escondes o tergiversas algo y busca la auténtica verdad en otra parte. No me gustan estas fiestas. Voy a salir al camino de la entrada, donde he dejado el coche. Queda un quinto de bourbon en la guantera. ¿Le apetece acompañarme?

—No, gracias. —A Gisela le hacía gracia aquel inextinguible descaro—. A mí sí me gusta el té y…

Antes de que pudiera continuar, Arlene apareció a su lado.

—Disculpe, señorita Von Hohenems, pero preguntan por usted al teléfono, una conferencia de larga distancia.

—Gracias. ¿Quién es?

Una pícara curiosidad se filtró a través de la máscara de doncella bien adiestrada.

—La señorita Crayle.

Gisela se apresuró a salir. Según pasaba junto a la puerta ventana, donde Alice y Floyd Chase seguían conversando, su compañera la llamó:

—¡Gisela! ¿Conoces al señor Chase? Esta es la señorita Von Hohenems.

Gisela se disculpó.

—No puedo detenerme, me llaman por teléfono.

Alice parecía divertirse.

—A tu amigo el psiquiatra le va a llegar una buena factura.

—Esta vez es Faustina.

—¿Es que esa desgraciada sigue dándote la lata?

Gisela se alegró de alejarse de allí para coger el teléfono en la extensión que había junto a la escalera.

—¡Hola!

Una vocecilla lejana contestó:

—¿Gisela? Soy Faustina.

—¿Cómo estás? Espero que hayas descansado.

—Estoy bien. —Las palabras llegaban despacio, lánguidas, como si le costara un gran esfuerzo hacerlas salir una por una—. Aunque te echo de menos. ¿Tienes noticias para mí?

—¿Noticias?

—¿No iba el doctor Willing a ver a la señora Lightfoot? Me dijo que iría hoy.

—Ah, sí. Ha estado aquí esta mañana, pero no he podido verlo. Tenía clase.

—¿Y qué le ha dicho?

—No lo sé, pero seguro que él mismo te llama en cuanto pueda.

Esta noche, probablemente.

—Ojalá. Esperar me pone muy nerviosa.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en la ciudad?

—Hasta el viernes. Luego me iré a Brightsea, en Nueva Jersey. Tengo una casita allí. Podrías venir el fin de semana.

—Me encantaría, pero el viernes he quedado para cenar —se excusó Gisela—. ¿Por qué no te quedas en Nueva York otro día y te veo allí?

—He de encontrarme con otra persona en mi casa el viernes por la noche. Alguien a quien me gustaría que también conocieras. ¿Podrías acercarte luego, después de tu cena?

—No lo sé. Tendría que confirmártelo mañana. ¿A qué hora te puedo llamar?

—No te preocupes por eso. Tú ven cuando puedas, el viernes, el sábado o el domingo. No tengo ningún compromiso salvo ese del viernes noche. —La voz de Faustina sonaba más apagada y lenta que nunca, casi letárgica.

—¡Pues haz planes! —replicó Gisela con brío—. Disfruta de unas vacaciones de verdad mientras sigas en Nueva York. Lo necesitas. Ve a visitar a viejos amigos.

—No tengo ninguno.

—Pues ve al teatro. O de compras. Cómprate algo que no puedas permitirte, a ser posible, un sombrero que no necesites. ¿Lo harás?

—Lo intentaré. Adiós.

—Adiós.

Gisela colgó con cierto remordimiento. Ojos que no ven, corazón que no siente. En las últimas horas, ni siquiera había pensado en Faustina. Su melancólica figura ya iba empequeñeciendo, retrocediendo al horizonte de la memoria. La señora Lightfoot tenía razón: al marcharse de Brereton, allí todos olvidarían aquel extraño asunto en cuestión de un mes. Quedaría como una de esas cosas sin importancia, inexplicadas e inexplicables, que dejamos a un lado en el transcurso de una vida ajetreada. Tal vez, al cabo de los años, una mujer comentara con un grupo de amigos, sentados alrededor de una hoguera la noche de Halloween: «A mí nunca me ha pasado nada extraño, salvo aquello de la escuela cuando era pequeña. Nunca llegó a explicarse. Teníamos una profesora de arte que…». El resto sería un recuerdo confuso, distorsionado por todos los demás que habían ido ocupando la memoria a lo largo del tiempo…

Gisela volvió al salón, se sirvió una taza de té y fue a la puerta ventana donde Alice había estado con el señor Chase. Ya no había rastro de ella, y Chase y Vining también habían desaparecido. Se preguntó si no habrían ido los tres al coche de este último a por un

trago de algo más fuerte que el té. Sería muy propio de Alice…

Al llevarse la taza a los labios, Gisela miró fuera, más allá de la pradera, hacia el cenador, que parecía frío y desprotegido en el paisaje sin hojas de noviembre. Creyó ver que algo se movía en el lóbrego interior, pero a esa distancia no estaba segura; había al menos ciento cincuenta metros. Un destello naranja desvió su atención al jardín de flores por debajo del cenador. Dejó la taza y salió por la puerta ventana. Momentos después, bajaba corriendo los escalones de piedra.

Alice Aitchison yacía en el suelo bajo la clara y fría luz del sol, con la cabeza sobre el último escalón. Los labios pintados destacaban, rojos como sangre fresca, en la palidez cadavérica de su rostro. Antes incluso de agacharse para tomarle el pulso en la muñeca inerte, Gisela supo que Alice estaba muerta.

Volvió a ponerse de pie, casi dominada por una náusea repentina y vertiginosa. Estaba sola con una mujer muerta en la ventosa claridad de la tarde. Como todas en la escuela habían estado estudiando a Eurípides, sus palabras se le vinieron a la cabeza: «¿Qué actos espantosos no podemos esperar de esta alma arrogante e impenitente, aguijoneada por la desesperación?».

Alice era una Medea: arrogante, impenitente. Esa misma tarde había hablado de irse de Brereton como aguijoneada por la desesperación: *Entonces todo da igual…* Pero podía haber sido un accidente, se dijo Gisela con vehemencia. Debía serlo. Nadie tenía por qué saber lo del suicidio. Habría sido muy fácil que se le enganchara uno de esos altísimos tacones en el dobladillo de la falda. Incluso tenía un pequeño desgarrón que lo hacía verosímil. Y se le había salido un zapato. Estaba bocarriba cerca del cuerpo…

Volvió a subir corriendo los escalones. Más despacio, cruzó la pradera de césped hasta la puerta ventana del salón. Se abrió camino entre la gente intentando pasar lo más inadvertida posible hasta llegar junto a la señora Lightfoot. Antes de que pudiera articular palabra, la directora le recriminó su ausencia en un susurro.

—¿Dónde ha ido? Es una descortesía hacia nuestros invitados. Y tampoco veo a la señorita Aitchison, ¿sabe usted dónde está?

—Lo siento. —Gisela también bajó la voz—. Me han llamado por teléfono. Al volver, he mirado por casualidad en dirección al jardín de flores. Alice Aitchison está tirada al final de los escalones y… está muerta.

Jamás Gisela admiró tanto a la señora Lightfoot como en ese momento. Sus labios apenas se movieron.

—¿Está segura?

—Sí. La he tocado.

—Lléveme allí.

Se levantó sin dar muestra alguna de urgencia. Había una leve sonrisa de disculpa dibujada en sus labios mientras se abría paso entre la multitud. Cualquiera habría pensado que la requerían para algún asunto de lo más trivial. Una vez fuera, sin embargo, la sonrisa se desvaneció y empezó a andar rápido. Cuando llegaron al pie de los escalones de piedra, no se agachó para tocar a Alice como había hecho su compañera. Se quedó quieta, mirando a la joven muerta con una expresión inescrutable. Al final fue Gisela la que habló de nuevo.

—¿Quiere que llame a un médico? Hay casos de catalepsia que parecen…

—Reconozco la muerte cuando la veo —contestó la señora Lightfoot—. Mírele el cuello, lo tiene roto. Y ya sabe lo que eso supone. Una investigación. Ni siquiera sé si hay forense en Connecticut.

—Podemos decir que ha sido un accidente.

La directora dio un respingo y la miró con repentina intensidad.

—¿Y qué otra cosa iba a ser?

—Bueno… —Gisela dudó—. Siempre cabe la posibilidad del suicidio…

—Tonterías. —La señora Lightfoot fue rotunda—. No hagamos de esto un escándalo, por favor. Supongo que tendrá que haber una investigación, pero el dictamen es inapelable: accidente. Fíjese en ese desgarrón del dobladillo y en el zapato de tacón que se le ha salido. Así es como ha tropezado. No hay ningún hombre aquí en el que confíe salvo Spencer, mi chófer. Vaya al garaje y dígale que venga, pero no lo comente con nadie más. Si puede llevar el cuerpo al garaje antes de que termine la fiesta, nadie tiene por qué enterarse de nada hasta que llamemos a la policía. No quiero que esas chiquillas ni sus padres tengan que pasar el mal trago de verla.

—¡Pero no puede mover el cuerpo! —exclamó Gisela—. No hasta que la policía lo haya visto.

—Seguro que en estas circunstancias…

—¿Puedo ayudarlas en algo?

La alegre voz masculina venía de lo alto de los escalones. Las dos mujeres alzaron la vista. Floyd Chase estaba allí de pie, sonriendo como un tonto. A Gisela le pareció que la señora Lightfoot envejecía a ojos vistas en ese mismo instante.

—Demasiado tarde —musitó.

Chase estaba bajando los escalones.

—¿Se ha desmayado alguien? —Aún sonreía—. ¡Pero si es Alice! —Al acercarse al último escalón, se detuvo—. ¡Dios mío!

—Señor Chase, ha habido un accidente —dijo la señora Lightfoot —. Y puede ayudarnos si permanece en lo alto de los escalones y evita

que baje nadie más hasta que retiremos de aquí el cuerpo. Sin duda entenderá que no queramos que las alumnas vean algo así.

El hombre miró a la señora Lightfoot como si no hubiera oído ni una sola palabra.

—¿Cómo ha ocurrido? —le preguntó con voz ronca.

—No lo sé —replicó impaciente la directora—. La última vez que he visto a la señorita Aitchison, estaba en el salón charlando con usted.

—Nos ha interrumpido mi exmujer. —Parecía aturdido—. Alice se ha marchado enseguida, ha salido por el jardín. Yo he discutido con Dorothea, pero la he dejado en cuanto he podido y he venido a buscar a Alice…

—¿Y dónde ha ido su esposa?

—No lo sé.

—¡Floyd! —Como si le hubieran dado la entrada, en ese momento se oyó el resentido gimoteo de Dorothea Chase—. ¿Qué haces ahí abajo? Te he buscado por todas partes, ¡hasta en el huerto de la cocina!

Ya tenía un pie en el escalón de arriba. Beth, una figura menuda vestida de blanco, tiraba a su madre de la mano para que bajase.

—¡Está ahí, mamá! —gritaba la niña—. No me he imaginado nada, ¡ha pasado de verdad!

—¡Dorothea! —Chase empezó a subir los escalones—. No la dejes bajar. ¡Por favor!

Por primera vez, Gisela sintió cierta compasión por aquel hombre cuando su mujer le replicó de malos modos:

—¡Es ella la que me arrastra a mí, no al revés! Y ahora ten por seguro que voy a bajar, a ver por qué no quieres que lo haga. Si… —Se le quebró la voz y se paró en seco, mirando incrédula el cuerpo desbaratado de la mujer muerta—. ¡Elizabeth! ¡Vuelve arriba ahora mismo!

Pero Beth Chase se quedó de pie junto a su madre, sin moverse. También ella observaba el cadáver con una mezcla de horror y curiosidad.

Floyd Chase blasfemó entre dientes. La señora Lightfoot se adelantó e interpuso su voluminosa falda entre la niña y la imagen de Alice.

—Señora Chase, ¿por casualidad ha visto a la señorita Aitchison aquí mientras estaba buscando a su marido?

—No, estaba al otro lado del edificio —contestó esta indiferente, como si fuera demasiado corta de entendederas para captar la importancia de la pregunta.

—¡Pero yo sí la he visto!

Todos se volvieron para mirar a Beth. La chiquilla no parecía consciente del efecto que tenían las palabras que acababa de pronunciar con esa vocecita aguda y chillona.

—Mi madre me pidió que buscara a papá y vine a este lado de la escuela yo sola. Miré hacia el cenador desde la pradera. La señorita Aitchison estaba de pie en lo alto de los escalones.

—¿Y qué hacía? —le preguntó su padre.

—Hablar.

—Entonces… —La señora Lightfoot se obligó a decirlo en voz alta—: ¿No estaba sola?

—Claro que no, señora Lightfoot. No he dicho que estuviera sola, ¿no?

—¿Quién estaba con ella? —insistió el señor Chase otra vez ronco.

—Otra profesora. Esa delgada y pálida que nos daba clases de dibujo, la señorita Crayle.

—¡Eso es imposible! —exclamó Gisela—. Faustina acaba de llamarme por teléfono desde Nueva York.

—Pero yo la he visto, señorita Von Hohenems —protestó Beth—. Cuando se lo he dicho a mi madre, ella tampoco me creía, así que la he traído aquí para que lo viera por sí misma. La señorita Crayle llevaba su abrigo azul y su sombrero marrón, como siempre. Cuando la señorita Aitchison ha rodeado el cenador, la señorita Crayle estaba allí esperando. La señorita Aitchison le ha dicho algo que no he oído. Luego la señorita Crayle ha alargado el brazo y ha empujado a la señorita Aitchison y ella ha gritado y se ha caído de espaldas, por los escalones. Entonces la señorita Crayle se ha ido como siempre, muy callada, sin hacer ni un ruido…

# CAPÍTULO NUEVE

*Aquel que expulsó siete demonios*
*de la Magdalena*
*dudo que pudiera hacer tanto*
*por ti, Faustina.*

Esa noche, directivos y administradores del hospital Murray Hill se reunieron en el despacho del presidente, dueño de un periódico. Era más de medianoche cuando Basil salió del edificio y subió andando por Broadway hacia el aparcamiento de la Séptima Avenida donde había dejado el coche.

La paz había vuelto Broadway tan sórdido, una vez más, como Coney Island. Cansado como estaba, enormes letreros con luces cambiantes, eléctricas o de neón, lo forzaban a fijarse en los cigarrillos de tal marca y en el *whisky* de tal otra. Eran la negación del arte: juguetes mecánicos gigantes para niños grandes que se deleitaban en eslóganes obvios, colores primarios y movimientos simples y repetitivos.

La luz combinada de todos aquellos anuncios bañaba el sucio asfalto bajo sus pies con una falsa claridad. Cuando un chico de los periódicos le puso en la mano un ejemplar del diario de la mañana siguiente, fue al resplandor de esa luz malsana y antinatural como vio el titular de primera plana: MUERE UNA PROFESORA AL ROMPERSE EL CUELLO. Fue la data, no obstante, lo que le llamó la atención: *Brereton, jueves 17 de noviembre*. Se detuvo donde estaba para leer el resto.

> *La señorita Alice Aitchison, profesora de Arte Dramático en la cercana escuela femenina Brereton, fue hallada sin vida en los jardines del colegio a las cinco de esta tarde por otra maestra, la señorita Grizel von Hohenstein. El cuerpo yacía al pie de unos escalones de piedra que conducen a un jardín de flores. Según la policía, la señorita Aitchison murió a causa de una fractura en el cuello sufrida al caer por los escalones tras engancharsele un tacón de siete centímetros en el dobladillo descosido del vestido que*

*llevaba puesto, un vestido largo hasta los pies, tipo bata, de tafetán azul pálido.*

*Al parecer, una de las alumnas presenció el accidente, la señorita Elizabeth Chase, de trece años, que fue corriendo a informar a su madre, de visita en la escuela, justo antes de que la señorita Von Hohenstein descubriese el cadáver de forma independiente. Floyd Chase, el padre de la niña, se ha negado a que los reporteros la entrevisten, pero se rumorea que esta vio a la señorita Aitchison hablando con una antigua profesora del colegio, la señorita Faustina Crayle, en los instantes previos a la tragedia. La señorita Crayle, que se aloja en un hotel del centro de Manhattan, aún no ha sido localizada para interrogarla a última hora de esta tarde.*

*La señorita Aitchison era hija del fallecido Stanley Mordaunt Aitchison, banquero especialista en inversiones que se suicidó en 1945, tras sufrir varios reveses financieros en Wall Street. El funeral será privado.*

Basil se metió el periódico doblado en el bolsillo del abrigo y siguió a toda prisa hasta el coche. Si «Grizel von Hohenstein» era el resultado de todo el esfuerzo que el redactor había hecho para averiguar el nombre de Gisela, tampoco se podía confiar en otros detalles de su crónica, pero aun así… Basil giró el volante y el coche se sumó a la corriente del tráfico que se dirigía al norte.

Era la una de la madrugada cuando llegó al Fontainebleau y el vestíbulo estaba vacío. Le dio su tarjeta al recepcionista del turno de noche.

—No soy periodista y he de ver a la señorita Crayle de inmediato. ¿Puede decirle que estoy aquí abajo?

—Tiene el teléfono desconectado desde las seis —contestó el otro —. Ahora estará dormida y…

—Es urgente.

Aquel hombre volvió a mirar la tarjeta y luego descolgó el teléfono interno.

—La señorita Crayle bajará enseguida —le dijo al fin.

Cuando Faustina cruzaba el vestíbulo en su dirección, Basil pudo observarla por primera vez despacio y a plena luz. Aún parecía flaca como un galgo, y frágil, pero ya no estaba rodeada por ese romántico halo etéreo, solo pálida y demacrada. Tenía el pelo castaño fino y reseco; la mirada —esos ojos de un tono azul lechoso— ausente, abstraída. Llevaba un vestido marrón de punto suelto de lana y la piel cetrina del rostro marcada por un granito rojo en una mejilla. Lo único que quedaba de aquel encanto fantasmal vislumbrado en la penumbra era su mansedumbre y su delicadeza.

Se sentaron en un rincón del vestíbulo. Basil le ofreció un cigarrillo, pero ella lo rechazó.

—¿La ha visto? A la señora Lightfoot.

—Sí. —Se encendió uno para él y se recostó en la silla—. Señorita Crayle, ¿dónde estaba esta tarde, a las cinco?

—Aquí. Arriba, en mi habitación.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Y qué hacía?

—¿A las cinco? He pedido una conferencia y estaba hablando con Gisela. Ya se lo he explicado a ese hombre de la policía de Nueva York. La policía de Connecticut lo ha enviado a interrogarme esta tarde. Luego han empezado a llamar periodistas y he desconectado el teléfono.

—¿Sabe por qué la ha interrogado la policía?

—Por la muerte de Alice Aitchison. Me han dicho que era simple rutina.

—Siempre dicen que es «simple rutina». Nunca lo es. —Basil se sacó el periódico del bolsillo—. Lea esto, por favor.

Faustina llegó solo al segundo párrafo. Luego el diario se le cayó de las manos.

—¡Pero es imposible! Ni siquiera estaba cerca de Brereton esta tarde. Mi conferencia telefónica con Gisela lo demuestra.

—Probablemente por eso no le han hecho más preguntas.

—Por suerte, puedo demostrar que he estado aquí todo el día. El Fontainebleau solo tiene esta entrada. El ascensorista, los empleados de la recepción, los porteros… Todos me conocen. Saben que no he salido de aquí en toda la tarde ni en toda la noche.

—¿Y la escalera de incendios o la puerta de servicio?

—La policía ya lo ha comprobado. Solo se puede llegar a la puerta de servicio atravesando la cocina del restaurante. Un cocinero y dos ayudantes han estado ahí toda la tarde. Y la escalera de incendios da al pasillo de la cocina, no habría pasado nadie sin que lo vieran o lo oyeran.

—¿Qué ha hecho después de hablar por teléfono con Gisela?

—¿Después? Pues… me he acostado un rato.

—¿A las cinco de la tarde?

—Sí. Mientras hablaba con Gisela me ha entrado sueño. Desde que estoy aquí, he cogido la costumbre de dormir un poco por las tardes, sobre todo después de tomar el té.

Basil asintió, pues entendía lo que Faustina no llegaba a decirle. Estaba tan aturdida por el despido, tan apática y derrotada y aburrida,

que buscaba escapar de la realidad con esas pequeñas siestas durante el día, como una anciana o un bebé, incapaz de soportar la carga de la consciencia durante mucho tiempo seguido.

El frío que sintió no era solo el de aquella cruda noche de noviembre. *Los sonámbulos dan rienda suelta, mientras duermen, a ciertos impulsos que han reprimido durante el estado de vigilia…*

—¿Alguna vez ha tenido el impulso de matar a Alice Aitchison?

—¡Claro que no!

Parecía sinceramente escandalizada. Un impulso así, no obstante, tendría que ser reprimido, inconsciente. Ni ella misma lo sabría.

—No le caía bien, ¿verdad?

—No —admitió Faustina—. No puedo decir que congeniase con ella. Era grosera y siempre fue muy cruel conmigo. A veces la odiaba…

Una vez más, Basil asintió. Entendía que Faustina odiase a Alice: el débil odia al fuerte, llama «educación» a su propia debilidad y «grosería» a la fuerza del otro. Aquellos que no pueden enfrentarse en persona a sus enemigos arremeten contra sus fantasmas en la seguridad y en la libertad de su propia mente. Odiar a alguien es desear su aniquilación y solo hay una manera de aniquilar a un ser humano: la muerte. Los niños lo saben de forma instintiva cuando gritan: *¡Te odio! ¡Ojalá te mueras!* ¿Se había acostado Faustina esa tarde con la sádica fantasía de la muerte de Alice rondándole la cabeza? ¿Se había quedado dormida con ese deseo funesto como último pensamiento consciente? ¿Se había levantado entonces en un trance de sonambulismo y…?

No. La dimensión temporal lo hacía imposible. Dormida o despierta, Faustina no podía haber salido del Fontainebleau sin que la vieran ni haber llegado a Connecticut desde Nueva York en los escasos minutos transcurridos entre su llamada a Gisela y la muerte de Alice Aitchison. A menos que… *el inconsciente pudiera reunir suficiente energía vital para proyectar una imagen o un reflejo de sí mismo en el aire; ni los arcoíris ni los espejismos existen en los términos comunes del espacio-tiempo…*

Matar solo con desearlo, el crimen atribuido a las brujas desde tiempos inmemoriales. Basil sonrió ante tal pintoresca y arcaica idea, si bien el atavismo le otorgaba un curioso empuje en las maleables profundidades de la mente, como una resaca submarina…

—Sin duda, la policía de Connecticut ha decidido que Elizabeth Chase estaba confundida o histérica. Después de todo, tiene solo trece años. Pero la niña ha visto algo, señorita Crayle. ¿Qué era?

—No lo sé.

—Creo que sí lo sabe. O lo sospecha.

Aquellos ojos azules se empañaron al tiempo que Faustina desenfocaba la mirada. Estaba allí sentada, muda e inerte, como si se hubiera retirado de la superficie de su propio cuerpo para refugiarse en una ensoñación de sí misma, más reconfortante que la realidad.

¿Qué decía el padre de Andie el Negro sobre Tod Lapraik? *Creo que más de uno acabó en la hoguera por sueños como ese…* Que, con acento escocés cerrado, sonaba aún más imponente. Y era cierto. En otros tiempos, cientos de Faustinas Crayle habían ardido vivas, retorciéndose y gritando de dolor, un sacrificio humano a los dioses de la ignorancia y el terror…

—¡Vamos, señorita Crayle! No está jugando limpio conmigo. Ayer ya sabía lo que iba a contarme la señora Lightfoot. Empecemos por el principio. ¿Por qué dejó la escuela Maidstone el año pasado?

Faustina se estremeció e hizo una mueca de angustia, como si le doliera salir de nuevo a la superficie de su envoltura física y comunicarse con el mundo exterior. Siguió en silencio. No estaba dispuesta a abrirle el camino.

—¿Pretende que crea que no conoce usted la antigua tradición inglesa del *fetch*, el doble fantasmal de una persona viva? ¿O del *doppelgänger* germánico, que literalmente significa «el doble andante»? Si fuera el caso, no le habría cogido prestado a Gisela el libro de Goethe.

Basil había previsto varias reacciones: sorpresa, indignación, rechazo. No se le había ocurrido que la joven se taparía la cara con las manos y se echaría a llorar.

—¡Doctor Willing! ¿Qué puedo hacer?

Este miró un segundo al otro extremo del vestíbulo, donde estaba el mostrador de recepción. El recepcionista estaría a unos diez o doce metros de ellos y tenía los ojos clavados en un libro contable. Además, a pesar de la desesperación, Faustina sollozaba en silencio. No la habría visto ni se habría percatado de nada de lo que sucedía en el sombrío rincón donde estaban sentados.

—¿Por qué no me lo contó antes de enviarme a hablar con la señora Lightfoot?

—¡Yo no le envié! —protestó ella sin fuerzas—. Fue usted el que insistió en ir. Y yo… Yo no sé nada. —Faustina dejó caer las manos y lo miró angustiada, ajena a los párpados enrojecidos y las mejillas empapadas—. Yo nunca lo he visto. No sé lo que es. Solo sé lo que la gente me contaba en Maidstone, y ahora… Supongo que ha vuelto a ocurrir en Brereton, pero no lo sabía. La señora Lightfoot no quiso decírmelo y yo no fui capaz de preguntárselo. Creí que tal vez a usted se lo diría, por eso consentí en que fuera. Pero no podía contarle una cosa así antes, se habría echado a reír. O me habría tomado por una

neurótica. Hace un año, yo misma habría tachado de loco a cualquiera que se tomase en serio algo como eso. Sabía que, si lo oía de boca de la señora Lightfoot, no se reiría. A ella la escucharía, aunque no creyese en su palabra. Y, en el peor de los casos, pensaría que la neurótica es ella y no yo.

—¿Cree usted que la señora Lightfoot es una neurótica?

—¿Lo era la señorita Maidstone? ¿Y todas las demás profesoras y alumnas y las chicas del servicio de las dos escuelas? Doctor Willing, cuando una pierde su empleo dos veces por el mismo motivo, no se ríe ni piensa que son todo imaginaciones de otros. Yo no sé qué es esa cosa, puede que no sea lo que dicen, pero no es imaginaria. Hay algo…, algo real, quiero decir. Y no soy yo. Sé que no soy ningún fraude. Usted no lo sabe, desde luego. No puede saberlo porque solo cuenta con mi palabra. Pero yo sí lo sé. ¿Qué queda entonces? ¿Que hago esas cosas de manera inconsciente? Es físicamente imposible. Incluso si fuera sonámbula, no podría estar en dos sitios a la vez y eso es lo que dicen que ha pasado. En más de una ocasión. ¿Acaso conspiran todos para gastarme una broma pesada? No me imagino a personas tan distintas como la señorita Maidstone en Virginia y Arlene Murphy en Connecticut involucradas en la misma confabulación sin sentido, representando con tanta solemnidad una farsa estéril durante más de doce meses solo para desconcertarme. Así que, ¿qué queda? No lo sé, pero tengo miedo.

Faustina hizo una pausa y desvió la mirada hacia la luminosa vacuidad del vestíbulo.

—¿Tiene idea de lo que es esto para mí? —prosiguió luego—. ¿De la desesperación con la que me hago a mí misma, una y otra vez, todas esas viejas preguntas sin respuesta? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Por qué se creó al ser humano? ¿Por qué damos por hecho con tanta seguridad que Dios es bueno, cuando parece mucho más probable que sea malvado? ¿Somos un accidente de la química, sin principio ni final ni propósito? ¿Supercoloides representando una comedia despiadada? ¿Somos un sueño de Dios, como creen los budistas? ¿Por eso, cuando somos pequeños, nos miramos al espejo y nos miramos las manos y los pies y nos decimos: «*Soy yo*»? «*Yo soy Faustina Crayle. No soy nadie más*». Y, aun así, por mucho que te esfuerces en hacerte consciente de tu identidad, hay algo dentro de ti que sigue diciéndote que eso no es del todo cierto. Que solo eres Faustina Crayle en un sitio y en un momento dados. Que podrías haber sido cualquier otra persona. Eso es lo que hace la vida tan ilusoria, el sentido de tu propia irrealidad…

»He leído todos los libros canónicos de filosofía, ciencia y religión. No tienen nada que ver con la urgencia de la vida real o los problemas personales. ¿Acaso esos hombres que juegan una especie de partida de ajedrez intelectual con ellos mismos tienen idea de cuánto desea la

gente corriente que está en apuros una respuesta que satisfaga tanto al corazón como a la razón? Uno les pide pan y ellos te dan… palabras. ¿Cómo podré vivir con una cosa así? ¿Qué va a ser de mí?

Una vez más, la joven empezó a sollozar en silencio. Basil esperó a que parase de puro agotamiento y luego volvió a pedirle, con paciencia:

—Cuénteme qué ocurrió en Maidstone.

Notó un leve aroma a lavanda cuando Faustina sacó un pañuelo para enjugarse los ojos. La expresión se le suavizó hasta adquirir cierta apariencia de compostura, pero su voz sonó de nuevo gutural, vibrante.

—Era mi primer empleo tras acabar los estudios superiores. Estaba feliz y orgullosa cuando entré en Maidstone. Es un internado, como Brereton, solo que más grande y está en Virginia en lugar de en Connecticut y las alumnas no llevan uniforme. Es más atlético: las chicas hacen excursiones a pie, montan a caballo y nadan. Pero es tan estricto como Brereton, incluso más. No se permiten visitantes varones, salvo los domingos por la tarde, y ese tipo de cosas.

»Cuando llevaba allí una semana, empecé a tener la sensación de que me observaban y de que cuchicheaban sobre mí. No sabía por qué. A lo mejor notaba que una de las alumnas me miraba como con curiosidad y, cuando me volvía hacia ella, apartaba la mirada. Cuando entraba en algún sitio donde la gente estaba hablando, todos se callaban y luego seguían en un tono diferente. Por eso intuía que hablaban de mí, pero no tenía ni idea de qué estarían diciendo. Las otras profesoras parecían evitarme. Las chicas se mostraban incómodas y reservadas conmigo. Las criadas me tenían miedo y me odiaban, igual que luego en Brereton. No obstante, era la primera vez que me ocurría algo parecido, así que no me lo tomé muy en serio. Creí que no les caía bien o que les molestaba algo de mí: mi ropa, mi forma de hablar, mis modales.

»Poco a poco empezó a crearse como un patrón. Me cruzaba con alguien en las escaleras o en el vestíbulo. Esa persona parecía sorprendida o confusa y me decía: «¿Cómo has llegado hasta aquí? Acabo de verte en el piso de arriba». Y yo, ingenua, contestaba: «Te habrás equivocado, llevo toda la tarde en el jardín». O en la biblioteca o donde hubiera estado. Entonces, la mirada de asombro se convertía en recelo. Después de que ocurriera dos o tres veces, empecé a preguntarme: *¿Qué pasa? ¿Por qué la gente siempre cree verme en sitios donde es imposible que estuviera en ese momento?* Yo estaba tan perpleja como los demás. No me atrevía a comentarlo con nadie y nadie lo comentaba conmigo, pero era algo tan inexplicable que me preocupó desde el principio. Y después empezó a asustarme. Dejé de decirle a la gente dónde había estado cuando se sorprendían de encontrarme en

otro lugar. Luego recibí una nota de la propia señorita Maidstone: el despido, con un cheque por un año entero de servicios.

»Entonces era más valiente que ahora. Además, la señorita Maidstone tenía ese carácter más suave de las mujeres de Virginia, más accesible que la señora Lightfoot, que en el fondo es una yanqui puritana. Cogí la nota y fui al despacho de la señorita Maidstone. Al principio se mostró evasiva, pero mi angustia acabó por vencer su resistencia. Sacó unos libros de un armario cerrado con llave y me dijo que los leyera.

»Me pasé la noche en vela. Apenas entendía lo que leía. Siempre me había reído de los espiritualistas y sabía que tanto la religión como la ciencia los desprecian por igual. Pero esos hombres no eran espiritualistas. No creían en fantasmas ni en la inmortalidad personal. La mayoría eran ateos, pero creían que había una reducida serie de fenómenos inexplicables proscritos por la ciencia ortodoxa sin haberlos examinado. Y no se trataba de excéntricos don nadies. Uno era William James, el psicólogo, que investigaba estos asuntos extraoficialmente porque habría puesto en peligro su carrera si lo hiciese público. Otro era Charles Richet, el fisiólogo, que sí dio la cara y tuvo que soportar el bombardeo de mofas consiguiente, como el tributo que aquel que rompe un tabú ha de pagar siempre a la ortodoxia.

»Pronto empecé a entender por qué la señorita Maidstone me había prestado esos libros en concreto. Incluían algunos relatos áridos, objetivos y en apariencia basados en hechos sobre los llamados «dobles», ensoñaciones de los despiertos, espectros de los vivos. Se mencionaba la experiencia de Goethe. Por eso tomé prestado el ejemplar que tenía Gisela de sus *Memorias*. Y había un caso, de una joven profesora francesa en la región de Livonia, hace casi cien años, extraordinariamente parecido al mío.

»En ese momento, dejé todos los libros a un lado y me quedé allí sentada, sola en mi habitación de Maidstone, mirando por la ventana y contemplando la constelación de Orión y el Carro de la Osa Mayor. Frases y comentarios de las últimas semanas me retumbaban en la cabeza, como un eco: «Señorita Crayle, ¿qué hace aquí arriba? Acabo de asomarme a la ventana y la he visto en el camino de entrada», «Señorita Crayle, ¿era usted la del balcón, hace un segundo? Creí que estaba tocando el piano en la sala de música». Cosas que habían pasado no una vez, sino cinco o seis veces en total.

»No quise seguir leyendo porque los hombres que habían recopilado y relacionado esos pocos casos no hacían ningún intento por explicarlos. Eran todos científicos inclinados al agnosticismo. Se limitaban a referir las palabras de los testigos y decían, sin más: estas personas afirman que tal cosa ha ocurrido; consideramos más que

probable que sean todos unos mentirosos, pero pongamos por caso que no lo fueran; en ese supuesto, si cuentan la verdad tal y como la han observado, ¿cuál es la causa?, ¿cómo ha sucedido y qué significa?

»*Si cuentan la verdad…* Ese «si» me atormentaba. Yo tampoco tenía la respuesta, pero al menos ahora sabía lo que la gente decía y pensaba de mí en Maidstone. En ese momento no me creí nada de aquello, pero tenía miedo porque pensé que algo debía de haber detrás. Tal vez solo una travesura absurda o una broma, pero aun así me perjudicaba. Y no sabía lo que era.

»A la mañana siguiente, bajé al despacho de la señorita Maidstone para devolverle los libros. Me dijo que mantenía en secreto su interés por esos temas porque a una directora de escuela se le exige una estricta ortodoxia. Fue amable. Habló muy en serio de mi «poder psíquico», creía en ello de verdad. Sin embargo, por esa misma razón, no podía permitirme seguir en Maidstone ni un minuto más. Ya ve, la señora Lightfoot se deshizo de mí porque pensaba que era o bien una estafadora o la víctima de una estafa, pero la señorita Maidstone me despidió porque estaba convencida de que no lo era. Eso le resultaba mucho más perturbador. Igual que a mí. Si me hubiera acusado de fraude, yo habría podido negarlo y justificar mi postura. Contra ese otro cargo, no tenía defensa posible. No podía demostrar nada. Ni yo misma sabía cuál era la verdad.

»La señorita Maidstone se mostró muy apenada por mí porque no creía que yo tuviera culpa de nada. En un momento de debilidad, me dio una carta de recomendación con la que luego conseguí el empleo en Brereton y…

—Disculpe si la interrumpo aquí —se excusó Basil—. ¿Con qué frecuencia se vio al doble en Maidstone?

—De los primeros incidentes no llevaba la cuenta porque no les di importancia. Después, cuando hablé con la señorita Maidstone, ella me dijo que lo habían visto siete veces. Dos por la noche, en el jardín, desde una ventana del piso de arriba, mientras yo dormía en mi habitación. Tres veces por la mañana, en un balcón y desde la entrada, cuando yo estaba dando clase en un aula de la planta baja. Y dos por la tarde, pasando frente a una ventana abierta por delante del vestíbulo cuando en realidad estaba dentro, en la puerta principal.

—¿Llevaba el mismo sombrero marrón y el abrigo azul en todas esas ocasiones?

—El mismo sombrero sí, pero no el mismo abrigo. Entonces tenía uno de pelo de camello. Eran muy populares en Maidstone, perfectos para el clima de los inviernos de allí.

—Y aun así, después de todo aquello, ¿se fue a Brereton?

—Creo que en ese momento estaba más perpleja que asustada.

Incluso si no era una enrevesada broma de mal gusto, si el supuesto «doble» era una especie de alucinación colectiva, no me había ocurrido nunca hasta entonces y pensé que lo habría provocado alguna circunstancia peculiar de Maidstone, algo relacionado con el ambiente o con la psicología de la escuela que no se repetiría en ningún otro sitio.

»Había tenido muchísima suerte al conseguir el trabajo en Brereton después de abandonar Maidstone de una forma tan deshonrosa. Intenté desesperadamente agradar a todo el mundo y, durante la primera semana, parecía que lo estaba logrando. Era la primera vez en todo ese año que volvía a sentirme feliz… Un día, me crucé con la señorita Chellis en el pasillo del segundo piso y me dijo: «Señorita Crayle, a la señora Lightfoot no le gusta que las profesoras utilicen la escalera de servicio». Le contesté: «Disculpe, pero yo no he usado la escalera de servicio, señorita Chellis». «¿No? Pues acabo de verla en el jardín y ahora subo por la escalera principal y la encuentro aquí, en la segunda planta. No me ha adelantado usted por las escaleras, de modo que…».

»Entonces lo supe, estaba ocurriendo otra vez. Fue en ese momento cuando empecé a asustarme de verdad. ¿Cómo podía haberme seguido desde Maidstone a Brereton casi un año después a menos que fuese real? Yo era el único vínculo entre las dos escuelas, así que la causa debía de estar en mí. Si en ese instante me hubieran confesado que era todo una broma, habría abrazado al bromista. Cuánto me habría aliviado…

—Había al menos otro vínculo entre Maidstone y Brereton —objetó Basil—. Alice Aitchison. ¿Sabe por qué le dijo a Gisela que lo lamentaría si me pedía que investigase las habladurías sobre usted?

—Supongo que se referiría a que la señora Lightfoot se iba a enfadar si Gisela hablaba de lo que pasaba en la escuela con alguien de fuera.

—¿Fue la señorita Aitchison una de las que vieron al doble en Maidstone?

—No, pero había oído las historias que se contaban de mí allí. Como todos en Maidstone. Cuando me encontré con Alice en Brereton a principios de este otoño, temí que le fuera con el cuento a todo el mundo. La primera vez que estuvimos a solas, le supliqué que me prometiera no contárselo a nadie. Me lo prometió y creo que mantuvo su promesa, pero solía lanzarme indirectas al respecto delante de otras personas: comentarios crípticos que solo entendía yo. Sabía que aquello me dejaba con el alma en vilo y disfrutaba viéndome sufrir. El día que ya me iba, incluso dijo haberme visto asomada a una ventana cuando estaba en el jardín. Pero solo fingía, para angustiarme a mí y para asustar a una de las criadas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no tenía miedo. Me miraba con ojos burlones. Verá, Alice creía que yo era la responsable de todo. Ese día que me prometió no contárselo a nadie en Brereton, a mí se me saltaron las lágrimas y me dijo en un tono muy cruel: «Las tímidas y cohibidas siempre acabáis histéricas, pero si quieres conservar este trabajo, tendrás que aprender a controlar tus impulsos subconscientes». Me quedé de piedra. Le pregunté y me dijo que solo había una explicación razonable para todo aquello: que era yo la que jugaba las malas pasadas, que hacía todo eso en una especie de estado sonámbulo y luego no me acordaba de nada. Tal vez por eso Alice siempre me menospreciaba tanto, nunca me temió como las demás y… —Faustina dudó. Luego siguió más despacio—: Puede que eso la matara.

Basil se sorprendió.

—¿A qué se refiere?

—Piénselo, doctor Willing. ¿Cómo se ha matado Alice? No ha sido con nada tangible: una cuerda, un cuchillo o una bala. Ha tropezado, se ha caído por unos escalones de piedra y se ha roto el cuello. Un accidente. Pero ¿no tienen los llamados «accidentes» causas internas tanto como externas? ¿No han recopilado estadísticas las compañías aseguradoras para demostrar que ciertas personas son «propensas a los accidentes»?

—Sí —convino él—. Los grandes negocios han salido al rescate de Freud. Una de sus teorías era que la gente sufre accidentes por un impulso culpable hacia el autocastigo. Unos zapatos de tacón alto y una falda que arrastra pueden ser motivo de un accidente, pero no su causa. Esta se hallaría en un estrato más profundo de la mente traicionera de la propia víctima, una especie de suicidio inconsciente.

—Bueno, pues suponga que el subconsciente de una persona tuviera acceso al subconsciente de otra y pudiese implantar en él el impulso del suicidio sin ni siquiera darse cuenta del proceso. Eso sería un homicidio, ¿no? Un nuevo tipo de homicidio indetectable, ignorado incluso por el propio asesino, así como por la víctima. Los poetas llevan siglos diciendo que todo odio es homicida. Puede que tengan razón.

—¿Matar por telepatía? —Basil sonrió—. ¡Entonces nadie estaría a salvo! Por suerte, todavía no hay pruebas reales de que la mente de una persona pueda influir a distancia en la de otra sin recurrir a la hipnosis.

—No estaba pensando en la telepatía ni en la hipnosis —repuso Faustina—. Pensaba…

—¿Sí? —la animó el otro.

—Que tal vez la pequeña Beth Chase haya dicho la verdad. La

gente tropieza y se cae cuando se asusta. Un zapato salido y un dobladillo roto pueden ser el resultado de una caída tanto como su causa. ¿Y qué asustaría sin duda a Alice Aitchison? Verme a mí en los escalones del jardín de Brereton cuando sabía que Gisela había aceptado una conferencia desde Nueva York y estaba hablando conmigo por teléfono.

»Alice conocía todas las historias que se contaban sobre mí y nunca creyó en ellas. Por eso mismo, el sobresalto habría sido mucho mayor si de repente se encuentra cara a cara conmigo en Brereton, a plena luz del día, sabiendo sin ningún género de duda que en realidad estoy en Nueva York. Sería una conmoción espantosa descubrir que aquello de lo que siempre te has reído es real. Y si esa imagen extiende la mano para tocarte, seguro que podría asustarte lo suficiente para tropezar y caer por los escalones…

—¿Y empieza a pensar que Alice vio esa imagen porque usted la odiaba y le envió la visión mientras dormía, sin saberlo ni ser consciente de ello?

Faustina contestó en tono desesperado:

—¿Qué otra explicación responde a todos los hechos?

Basil estudió su rostro. Un leve rubor causado por la exaltación le daba un matiz nuevo: la luminosidad que aparece y desaparece de forma inesperada en el cutis transparente de las personas muy blancas de piel. Si tuviera más vitalidad, un metabolismo más rápido, la sangre más caliente y viva, podría haber sido atractiva, incluso hermosa. Tenía una estructura ósea y una tez agradables, en el fondo. Era su naturaleza lánguida e indolente lo que la hacía tan sosa e intrascendente la mayor parte del tiempo. Ahora, por un instante, Basil captó un destello de lo que podía haber sido.

Estaba seguro de que su desesperación era sincera, pero también, paradójicamente, de que esa desesperación se mezclaba ahora con el regodeo en cierta sensación de poder, tan agradable como desacostumbrada. Ella no lo había pedido, pero, ahora que creía que se lo habían dado, no habría sido del todo humana si no hubiera sentido algo más complejo que el puro terror. El terror estaba ahí, sí, pero también otras emociones más sutiles. No podía disgustarle por completo la idea de haber sido ella, Faustina Crayle —corriente, tímida e ignorada—, la que había castigado con la muerte a aquella mujer hermosa y osada que se burlaba de sus fracasos con una crueldad tan arrogante.

Por primera vez, Basil entendió por qué tantas brujas y hechiceros del siglo diecisiete habían confesado, y con abundancia de maliciosos detalles, los crímenes de los cuales se les acusaba. No fue solo la tortura lo que les sacó esas falsas confesiones. Aunque se enfrentaban a una muerte horrible, habían disfrutado aterrorizando a sus

perseguidores. Era la única venganza que les quedaba. Sin duda, los más ilusos incluso se habrían convencido a sí mismos de que tenían un misterioso poder, pues eso sería mucho más reconfortante que verse como víctimas indefensas de la barbarie. Resultaba significativo que las brujas siempre hubieran sido personas sin ningún desahogo saludable para el sentido del poder.

*Muchas veces me he preguntado por qué brujas y brujos serían viejas harapientas y arrugadas o viejos débiles y achacosos…* O bien, podría haber añadido Andie el Negro, jovencitas melancólicas sin atractivo ni propiedades ni una posición en la vida. Desde el punto de vista psicológico, las brujas venían del mismo estrato que los envenenadores y los histéricos: parias frustrados que pergeñaban una astuta y perversa venganza contra una sociedad que no les daba opción al placer ni al orgullo.

No obstante, y aun reconociendo todo esto, la gran pregunta seguía sin respuesta: ¿era su venganza un mero autoengaño o había algún ser humano capaz, bajo una presión psicológica extrema y por esa misma razón, de ejercer un poder mental especial y desconocido para las personas sanas y manipular las vidas corrientes? ¿Era una casualidad que todas las religiones del mundo utilizaran las tres grandes frustraciones —el celibato, el ayuno y la pobreza— como mecanismo material reconocido para generar visiones que consideraban espirituales?

—No creo que deba usted cargar con la culpa por la muerte de la señorita Aitchison —dijo al fin—. En ciencia, hay una ratio entre las pruebas necesarias y la probabilidad de aquello que uno intenta demostrar. Hacen falta pocas pruebas, relativamente, para establecer algo que se ajusta con facilidad al patrón de otros hechos ya establecidos. No obstante, cuando se intenta demostrar algo contrario a cualquier hecho o teoría aceptada, como es natural, hace falta una montaña de pruebas incontestables que se tarda generaciones en acumular.

»Después de todo, la policía cree que la muerte de la señorita Aitchison se debe a causas puramente materiales: tacones altos, falda larga y una caída por los escalones de piedra en la que se ha roto el cuello. No hay nada de misterioso en eso, salvo por el testimonio de Beth Chase, pero una niña de trece años no es demasiado fiable como testigo. Estoy convencido de que algo dañino se trama en Brereton, pero aún no tengo claro de que sea un mal incorpóreo. Lo cual me recuerda… ¿Ha hecho usted testamento?

Faustina dejó escapar un largo suspiro de desánimo.

—No.

—¿Por qué no?

La joven se encogió de hombros.

—Ya sabe que no tengo familia. No se me ocurre nadie a quien pudiera interesar heredar mis escasas pertenencias.

—Pues elija a alguien al azar, un simple conocido, cualquiera. Siempre puede cambiarlo después si se casa o hace nuevas amistades. Nadie que se vea amenazado por una fuerza desconocida debería arriesgarse a morir intestado. De ese modo, no se sabe quién podría beneficiarse de su muerte.

Faustina esbozó una triste sonrisa.

—Si poseyera algo de valor, estaría usted en lo cierto. Dadas mis circunstancias, nadie se va a beneficiar mucho, tanto si muero intestada como si no.

—Mañana iré a ver al señor Watkins, por si pudiera contarme algo más sobre su familia, aunque con ese disparatado horario de oficina, tendré que levantarme a las cinco de la mañana. Volveré a verla aquí mañana por la tarde y…

—Mañana por la tarde no estaré aquí.

—¿Por qué no?

—Necesito intimidad y tranquilidad. Quiero alejarme de esos periodistas y ya había pensado en trasladarme a mi casita de Brightsea para pasar el resto del invierno.

—No lo haga. —El tono de Basil se volvió áspero—. Todavía no. Si no le gusta este hotel, búsquese otro, pero alójese en un hotel. Uno grande, bien iluminado y bullicioso como este, con un montón de porteros y ascensoristas. Baje a comer al restaurante. No vaya por ahí sola, mézclese con la multitud. Y por favor, cierre la puerta de su habitación con llave por las noches hasta que vuelva a tener noticias mías.

—¿Cerrar con llave? —repitió Faustina con una risa seca y cascada —. ¿Cree que una puerta cerrada con llave va a suponer un obstáculo para…?

—¿Para qué? —Basil la obligó a continuar, convencido de que sería un ejercicio catártico poner nombre a sus temores.

—¿No se imagina lo que me da miedo?

—Dígamelo.

—Tengo miedo de ver… eso. Con mis propios ojos. Como Goethe.

—Entonces, ¿usted nunca lo ha visto?

—Solo una vez, pero no fue más que un destello. Ahora ya no estoy segura de lo que vi. Ocurrió la noche que me iba de Brereton. Me detuve en lo alto de la escalera principal. La señora Lightfoot estaba en el primer rellano. Me pareció ver que algo se movía entre las sombras al final de la escalera, nada más. Pero la actitud de la señora Lightfoot me hizo sospechar que ella había visto otra cosa. Fuera lo que fuese, la alteró.

—¿Y a usted?

—Yo no me asusté demasiado. Si nunca fuera a pasar más que eso, podría soportarlo. Un movimiento en las sombras más allá de la luz… Podría aguantar, incluso, ver la espalda de una figura que se pareciese a mí, de lejos, en la penumbra, durante un instante y rodeada de gente. Podría ser algo o no ser nada, digamos, una ilusión óptica. Hasta podría ver el rostro de la figura en la distancia, fugazmente. Eso también podría ser un espejismo. Pero ¿y si no se queda en eso?

—¿Qué más podría ocurrir?

—¿De verdad no lo entiende? —Faustina hablaba con voz grave y vibrante. Sus esbeltas manos se agarraban a los brazos de la silla con una repentina tensión—. Imagínese que un día, o una noche, mientras estoy sola en mi habitación, con todas las luces encendidas y la puerta cerrada con llave, de pronto veo una figura y un rostro cerca de mí y lo reconozco como mi propio rostro, facción por facción, en todos los detalles y con todos los defectos, incluso este granito que tengo en la mejilla izquierda. Eso no podría ser una falsificación ni un espejismo. Si ocurriera algo así, estaría del todo segura de que mi persona, o una parte de mí, se está adentrando en terreno desconocido.

»No sabría cómo he llegado, ni por qué, ni qué hacer… Solo sabría que estoy ahí y me daría miedo esa parte desconocida de mí. ¿Se imagina qué susto tan mortal? Entonces sabría que es real y creería que voy a morir…

—No le dé más vueltas a eso. —Basil imprimió a su voz toda la firmeza que pudo—. Sabe que es imposible que ocurra.

Sin embargo, era más honesto consigo mismo que la mayoría de los hombres que se han educado en la ciencia. Al salir a la calle, momentos después, alzó la vista y contempló las estrellas: vigilantes, resplandecientes, silenciosas, impersonales y tan lejanas que uno no podía ni hacerse una idea, si es que las conjeturas de los astrónomos se correspondían en algo con la realidad. En la universidad, le habían enseñado que aquel espacio oscuro era inmensamente más frío cuanto más se alejaba de la Tierra. Ahora, las últimas investigaciones habían revelado la existencia de capas alternas de frío y calor al menos hasta donde podían enviarse termómetros. Nadie sabía por qué no todo el espacio estaba frío, como se suponía que debía estar.

Un escalofrío le hizo alzarse el cuello del abrigo. Sus pasos resonaban con fuerza sobre el pavimento en aquella noche fría y serena. Cuando doblaba la esquina, murmuró a media voz:

—¿Quién soy yo para decir lo que puede o no puede ocurrir en este mundo incognoscible?

# CAPÍTULO DIEZ

*Pues en tiempos ignotos para nosotros*
*comenzaron las parcas*
*a tejer la urdimbre de los días que hilarían*
*tu funesto destino, Faustina.*

Los reacios golpecitos de Juniper en la puerta despertaron a Basil después de escasas horas de un sueño irregular. Mientras maldecía el excéntrico horario de oficina de Septimus Watkins, se arrastró fuera de la cama, aún somnoliento, y obligó a su cuerpo encogido a darse una ducha fría que lo espabiló sin animarlo. Un cielo encapotado y oscuro tapaba el amanecer. La niebla baja, que llegaba desde el East River, velaba la ciudad con jirones de vapor blanco mientras recorría las dos manzanas hasta el garaje de la Tercera Avenida donde guardaba el coche.

Conocía a Watkins solo por su reputación. Aquel tipo era uno de esos abogados que nunca aparecen por los tribunales, aunque llevaba más de cincuenta años ejerciendo de asesor y persona de confianza para la mitad de las grandes fortunas de Nueva York. Administraba sus fondos fiduciarios, redactaba sus acuerdos prematrimoniales y de divorcio, ejecutaba sus últimas voluntades y vigilaba sus carteras de inversiones. Era tan conocido, y se le veía tan pocas veces, que se había convertido en una tradición, casi una leyenda. Innumerables anécdotas ilustraban su gran agilidad mental y la perspicacia de sus juicios sobre el mundo. Sin embargo, como la mayoría de la gente, Basil ignoraba por completo qué aspecto tenía en realidad el hombre que se escondía detrás del mito.

A las seis menos diez, el vestíbulo del inmenso bloque de oficinas en la esquina de Broad con Wall estaba vacío, salvo por un ascensorista y una mujer de la limpieza que arrastraba cansada una fregona por el suelo de mosaico con incrustaciones de latón. Cuando Basil llegó a la planta 26, no había ninguna luz tras la doble puerta de cristal esmerilado rotulada con el letrero de WATKINS, FISHER, UNDERWOOD, VAN ARSDALE Y TRAVERS. Tiró de las manillas. Las dos hojas estaban cerradas. Vio un botoncito en la jamba y lo pulsó.

Tras llamar cuatro veces, empezó a preguntarse si Watkins no engañaría a la gente adrede respecto a sus costumbres; un modo ingenioso de disuadir a las visitas. Ya se daba la vuelta para marcharse cuando los cristales se iluminaron con un tono amarillo y un hombrecito menudo y ágil abrió la puerta. Tenía el pelo blanco, pero tupido y flexible, y las mejillas redondas y sonrosadas. Parecía un hombre de mediana edad con canas prematuras. Septimus Watkins tenía más de setenta años.

—Tengo entendido que el señor Watkins está aquí a esta hora. —A Basil aún le costaba aceptar ese horario de oficina tan poco convencional—. ¿Podría decirle, si es tan amable, que el doctor Willing desea verlo?

—Yo soy Watkins. Adelante, pase. —Hablaba sin ninguna ceremonia—. Usted debe de ser Basil Willing, el psiquiatra. —Sus ojos azules eran penetrantes, pero no antipáticos—. Mi despacho está al final del pasillo, por aquí.

Dejaron atrás una recepción, tan grande como el vestíbulo de un hotel modesto. Watkins lo condujo por un largo corredor salpicado de puertas cerradas a ambos lados, pasaron por tres despachos, todos amplios, oscuros y desiertos, y al fin abrió de par en par otra puerta. Entraron a un despacho que hacía esquina, más grande que los anteriores, con ventanas a ambos lados desde las que había una magnífica vista del puerto. El pálido sol de noviembre luchaba por abrirse paso entre la niebla que aún empañaba los rascacielos.

Basil se detuvo frente a una chimenea de mármol tostado en la que lenguas de fuego amarillo lamían perezosas una pila de leños de abedul y suavizaban el frío de la mañana.

—No veía una chimenea encendida con leña en un despacho desde que estuve en Londres. ¿También sirve el té a las cinco?

La sonrisa de Watkins era cordial, franca, resuelta, la de un hombre que llevaba muchos años sin recibir burlas ni desaires.

—Me gusta encontrarme cómodo dondequiera que esté. No me hace gracia el té, pero hay un pequeño mueble bar detrás de ese panel si le interesa. Solo tiene que pulsar el botón.

—No, gracias. —La mirada de Basil volvió a la ventana y a las vistas del puerto marítimo más grandioso del mundo—. No me extraña que venga aquí tan temprano. Si yo estuviera en su lugar, ¡me quedaría a vivir!

—No es esa la razón de mi horario. —Los ojos azules del abogado centellearon—. Supongo que se lo habrá preguntado, de modo que me explicaré. Hace muchos años, cuando el bufete era más pequeño, descubrí que un hombre con oficina se ve constantemente entorpecido por toda clase de pierdetiempos. Una recepcionista severa puede

encargarse de los fastidios más obvios: vendedores de seguros, comerciantes de medias de seda, supuestos filántropos en busca de donaciones para alguna organización benéfica o vagabundos pidiendo limosna. Incluso podría contener a los periodistas, cabecillas vecinales, chiflados y estafadores. Pero ¿qué hacer con nuestros propios clientes o con nuestros socios cuando solo quieren sentarse a charlar? Uno no puede trabajar mientras están ahí, pero no tendría trabajo si no existieran.

»Al fin di con esta idea. Decidí establecer un horario de oficina peculiar. Todos los días laborables estaría en mi despacho, pero solo entre las seis y las siete de la mañana. Nunca me negaría a recibir a nadie que quisiera verme en persona, sin importar quién fuera ni si lo traía hasta aquí un asunto en concreto o no. Pero, y es un gran «pero», para verme, esa persona tendría que venir a mi despacho alrededor de las seis de la mañana, lo cual le supondría, en general, tener que levantarse a las cuatro y media o las cinco. Por lo que había visto ya de la naturaleza humana, sospechaba que nadie madrugaría tanto solo para venir a menos que tuviera algo realmente importante que decirme.

—¿Y estaba en lo cierto?

—En los últimos veintitrés años, solo dos veces me han hecho perder el tiempo con visitas de una verborrea interminable para no decir nada. Y en realidad no me importó demasiado. Al fin y al cabo, pensé que, si tenían tantísimas ganas de malgastar su día como para levantarse a las cinco de la mañana, se merecían que les dedicase una hora del mío.

»La mayoría, cuando saben que tienen que estar aquí a las seis para verme, deciden que prefieren acudir a alguno de mis colegas, a una hora más razonable, y que ellos me den los detalles del caso. Se sorprendería de la poca gente a la que veo ahora, pero sigo haciendo gala de no negarle a nadie una entrevista personal si se ha tomado la molestia de acudir a estas horas. Además, estoy convencido de que saco más trabajo adelante en una hora sin interrupciones que en ocho con un vaivén continuo de gente. Por supuesto, el teléfono está desconectado hasta que me marcho, a las siete, y cualquier tarea que haya dejado inacabada me la llevo a casa para terminarla.

Basil sonrió con pesar.

—Bueno, señor Watkins, intentaré evitar la verborrea, pero me temo que va a contarme usted como la tercera visita en veintitrés años que se presenta aquí a las seis sin nada importante que decir. Nada importante para usted, me refiero. Por supuesto, es importante para mí o, de lo contrario, no habría venido.

Watkins se echó a reír.

—Esa es la cuestión. Si se trata de algo importante para usted,

estoy dispuesto a escucharle. Lo que no toleraba era la gente que me incordiaba con asuntos insignificantes incluso para ellos, solo por el placer de oír su propia voz. Por favor, siéntese y dígame en qué puedo ayudarle.

Basil se sentó de espaldas a la chimenea, mirando a la ventana.

—Usted, o al menos su bufete, ejerce como fideicomisario de la señorita Faustina Crayle. Quiero saber quién heredará sus bienes en caso de que fallezca.

El afable brillo de los ojos de Watkins se desvaneció.

—Los abogados no facilitan ese tipo de información a meros curiosos.

—No soy un mero curioso. Soy asesor médico de la Fiscalía del condado y amigo de la señorita Crayle. ¿Sabe algo sobre las circunstancias en las que se ha marchado de Brereton?

—Solo sé que se ha ido —replicó Watkins con cautela—. No me ha confiado las razones. En cualquier caso, no debería suponerle un gran contratiempo. El otoño próximo, cuando cumpla treinta años, heredará un pequeño capital. Su seguridad económica está garantizada.

—No me preocupa su seguridad económica —contestó Basil—. Me preocupa su cordura, tal vez incluso su vida.

—¿Le ha consultado como psiquiatra?

—No es mi paciente. Me ha consultado como amigo. No obstante, como psiquiatra, no puedo evitar darme cuenta de que su situación actual puede afectar a su salud mental. ¿No le parece extraño que haya perdido dos empleos como profesora en dos años consecutivos? En ambas ocasiones, pocas semanas después de comenzar el curso e incluso teniendo que romper un contrato.

—Puesto que soy el único tutor de la señorita Crayle, me gustaría conocer los detalles de sus problemas. ¿Violaría algún tipo de confidencialidad si me lo cuenta?

—Creo que no, pero estaría dispuesto a hacerlo si con eso salvara a la señorita Crayle.

—¿Salvar a la señorita Crayle? ¿De qué?

—Tal vez pueda decírmelo usted.

En pocas palabras, Basil resumió las vivencias de Faustina tanto en Maidstone como en Brereton. Watkins lo escuchó con atención y sin hacer comentarios. Cuando concluyó el relato, se hizo un momento de silencio antes de que el abogado se levantara de su asiento para contestar.

—Una historia asombrosa, doctor Willing. Soy demasiado viejo y he visto demasiadas cosas extrañas para despachar algo así como simple histeria de colegialas. Eso no significa que acepte una

explicación sobrehumana. No sé qué pensar.

—Yo tampoco. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de que alguien tenga motivos para empujar a la señorita Crayle al suicidio o a la locura. Motivos arraigados en una malicia psicopática o derivados de la cosa más material del mundo: el dinero.

—O ambas cosas.

—¿Conoce al heredero o herederos de la señorita Crayle?

—Sí, solo hay uno.

—¿Quién es?

—Yo mismo. —Watkins sonrió ante el asombro de Basil—. Bueno, no estoy siendo del todo sincero con usted. Legalmente, yo soy el heredero de la señorita Crayle. Según la última voluntad de su madre, si la señorita Crayle muere antes de cumplir treinta años, yo heredaré algunas joyas que, de otro modo, pasarían a ser suyas. No obstante, su madre y yo llegamos a un acuerdo verbal informal según el cual yo tendría que entregar esas joyas a determinadas personas a las que no deseaba mencionar en su testamento.

—¿Y puede decirme quiénes son?

—Lo siento, no puedo.

—¿Se lo diría a la señorita Crayle?

Watkins dejó vagar la mirada hacia la ventana que tenía más cerca. El chapitel de la iglesia de la Trinidad parecía oscuro y diminuto, hundido entre las almenas de piedra gris de las altas finanzas.

—Tampoco puedo hacerlo. Verá, las circunstancias de la señorita Crayle son bastante extraordinarias. Voy a contarle hasta donde pueda porque creo que es la forma más rápida de quitarle de la cabeza la absurda idea de que cualquier amenaza para ella pueda venir de esa dirección. Debo reservarme, sin embargo, los nombres de los implicados. Y tengo que pedirle que todo esto quede entre usted y yo, como algo confidencial. En especial, no quiero que se lo traslade a Faustina. Conozco su reputación como profesional y confío en que sea discreto con una situación tan delicada. En cualquier caso, prefiero contárselo yo antes de que siga hurgando en su pasado.

—¿De modo que tiene un pasado?

Los ojos de aquel hombre se entornaron y sus labios se encogieron en una mueca centrípeta, como si estuviera reuniendo toda su fuerza mental.

—La pobre muchacha es ilegítima. Su madre era… Bueno, creo que fue el señor Kipling el primero en denominarlo «el oficio más viejo del mundo». Hoy conocemos mejor las costumbres prehistóricas y sabemos que la prostitución es bastante moderna. Donde no hay propiedad, no hay matrimonio; y donde no hay matrimonio, no hay vicio.

—¿La madre de Faustina era una prostituta? —exclamó Basil incrédulo.

—Sería más preciso decir «una cortesana», en la estela de la gran Ninon de l'Enclos. —La sonrisa de Watkins era ahora más sutil e íntima, parecía saborear un escándalo esterilizado por el tiempo—. Crayle era su auténtico apellido. Profesionalmente se la conocía por otro nombre.

—¿No va a decirme cuál era?

—Preferiría no hacerlo. Nació en Baltimore, hija de un compositor de himnos. Era pelirroja. En la década de 1890, se escapó de casa: primero a Nueva York y luego a París. Allí se convirtió en una estrella del *demi-monde*, una de esas fabulosas huríes parisinas que Balzac describe con tanto detalle y entusiasmo. No era más que una muchacha provinciana de las Américas, pero gracias a sus refinados amantes aprendió a hablar y a escribir en perfecto francés, a entender la música, el arte y las letras… ¡Es imposible que un joven estadounidense de su generación lo entienda! Solo París en el siglo diecinueve y la Atenas de Pericles han dado a luz a mujeres así. La auténtica *demi-mondaine*, que tenía todo lo que podían ostentar las damas más distinguidas de la alta sociedad excepto una cosa, el matrimonio legal y el estatus que eso les otorgaba entre las demás mujeres. Tuvo una vida mejor que cualquier mujer respetable fuera de los círculos elegantes. Gozaba de riquezas, una vida social fascinante, el afecto e incluso el respeto de sus amantes. En nuestros tiempos, mi joven doctor, incluso el vicio tenía un refinamiento que su generación no volverá a conocer. Si le digo que era una cortesana, ¿qué imagen acude a su mente del siglo veinte? Pelo oxigenado, uñas rojo sangre y una palabra repugnante, «fulana». Esa mujer era inteligente y tenía buenos modales.

—¿Y el padre de Faustina? —preguntó Basil.

—Era neoyorkino y tenía una fortuna invertida en la industria naviera. En 1912 quiso divorciarse sin poner en evidencia a su esposa, de modo que viajó a París y se dejó ver paseando por el parque con esta otra mujer. En esa época, ella era tan conocida a ambos lados del océano que un solo paseo a su lado en carruaje descubierto constituía una prueba de adulterio para los consternados tribunales estadounidenses. Trajeron testigos desde Francia y la esposa se aseguró el divorcio que quería su marido.

»Se rumoreaba que este había pagado a la codemandada la cantidad de mil dólares por el privilegio de ese paseo en público y por utilizar su nombre en el tribunal. Ella estipuló que debían separarse en la puerta de su casa, sin que él fuera más allá de besarle la punta de los dedos, pero… —Una vez más asomó a sus labios esa leve sonrisa lasciva—. Faustina Crayle es hija de los dos.

—Entonces, ¿no se separaron en la puerta de su casa?

—¡Sí, claro que sí! Ese día. Pero sucedió algo extraordinario. O tal vez no fuera tan extraordinario. Quizá ella conocía bien su oficio. Podría ser parte de su técnica el mantener tanta reserva durante aquel primer paseo. Verá, él solo pretendía utilizarla como excusa para el divorcio. Tal vez ella se sintió ofendida y se cobró su venganza. En cualquier caso, esta mujer, que tenía que haber sido solo un instrumento, alteró por completo el curso de su vida, pues acabó enamorado de ella. ¿Le cuesta creerlo? A mí no. Los años que vivió en París la agraciaron con un ingenio muy refinado y era una mujer hermosísima: su cabello parecía fuego; su piel, nieve; y su cuerpo, el de una Afrodita de Botticelli…

—¿La conoció usted en aquellos tiempos? —Basil hizo la pregunta sin darse cuenta de que ese verbo podía tener varios significados, dado el contexto.

—Sí, tuve ese privilegio. —Watkins contestó casi con remilgo, pero había una chispa inconfundible en sus viejos ojos—. Yo era el abogado del susodicho caballero, entre otras cosas.

—¡Y de ahí ha salido esa muchacha tímida, frágil e ingenua!

Basil trataba de reordenar todas las ideas que se había hecho respecto a Faustina. Watkins esbozó apenas un encogimiento de hombros.

—Antes teníamos un dicho: «De madre cortesana, hija puritana».

—¿Ella no sospecha nada?

—Creo que no. Como su tutor, he cumplido la voluntad de ambos progenitores de ocultarle cualquier detalle. Por esa razón no quiero que le cuente nada de esto a Faustina. Es una joven convencional y delicada. Solo quebraría un espíritu que nunca ha sido vigoroso.

—¿Su madre se enamoró de ese hombre?

La vieja mirada del abogado se nubló, perdida más allá del horizonte del puerto.

—¿Qué hombre podría entender a una mujer así? Uno no quería entenderla, solo disfrutar de ella.

Una vez más, Basil se percató de que la elección del verbo dejaba ambiguo su auténtico sentido.

—Él la trajo de vuelta a Estados Unidos —prosiguió Watkins—. Le cedió una casita en Manhattan, entonces la gente no tenía «apartamentos», y una de verano en Nueva Jersey que tenía desde hacía muchos años. Ya estaba divorciado, pero no se casó con ella. Ni siquiera cuando se quedó encinta.

—¿Por qué no?

—Amigo mío, esta historia empezó en 1912. Los hombres de esa generación no se casaban con esa clase de mujer. Hoy por hoy,

supongo que sí lo habría hecho. Su generación ha difuminado todos los límites. Ni siquiera las llaman *demi-mondaines*, las llaman azafatas o modelos o aspirantes a actriz y se casan con ellas sin pensárselo dos veces. El término más despectivo, «fulana», suele ir acompañado del adjetivo «barata» y solo se lo aplican a las putas desaliñadas, a las desgraciadas. Su generación tolera cualquier lapsus moral, pero es incapaz de perdonar el fracaso económico.

—¿No creó su generación la perversidad de forma artificial al trazar esa línea tan definida entre Eva y Lilit? —sugirió Basil—. ¿Para disfrutar de la emoción de sentirse absolutamente depravados? Nosotros somos más realistas y menos crueles.

—Es posible. Estoy demasiado sumido en las viejas ideas para analizarlas. Desde luego, aquellas convenciones han hecho que la pobre Faustina sufra por algo que nunca ha sabido ni entendido. Ella nació en 1918. Su madre tenía cuarenta y tres años, y su padre, más de cincuenta. Él sabía que no viviría mucho más: tenía una afección cardiaca que Faustina ha heredado. Quería asegurar la situación de la pequeña y la de su madre sin que la mala fama de esta ni ninguna publicidad desagradable afectase a su futuro. Lo consultó conmigo y le advertí que no podía mencionarlas a ninguna de las dos en su testamento sin levantar escándalo, pues tenía otros herederos legítimos por parte de la esposa de la que se había divorciado y estos impugnarían cualquier disposición en favor de la amante. Le sugerí recurrir a una donación directa antes de su fallecimiento, lo que se suele hacer ahora para evadir los impuestos de sucesión. Por desgracia, el día anterior al que habíamos fijado para que firmase la escritura, sufrió un ataque al corazón y murió. Dejó a la madre de Faustina sin nada salvo las dos casas y algunas joyas.

»Ella vino a pedirme consejo. Mantuvimos la casa de Nueva Jersey como residencia permanente y vendimos la de la ciudad. Esa venta le proporcionó el dinero suficiente para la educación de su hija y los gastos del día a día. Le desaconsejé vender las joyas en ese momento, pues estaba seguro de que se revalorizarían, como ha sucedido. Ahora deberían valerle una buena suma a Faustina.

—¿A qué llama usted una buena suma?

—Unos veinte o treinta mil dólares. No puedo ser más preciso porque hace un tiempo que no taso las piedras y el mercado fluctúa mucho. Hay un par de pendientes de rubíes que valdrán mucho más que hace cuarenta años, pero no sé cuánto exactamente. Esas joyas eran el único capital que la madre de Faustina podía dejarle. Tenía miedo de que la niña las perdiese o de que malgastase su única fuente de recursos por culpa de la inexperiencia, de modo que me insistió para redactar un testamento en el que se aplazase la herencia hasta su trigésimo cumpleaños. Y eso suscitó la cuestión que usted mismo me

estaba planteando: ¿quién recibiría las joyas si tanto la madre como la hija fallecían antes de que Faustina llegase a esa edad?

»Cuando se lo pregunté, se quedó largo rato en silencio. Luego me dijo: «He confiado en usted durante muchos años. Ahora voy a encomendarle un último ruego. Se trata de algo que llevo mucho tiempo pensando. Hay determinados nombres que no puedo mencionar en mi testamento. Hacerlo solo causaría dolor a todos los implicados cuando se validase. De modo que en mi testamento público, legal, le dejaré las joyas a usted. En privado, no obstante, le voy a dar una lista de nombres. Con cada nombre, irá la descripción de cierta pieza de joyería. Si tanto mi hija como yo morimos antes de que ella sea lo bastante mayor para heredar las joyas, quiero que me prometa que le dará cada una de ellas al hombre que se determina en esa lista o a sus herederos. Y que lo hará con la mayor discreción posible».

»Aquello era de lo más irregular, por supuesto, pero las circunstancias en conjunto eran irregulares. Entendí enseguida lo que pretendía. Esa lista de nombres era una relación de sus amantes, de los hombres que le habían regalado las joyas en origen. Muchas, sin duda, serían joyas familiares y su conciencia de mujer idealista empezaba a remorderle con la edad. Si Faustina no podía heredarlas, su madre quería devolvérselas a las viudas o a las hijas o a las nietas que tenían un derecho sentimental sobre ellas.

»Para proteger mi propia reputación, la envié a otro abogado para que redactase un testamento nombrándome a mí como su heredero si Faustina fallecía antes de cumplir treinta años. Aún tengo esa lista en mi caja fuerte. Si heredo las joyas, se las entregaré a los herederos de los hombres que aparecen en ella y luego la quemaré. —Entonces se echó a reír—. Ya ve, ¡ese fuego de leña en mi despacho tiene más de una utilidad!

—Estoy convencido. —Basil pensó en todos los escandalosos secretos que habría guardados bajo esa cubierta de tupido pelo blanco—. ¿Cuánta gente ha visto esa lista?

—Nadie excepto la madre de Faustina y yo mismo. Está en un sobre de manila, sellado con su propia huella en cera roja. Al llevar muerta tantos años, no es fácil duplicar un sello así.

—¿Cuántas personas conocen la existencia de esa lista?

—Yo jamás se lo he mencionado a nadie salvo a usted.

—Solo tengo una pregunta más: ¿qué nombres hay en la lista?

La respuesta de Watkins fue rápida e incisiva.

—Mi estimado doctor Willing, no tengo libertad para decirle tal cosa. No puedo traicionar la confianza que esa mujer depositó en mí ni puedo mancillar el honor de las respetables familias involucradas

en este viejo escándalo ya olvidado. No obstante, le doy mi palabra de que no son el tipo de gente de la que Faustina Crayle deba temer supercherías ni violencia.

—¿Puede asegurar que no hay nadie capaz de recurrir al engaño o la violencia si está bajo presión? —replicó Basil—. Todo eso ocurrió hace mucho tiempo. Las fortunas familiares pueden variar con una rapidez asombrosa. Puede que alguna de esas familias esté hoy necesitada de dinero en efectivo, aunque sea de unos pocos miles. Y las joyas podrían valer más de lo que usted piensa.

—Dudo que una sola familia de la lista recibiera más de cinco o diez mil dólares, como mucho.

—¿Y si varios de esos hombres hubieran muerto sin dejar herederos? Si solo quedan una o dos familias, ¿no recibirían una considerable fortuna en joyas? ¿Una suma lo bastante grande para darle a una mente desequilibrada y ya predispuesta a la violencia el último empujón que lleva a un hombre o a una mujer más allá de los límites de la ley?

—La suma se incrementaría sustancialmente si solo hubiera uno o dos herederos, está claro —admitió Watkins—. Pero ¿por qué habla de una mente desequilibrada?

—Si alguien le está jugando una mala pasada a la señorita Crayle, la mente que lo ha concebido está desequilibrada. Las mujeres como su madre provocan una ira sádica en mentes así, una ira que podría llegar a extenderse a la hija.

—Se olvida de una cosa —objetó Watkins—. El sello del sobre está intacto y yo no le he mencionado esa lista a nadie salvo a usted. Ni siquiera a la propia Faustina. De haberlo hecho, sin duda habría sospechado la verdad y es probable que hubiera desentrañado toda la historia sobre su origen. Por tanto, ninguna de esas familias puede saber que su nombre figura en una lista así.

—¿Está seguro? La madre podría habérselo contado a alguno de esos hombres antes de morir. Y este habérselo contado a otros, sobre todo a sus herederos.

—Dudo que la madre de Faustina fuera tan necia. Espero que no.

—Yo también lo espero.

—Doctor Willing, no ha utilizado la palabra «asesinato», pero lo ha dado a entender. Hablemos claro. Los asesinos son pragmáticos. No llaman la atención sobre su propósito representando una elaborada farsa durante más de un año antes de actuar, ¿verdad?

—Eso no lo sé. Y usted tampoco. —El tono de Basil suavizó la aspereza de su réplica—. ¿Y si pongo la existencia de esa lista en conocimiento de la policía?

—Confío de veras en que no hará nada tan absurdo cuando haya

tenido tiempo de pensar en ello con calma. A Faustina no le ha ocurrido nada que sugiera que corre un peligro físico.

Basil se levantó para marcharse, pero aún se detuvo un momento.

—Señor Watkins, tal vez pueda darme una pequeña pista. ¿Alguno de estos apellidos figura en la lista? ¿Lightfoot? ¿Chase? ¿Vining? ¿Murphy? ¿Maidstone? ¿Aitchison?

—Ningún abogado contestaría a esa pregunta.

Sin embargo, cuando Basil salió de su despacho, Watkins seguía con el ceño fruncido. Algo lo había alterado.

# CAPÍTULO ONCE

*¿Qué fantasmas impuros*
*pululaban en torno al lecho angosto y yermo*
*que ocultaba a Faustina*?

El crepúsculo se fundía ya con la noche cuando Basil volvió a casa ese día después de una jornada en la clínica. Antes de la guerra, la estrecha vivienda del sur de Park Avenue le había parecido un pobre sustituto del hogar de su infancia en Baltimore. Ahora, tras pasar años en ultramar, era su sitio y siempre lo sería. Había llegado a adorar el barrio, sobre todo a esa hora: el río de coches dirigiéndose al norte con un continuo rumor de neumáticos, la suave luz de las lámparas detrás de las cortinas de las casas antiguas a ambos lados de la ancha y vieja calle y el resplandor del edificio de Grand Central, una transparencia luminosa como pegada al azul intenso del cielo nocturno. Después de un día de trabajo que requería una atención minuciosa y constante, era un lujo recrearse en el placentero convencimiento de que, tan pronto como Juniper oyera la llave en la cerradura, empezaría a preparar el Martini previo a la cena.

Solo que esa noche no ocurrió así.

Basil cruzaba ya el vestíbulo con suelo ajedrezado, de mármol blanco y negro, cuando la puerta interior se abrió muy despacio. El rostro moreno y arrugado de Juniper apareció en la rendija.

—Le esperan en la biblioteca, doctor Willing —susurró—. El señor y la señora Chase y el señor Vining. ¿Quiere subir sin que le vean? Puedo decir que ha llamado para avisar de que no volvía a casa.

—No, gracias.

Basil se olvidó de que momentos antes se sentía cansado. Aquella novedad lo reanimó rápidamente.

Subió el tramo de escalones anchos y bajos hasta la biblioteca, una estancia con las paredes paneladas en blanco, al mismo tiempo sala de estar y estudio. Juniper había abierto las cortinas, de un tono rojo arándano, y había encendido las lámparas, con pantallas blancas. Al oír los pasos de Basil, un joven se volvió enseguida hacia el arco de la entrada. La luz le daba de lleno y destacaba los reflejos dorados en un

cabello rubio ceniza que se le rizaba en bucles pequeños y definidos pegados a la cabeza, más bien menuda.

—¿Doctor Willing? Por favor, disculpe esta intrusión, pero se trata de un asunto urgente. Soy Raymond Vining, el hermano de Margaret. La señora Lightfoot me sugirió que le pidiera consejo. Me he tomado la libertad de traer conmigo al señor y a la señora Chase. Son los padres de Elizabeth.

¿Elizabeth? ¿Margaret? Basil tardó unos segundos en reconocer los sonoros nombres de las dos chiquillas, Beth y Meg, que le habían hablado de su visión simultánea de Faustina y el doble en Brereton.

El otro tipo y la mujer estaban medio en penumbra, más allá de la luz de las lámparas. Ella, sentada en un sillón junto a la chimenea vacía, con el rostro cubierto por la excéntrica sombra de un sombrero moderno. Llevaba ropa oscura y su silueta se confundía con el fondo; la luz solo alcanzaba a iluminar la lustrosa estola de piel que le rodeaba los hombros y el verde fulgor de las esmeraldas que lucía en aquellas manos pequeñas y nudosas. El hombre estaba de pie, de espaldas a la chimenea y con las piernas separadas, una figura fornida y achaparrada con una postura algo agresiva y una calva que le brillaba grasienta como si se la hubieran frotado con cera.

Desde el umbral, Basil distinguió el espectro de una fragancia familiar: hierbaluisa, pero se desvaneció antes de que llegara al centro de la habitación. No sabría decir cuál de los tres lo había llevado hasta allí.

Dorothea Chase hablaba en ese momento con tono quejumbroso.

—La señora Lightfoot nos ha dicho que usted sabe más que cualquier otra persona sobre este extraño asunto de Brereton. Me gustaría preguntarle si cree que debo sacar a Elizabeth de la escuela.

—En mi opinión —agregó el señor Chase—, Beth debería irse de ese lugar inmediatamente. Espero que esté de acuerdo conmigo, doctor Willing, porque yo solo no puedo hacer mucho al respecto. Estamos divorciados y Dorothea tiene la custodia.

—Yo estoy casi decidido a llevarme a Meg de allí —terció Vining—, pero quiero hacerme una idea más clara de lo que ha ocurrido. Me preocupa.

No parecía preocupado. Estaba de pie, tan campante, con un brazo apoyado en la librería. Tenía esa cara estrecha y esa figura de piernas largas y sin caderas que los novelistas victorianos llamaban «aristocráticas». Basil había visto la misma delgadez demasiado a menudo en familias de granjeros y en obreros de las fábricas para creer que la estructura ósea humana puede alterarse en el transcurso de unas pocas generaciones a causa del dinero y la vida ociosa.

—¡Pero es una escuela encantadora! —exclamó Dorothea de mal

humor—. Floyd, mi marido, no entiende la enorme ventaja que supone para Elizabeth codearse con la clase de chicas que estudian allí. Si la aparto ahora, podría trastocar todo su futuro.

—¿Acaso no hay otros colegios? —espetó Chase.

—Solo hay un Brereton, lo sabes de sobra. Es, en Estados Unidos, lo que el Roedean en Inglaterra.

—Pues ya no lo será por mucho tiempo. ¡No después de esto!

—La señora Lightfoot ha dicho que esa espantosa señorita Crayle se ha ido para siempre.

—¿Tan espantosa es, la tal señorita Crayle? —intervino otra vez Vining—. No acabo de entender el papel que ha tenido en las curiosas historias que me ha contado Meg. Díganos, doctor Willing, ¿la señorita Crayle era la culpable o la víctima?

—La víctima parece haber sido Alice Aitchison —repuso Basil muy serio.

Por un momento se hizo el silencio, un silencio cargado, aplastante y tenso. Dorothea fue la primera en romperlo.

—¿A qué demonios se refiere? ¡Si eso fue un accidente!

—Un accidente que se produjo cuando la señorita Aitchison vio a la señorita Crayle en un momento y en un lugar donde era imposible que estuviera —continuó Basil—. Al menos, eso es lo que dice su hija. Puede haber sido un accidente que la caída matase a la señorita Aitchison, pero ¿qué la hizo caer? ¿El hecho de ver a la señorita Crayle en circunstancias que hicieron de esa imagen una tremenda conmoción para ella?

—¿Quiere decir que esa tal señorita Crayle intentaba asustar a la señorita Aitchison a propósito? —preguntó Vining.

—Al parecer no podía tratarse de la señorita Crayle —repuso Basil—. Esta está en condiciones de demostrar que se encontraba en Nueva York en ese momento.

—Entonces, ¿quién fue? —bramó Chase—. ¿Qué demonios pasó?

A modo de respuesta, Basil cruzó la estancia en dirección a la estantería donde guardaba los libros que se adentraban en las fronteras más lejanas de la psicopatología e incluso más allá. Sacó un volumen encuadernado en tela, de tapas marrones y deslucidas, publicado casi cien años atrás, en 1847. Luego volvió junto a la lámpara de lectura, al lado de la chimenea, y lo abrió.

—Aquí se cuenta algo que supuestamente sucedió en la región de Livonia, en 1845, a una joven llamada Émilie Sagée. Desde entonces se ha publicado muchas veces, con distintas versiones, en obras de Guldenstubbe, Owen, Aksakof o Flammarion.

Empezó a leer en alto el relato de aquellas páginas amarillentas con los bordes parduzcos que casi se deshacían entre sus dedos. Según

avanzaba, el silencio crecía a su alrededor. Tenía la sensación de que los nervios de su auditorio se iban tensando cada vez más, casi al límite de lo soportable.

La historia tenía un curioso paralelismo con la de Faustina Crayle, solo que el colegio para señoritas estaba en Valmiera, a unos cien kilómetros de Riga, y la profesora era una joven francesa de Dijon, delicada y afable, de treinta y dos años. Al principio solo se decía que distintas personas habían visto a mademoiselle Sagée en dos sitios diferentes cuando esta no habría tenido tiempo de desplazarse de uno a otro. Esto generaba polémica entre los testigos, que se acusaban unos a otros de haberse confundido. Pero al cabo sucedió algo que no tenía una explicación tan sencilla. Dos figuras idénticas a ella fueron vistas de manera simultánea por las cuarenta y dos niñas de una clase de bordado: una apareció durante varios minutos en una silla dentro del aula y la otra estaba fuera, al otro lado de una ventana, cogiendo flores en el jardín. Mientras la figura del interior permaneció en la silla, la joven del jardín se movía despacio y con gestos torpes, como una persona dominada por el sueño o la fatiga.

—Caramba, eso es justo lo que Beth contaba sobre la tal Crayle —musitó Chase.

Basil cerró el libro y miró a su auditorio. Dorothea Chase estaba recostada en las sombras de su silla, con las manos enjoyadas inmóviles sobre el regazo. Solo se le veía la boca, un mohín pintado de escarlata. Su exmarido se manoseaba con el dedo índice el fino bigote del grueso labio superior. Tenía una mirada grave y perpleja. Vining seguía apoyado con elegancia en la librería. No obstante, aunque su postura era la misma, su actitud había sufrido un ligero cambio. Ahora escuchaba con suma atención, como si no debiera perderse ni una palabra. Tenía los ojos como su hermana, de un azul brillante que parecía extrañamente empañado, como un zafiro estrella.

—Hubo otras apariciones, aún más curiosas —continuó Basil—. Al final, solo quedaron doce de las cuarenta y dos niñas en la escuela, al resto se las llevaron sus padres, y mademoiselle Sagée acabó despedida. Se dice que entonces se echó a llorar y gritó: «¡Con esta ya son diecinueve veces, desde que cumplí dieciséis años, que he perdido un empleo por lo mismo!». Desde ese momento, cuando salió de la escuela Neuwelcke, desapareció de la historia. Nadie sabe lo que fue de ella, pero una de las alumnas, la baronesa Julie von Guldenstubbe, que tenía trece años, se lo contó todo a un hermano suyo que había coqueteado con la parapsicología. Gracias a él, entró a formar parte de la literatura sobre la materia y se convirtió, para unos pocos estudiantes, en el caso clásico del doble o *doppelgänger*, aunque fue una historia desconocida para el público en general hasta hace poco.

»En 1895, Flammarion, que estaba en Dijon, tuvo la curiosidad de

buscar entre los registros de nacimiento de 1813, que debía de ser el año en el que nació mademoiselle Sagée si de verdad tenía treinta y dos en 1845. No se mencionaba a ninguna familia Sagée. No obstante, el 13 de enero de 1813 nació una niña en Dijon a la que llamaron Octavie Saget. En francés, claro, Sagée y Saget se pronuncian igual. Cualquiera que oyese ese apellido sin leerlo no sabría cómo escribirlo, y menos una muchacha de trece años que no era francesa, como Julie von Guldenstubbe. Parece menos probable que hubiera confundido «Octavie» con «Émilie», pero en el registro, junto al nombre de «Octavie Saget», figuraba una palabra que podría ser significativa: *ilegítima*.

»Esta condición podría explicar la vida errante de exiliada que Émilie Sagée, u Octavie Saget, parecía haber llevado como profesora de francés en Alemania y Rusia. Dijon es una ciudad pequeña y provinciana y no hay gente más remilgada y convencional que los provincianos franceses, sobre todo en el siglo diecinueve. Es posible que Émilie Sagée contribuyera a la confusión de las variantes de su apellido e incluso se hiciera llamar por otro nombre en un intento por ocultar sus orígenes. Y si había alguna base psicopática para los acontecimientos en apariencia inexplicables de Neuwelcke, podría haber arraigado en el desequilibrio mental de una muchacha sensible agobiada por la carga emocional de la ilegitimidad. Eso, desde luego, es pura especulación…

Dorothea se agitó en la silla y volvió la cabeza. Ahora la luz de la lámpara le iluminaba el rostro. Bajo la máscara de cosméticos, Basil vio esa desazón particular de la mujer frívola obligada a ponerse seria contra su voluntad.

—¡Por favor, doctor Willing! —Su incredulidad estaba reforzada por un sólido sentido de lo aceptable y lo inaceptable—. ¿Pretende que creamos que la señorita Crayle y esa muchacha francesa crearon de verdad una especie de fantasma? Es ridículo y… —Buscó la palabra apropiada y terminó, triunfante—: ¡impráctico!

—Lo cierto es que hay un detalle de lo más práctico en todo esto —repuso Basil.

—¿De veras? —preguntó Vining con una ligera ironía—. ¿Cuál?

—El paralelismo exacto entre los dos casos. El caso Crayle es, de hecho, un plagio del caso Sagée en todos los detalles.

—Salvo por la ilegitimidad —murmuró Vining.

Dorothea observaba la expresión de Basil.

—No creo que la señorita Crayle sea ilegítima, ¿no?

Este ignoró la pregunta.

—Supongamos que alguien que deseaba perjudicar a la señorita Crayle leyera u oyera por casualidad la historia de mademoiselle

Sagée y decidiera recrearla con ese propósito. Eso explicaría el enorme parecido entre las dos situaciones.

—Pero ¿cómo iba a perjudicarla una cosa así? —inquirió Vining.

—Ya le ha costado dos empleos.

—¿Dos? —Dorothea se sorprendió.

—Sí. Y lo que es peor, creo que está quebrantando su salud mental. Podría empujarla a… casi cualquier cosa. Solo hay un incidente que no encaja en el patrón del caso Sagée, la muerte de la señorita Aitchison. A menos que la señorita Aitchison, de algún modo, se interpusiera en el camino de alguna intriga dirigida a la señorita Crayle.

—Entiendo que se refiere a que la aparición del doble en Brereton tras la marcha de la señorita Crayle estaba pensada para asustarla a ella, que seguro que acababa enterándose —dijo Vining—. Tenía que sobresaltar a cualquiera que lo viese, pero no estaba previsto que nadie se asustara tanto como para caerse por unos escalones de piedra y romperse el cuello. Eso sí que fue un accidente.

Chase parecía razonar más despacio que Vining.

—A ver si lo entiendo, Ray. ¿Quieres decir que eso del doble no es más que una especie de farsa?

—Por supuesto —asintió el joven impaciente.

—Pero entonces… —Chase miró a Vining y luego a Basil y otra vez a Vining—. ¿Cómo lo han hecho? ¿Cómo han podido simular una aparición de la señorita Crayle que pareciese tan real como para aterrorizar a Alice cuando la viera cara a cara a plena luz del día?

Vining trasladó la pregunta a Basil.

—¿Y bien?

Este suspiró.

—Ojalá lo supiera.

—Si esa figura era idéntica a la señorita Crayle, supongo que utilizarían algún tipo de reflector —sugirió Dorothea.

—¿También cuando la señorita Crayle estaba dibujando en la pradera junto al edificio y el doble sentado en un sillón en el interior? —Basil negó con la cabeza—. Según su propia hija, la señorita Crayle y la imagen eran idénticas, pero no estaban haciendo los mismos movimientos al mismo tiempo. Ningún reflector podría crear esa ilusión.

—Pues sí que es raro —admitió a regañadientes el señor Chase—. Solo se me ocurre pensar en un espejo. ¿Hay alguna forma de proyectar imágenes en movimiento sin una pantalla?

—¿Y a plena luz del día? —Vining se rio—. Me temo que no, Floyd. Además, no me imagino a nadie cargando con un montón de maquinaria por todo Brereton sin llamar la atención. En un internado

no hay privacidad.

—¿Y entonces, qué? —insistió Chase—. Algo tiene que ser.

—No puedo sugerir siquiera una explicación —apuntó Basil—. Justo cuando creo tener una, encuentro algún detalle que no encaja. En una ocasión, parece que el supuesto doble liberase un impulso de adelantar a la señora Lightfoot por las escaleras, un impulso que la propia señorita Crayle había reprimido, como si el doble fuera una proyección visible de su subconsciente. No sé cómo explicar eso… Ni tampoco la lentitud de la voz de la señorita Crayle cuando estaba hablando por teléfono en el mismo instante en que moría la señorita Aitchison.

—¿Podrían haberla drogado? —preguntó Chase.

—De ser así, calcularon los tiempos con una precisión extraordinaria —contestó Basil—. Si yo fuera la señora Lightfoot, estaría encantado de que Elizabeth y Margaret abandonaran la escuela, al igual que la señorita Crayle. Y también despediría a la doncella, Arlene Murphy.

Vining se molestó.

—¿Sugiere usted que Meg…?

—Sea cual sea la explicación, en el fondo tiene que haber un factor humano. Si todos los que se han visto envueltos en el asunto se distancian, esto debería parar.

—O puede que no —atajó Vining con brusquedad—. Ha hecho que me decida, doctor Willing. Mi hermana dejará Brereton de inmediato.

—Yo no sé nada sobre psicopatología —gruñó Chase—. Es más, tampoco quiero saber nada. Pero quiero que saques a Beth de esa escuela, ¿me oyes, Dorothea? ¡Acudiré a los tribunales si es necesario!

—Bueno… —La mujer jugueteaba con las esmeraldas—. Tal vez Partington esté bien para el año que viene. Y puedo contratar a un tutor para lo que queda de invierno. Pero es que me parece todo tan… poco práctico. ¿Qué tenemos que ver tú o yo o Elizabeth con algo que pasó en Livonia hace cien años?

Luego se levantó y se puso los guantes. Los hombres la siguieron hasta el pasillo. Allí, la intensa luz del candelabro que colgaba del techo la reveló con mayor claridad como el producto de salón de belleza que era: cabello teñido con alheña, mejillas rosa ladrillo, labios y uñas escarlatas, pestañas negras postizas y, bajo todo eso, una piel vieja y seca, estirada y embadurnada de crema y maquillaje en polvo. Saltaba a la vista que era todo tan artificial que Basil recordó una pintoresca farsa francesa que había visto mucho tiempo atrás. Una novia se retiraba tras un biombo para desvestirse en su noche de bodas. Al principio, iba tirando la ropa sobre el bastidor. Luego una peluca, una dentadura y unas pestañas postizas, ojos de cristal, uñas

artificiales, un brazo y una pierna de madera. Al final, el novio, harto de esperar, miraba detrás del biombo y… Allí no había nada. Solo un bulto de ropa en el suelo. ¿Era esa obra del absurdo francés un símbolo de lo que habría sido la noche de bodas de Floyd Chase?

Basil observó los ojos de Dorothea, lo único en toda la superficie visible de su cuerpo que no estaba adulterado de ningún modo. Tenía el iris de un tono marrón claro, una mirada vaga y superficial. Era como mirar el fondo enlodado de un río de apenas unos centímetros de profundidad y con el agua casi estancada. No le decía nada.

Ya casi habían llegado al vestíbulo cuando Dorothea empezó a hablar con Vining, ignorando adrede a su exmarido.

—Mi coche está esperando. ¿Quieres venir hasta el centro conmigo, Ray?

—Encantado.

El joven la siguió cuando cruzaba la acera hacia una limusina oscura. Un chófer les abrió la puerta.

Chase se rezagó unos pasos por detrás de Basil, sombrero en mano.

—Me gustaría hablar con usted en privado.

Basil consultó su reloj.

—He quedado con una amiga para cenar fuera.

—Permítame que le lleve en coche hasta allí. Podemos hablar por el camino.

Basil estuvo a punto de rechazar la oferta, pero la perplejidad suplicante de la expresión de Chase le hizo cambiar de parecer.

—Está bien. Espere un momento mientras le dejo a Juniper el número de teléfono del restaurante. Puede que me llamen del hospital esta noche.

Cuando volvió, Chase estaba en el bordillo junto a un flamante descapotable gris, tapizado en cuero de color bronce; justo el tipo de coche con el que se lo imaginaba.

—¿Qué le preocupa? —le preguntó Basil mientras se incorporaban al tráfico.

—Alice.

Chase mantenía los ojos fijos en las centelleantes luces que tenían delante.

—¿Se refiere a Alice Aitchison? ¿La joven maestra que ha muerto en Brereton?

—Sí. Verá, yo la amaba.

# CAPÍTULO DOCE

*¿Darías… veneno, digamos?*
*¿O qué, Faustina?*

El restaurante estaba en la avenida Madison. Pequeño, tranquilo, recién decorado, servía platos con el sabor fuerte y picante de Sudamérica, pero sin la grasa. No obstante, aún no lo había descubierto ninguna celebridad, de modo que apenas tenía clientes. Basil sabía que algún día llegaría con la esperanza de sentarse a cenar y se encontraría el local vacío, otra vez en alquiler. La buena comida y un entorno agradable no eran suficiente. Hacía falta bombo, ganchos, fachada y todo lo demás.

Gisela estaba en la mesa de uno de los reservados. Se había quitado el sombrero. Lo primero que vio Basil fue el movimiento de su sedoso cabello negro sobre aquella carita pálida y delicada. Tenía el abrigo de castor echado hacia atrás. Los hombros y la cintura estaban ribeteados en gris y el cuello abrochado con botones de plata. Los colores del sauce, pensó, gris paloma y marrón cálido con reflejos argentados.

La chica lo miró, sonriendo, y se apartó el pelo de las orejas dejando al descubierto la larga y definida línea del cuello y el mentón. Luego su mirada recaló con cierta sorpresa en el otro hombre.

—El señor Chase va a tomarse una copa con nosotros —le explicó Basil—. La necesita.

—Es un detalle por su parte dejar que los acompañe. —Chase los miraba con una pizca de envidia—. Me tomaré solo una copa y luego me marcho. Lo cierto, señorita Von Hohenems, es que me alegro de tener la oportunidad de hablar con usted también. Se trata de Alice. ¿Se lo contó? Lo que había entre nosotros.

—No con esas palabras —repuso Gisela—, aunque sí me habló de dejar Brereton de manera definitiva.

El camarero llegó a tomar nota de las bebidas. Chase esperó hasta que volvieron a estar solos.

—Se refería a eso —siguió entonces—. Le había pedido que se casara conmigo.

—Supongo que por eso eligió ese vestido naranja —sugirió Gisela—. Quería lucir su mejor aspecto para usted y no le importaba lo que pensara nadie más.

—Es posible. Aunque a mí me daba igual cómo se vistiese, por supuesto. La habría amado aun con hábito de arpillera. Cuando dejé a Dorothea, juré que nunca volvería a casarme, pero Alice era todo lo que no era mi exmujer: alegre, cariñosa, vital, humana…

El camarero volvió y dejó tres vasos sobre la mesa. Chase dio un sorbo con aire indiferente, como si tuviera el gusto y todos los demás sentidos entumecidos.

—Por eso estaba tan seguro desde el primer momento de que no había sido un suicidio. Era feliz. Sé que lo era. Deseaba vivir. Y yo tengo dinero de sobra, incluso con Dorothea sacándome todo lo que puede y un poco más. Podría haberle dado a Alice lo que hubiera querido. Ahora no puedo sobreponerme a la ironía de todo esto. Que tuviera que morir de una forma tan inútil y estúpida cuando estaba a punto de lograr aquello que deseaba.

—Los accidentes… —empezó a decir Gisela.

Su mirada la detuvo.

—Es bastante fácil romperle el cuello a una persona. En el Ejército nos enseñan a hacerlo. Colocas las manos en determinada posición, una a cada lado de la cabeza, un rápido movimiento lateral y… las vértebras chascan.

Iba ilustrando la explicación con ambas manos, los dedos extendidos, una palma frente a la otra y, en medio, el espacio para la cabeza imaginaria. El tirón fue de una destreza y una fuerza espeluznantes. Podría haber sido la demostración de un saludo o de cualquier otra maniobra «ejecutada con carácter firme y militar…».

—Después, solo hay que dejar caer el cuerpo por los escalones. Se puede desgarrar un dobladillo y quitar un zapato en pocos segundos. Y entonces, ¿quién diría que no ha sido un accidente?

Gisela ahogó una protesta.

—Pero…

Chase continuó hablando con voz monótona y triste.

—Había tres personas que la odiaban: Dorothea, mi exmujer, Raymond Vining y Faustina Crayle. Dorothea estaba celosa y enfadada ante la idea de que volviera a casarme. Sobre todo, si era con una mujer joven, como Alice, que podría tener hijos que heredasen parte del dinero que, de otra forma, sería para Beth. Ray Vining estuvo prometido con Alice hace un año. Fue un romance tonto de jovencitos, pero al parecer ella lo dejó plantado. Sé que hubo algún tipo de discusión o de pelea. Además, Alice tenía la lengua muy afilada algunas veces y me han dicho que se divertía atormentando a la joven

Crayle.

—No sé por qué, pero no me imagino a una mujer rompiéndole el cuello a otra —objetó Gisela—. Las mujeres son más dadas a usar un arma o veneno.

—Una mujer celosa, en un arranque de ira, puede hacer lo que sea —replicó Chase—. Incluso empujar a otra por unas escaleras. Eso es lo que Beth dice que la señorita Crayle le hizo a Alice… ¿Usted vio algo extraño, señorita Von Hohenems, algo que no le dijera a la policía?

—No. Lo siento, pero allí no había nada. Solo Alice, el dobladillo desgarrado y el zapato salido.

—¿Huellas de pisadas?

—Yo no vi ninguna. Supongo que tampoco las buscaba.

El hombre exhaló un suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración varios segundos.

—De acuerdo. Supongo que era una esperanza vana, que pudiéramos llegar a averiguar cómo murió Alice en realidad.

—Usted sabe que Faustina estaba en Nueva York en ese momento —siguió Gisela—. Yo hablé con ella por teléfono justo antes de encontrar a Alice.

Chase dejó su vaso sobre la mesa, ya vacío.

—Por lo que he oído, la señorita Faustina Crayle es la única persona en el mundo que jamás podrá tener una coartada… ¡Dios, ya no sé qué creer! Gracias por la copa, pero debo irme ya. Buenas noches.

Se levantó con torpeza, serio, la mirada ausente. Hizo un brusco gesto de despedida y se alejó con paso vacilante, por el pasillo que formaban las mesas, hacia el guardarropa. Pasó sin verlo junto al *maître*, que lo despedía con una leve inclinación, y salió a la oscuridad de la calle.

Gisela miró a Basil.

—¿Qué crees que le pasaría a Alice en realidad?

—No lo sé. —Basil le devolvió la mirada, sobrio y discreto—. Incluso es posible que la matara el propio Chase. Desde luego, acaba de mostrarnos el método de una forma muy gráfica. Tal vez quería hablar contigo para averiguar si había dejado alguna huella, pisada o cualquier otro rastro delator.

—¿Pelea de enamorados?

—Algo por el estilo. ¿Tienes idea de si ella amaba de verdad a Chase o no?

Gisela esbozó una ligera mueca.

—Ya lo has visto a él y has visto a Vining.

—¿Vining resultaría más atractivo para una mujer?

—Creo que sí. Por supuesto, uno nunca puede estar seguro de estas

cosas. Algunos hombres bastante feos atraen a cierto tipo de mujeres. Los equivalentes masculinos de la *belle laide*… Pero no puedo evitar pensar que Chase es un hombre rico y que Alice estaba muy cansada de su vida como profesora. ¡Qué horror si Beth Chase ha visto de verdad una cosa así! ¿Podría una niña de su edad ser lo bastante avispada para utilizar esas historias sobre Faustina con la intención de desviar las sospechas de su padre? ¿Y eran esas historias una mera ilusión, después de todo?

Basil negó con la cabeza.

—No es tan sencillo, querida. La señora Lightfoot me contó que el año pasado despidieron a Faustina del internado Maidstone por la misma razón.

—¡Santo cielo, esa era la escuela de Alice!

—Sí. Y Alice se divertía atormentando a Faustina.

Gisela abrió los ojos como platos.

—¿Quieres decir que… tal vez Alice le jugó algún tipo de mala pasada en los dos colegios? Una broma pesada que le costó a Faustina los dos empleos. ¿Y entonces, de algún modo, Faustina se enteró y volvió a Brereton para castigar a Alice?

—En ese caso, ¿quién estuvo hablando contigo por teléfono en esa conferencia de larga distancia?

—Sé que era la voz de Faustina. —Gisela frunció el ceño—. No podría confundir esa vocecita lánguida y distante. Y sé que la llamada procedía de Nueva York. La policía de Connecticut lo comprobó con la empresa telefónica.

—Hay gente capaz de imitar la voz de otras personas con una exactitud asombrosa —sugirió Basil.

—No me imagino a Faustina confiándole un asunto así a nadie más, ¿y tú?

—A lo mejor le dijo que era todo una broma.

—Entonces, esa otra persona habría ido directa a la policía cuando los periódicos publicaron la noticia de la muerte de Alice. Tiene que haber sido otra cosa. ¿Es posible que Alice quisiera hacerle una jugarreta a Faustina y se le volviese en contra de tal modo que se sobresaltara o se asustara ella misma?

—¿Qué jugarreta? ¿Cómo podía Alice crear, de hecho, ese doble de Faustina? ¿Y cómo se le iba a volver en contra?

Esta vez fue Gisela la que negó con un gesto.

—Me he hecho esa misma pregunta una decena de veces —siguió Basil—. Y aún no soy capaz de contestarla. En Brereton hay cuatro personas que vieron al doble: una criada bastante tonta, dos niñas de trece años y la propia señora Lightfoot. Las testigos adultas, la doncella y la directora, lo vieron solo a media luz. Ninguna distinguió

claramente su rostro y ninguna vio las dos figuras de manera simultánea, a Faustina y a su *fetch*.

—¿*Fetch*?

—Es el antiguo término inglés. De origen desconocido. Tal vez llamasen *fetch* al doble fantasmagórico de una persona viva porque su aparición suele ser una advertencia de que va a morir. Ha «venido a llevársela». Aún se usan derivados de esa raíz para otras expresiones que tienen que ver con la «atracción». Incluso Dickens emplea la palabra tal cual para referirse a «la viva imagen de la señora Gamp». Tradicionalmente, aparecía entre penumbras: en el crepúsculo, al amanecer o a la luz de la luna.

—Pero este *fetch*, o este doble, se ha visto a plena luz del día —protestó Gisela.

—Solo dos veces: la primera lo vieron dos niñas; la segunda, una de ellas. Si la señorita Aitchison vio algo o no, nunca lo sabremos. Y solo en una ocasión se ha visto al doble mientras la propia Faustina estaba también delante. Ese incidente, el más extraño de todos, también se asienta en el testimonio de las dos chiquillas.

—¿Por qué iban a mentir? Estaban asustadas de verdad. Beth se desmayó y Meg se quedó blanca como la cera y temblando. Yo misma vi lo despacio que se movía Faustina en ese momento.

—No creo que mintieran a propósito, pero incluso los adultos ven muchas veces lo que esperan ver. Las dos niñas habían oído historias sobre Faustina antes de encontrarse… con lo que fuera que viesen. Puede que esas historias las predispusieran para acabar exagerando el parecido de la figura de la silla con la auténtica Faustina.

—¿Y quién, o qué, era esa figura sentada en el sillón? ¿Por qué estaba ahí? ¿Era la misma figura que vieron en Maidstone hace un año?

Basil suspiró.

—He tenido la tentación de viajar a Virginia, pero aquellos incidentes ocurrieron hace ya demasiado. Es muy improbable que nadie recuerde los detalles con precisión, y detalles es lo que necesitamos: detalles concretos sobre la luz, la distancia, la ropa y cosas así. Según la propia Faustina, en Maidstone vieron al doble con todo tipo de luz: por la mañana, por la tarde y por la noche, pero siempre a una distancia considerable.

—¿Habría alguien capaz de mantener una broma así durante más de un año solo para atormentar a la pobre Faustina?

—Ninguna persona normal.

—¡Incluso alguien que no lo fuera! ¿Tendría una persona «anómala» un sentido del humor tan lamentable y trabajoso?

Basil sonrió.

—Lo anómalo es, en esencia, impredecible. Además, ¿de qué otra cosa podría tratarse?

La sonrisa de Gisela, al contestar, tenía un toque enigmático.

—En todo momento das por hecho que ha de tratarse de un engaño. ¿Podrías, solo por un instante, considerar la posibilidad de que existiera algún tipo de imagen inmaterial de una persona que se hiciera visible temporalmente para los demás? ¿Y de que Faustina fuera uno de esos pocos seres que proyectan un espejismo humano de manera inconsciente?

—¡Has estado hablando con la señora Lightfoot!

—Sí, así es. ¿Y por qué no? Es una mujer de inteligencia notable. Olvídate de la ciencia y pregúntate si su hipótesis no es la única que explica todos los detalles de la historia de Faustina sin forzarla.

—¿La única, de verdad?

Basil seguía sonriendo escéptico, pero Gisela se había puesto muy seria.

—Explica todo lo que se decía de Faustina en Maidstone y en Brereton. Y explica la muerte de Alice Aitchison. En Maidstone, Alice pudo creer que era todo un engaño ideado por Faustina o por otra persona. Cuando volvió a encontrarse con ella en Brereton, no se comportó como una correveidile y no le fue a la señora Lightfoot con el cuento, pero trataba a Faustina con ese desprecio burlón que una chica como Alice sentiría por una histérica o una embustera. Sin embargo, un día se encuentra cara a cara con una imagen de Faustina, a plena luz del día, cuando sabía que yo estaba hablando con la auténtica por teléfono, y el susto la hace tropezar y caerse. En ese caso, la pequeña Beth Chase estaría diciendo la verdad. Vio exactamente lo que ocurrió.

—Beth dijo que Faustina extendió el brazo hacia Alice y la empujó.

—Eso solo haría el susto aún mayor para Alice si la imagen no era real.

—O si Alice creía que no era real —corrigió Basil.

—¿Lo ves? —Gisela se echó a reír—. ¡Eres incapaz de ceder a la idea de que pudiera existir tal cosa! Para mí es más fácil porque crecí en Europa. Una civilización antigua como la nuestra es escéptica ante cualquier creencia, incluso las ideas científicas modernas por las que vosotros, aquí en Estados Unidos, mostráis una reverencia casi religiosa. Nosotros no, porque nuestra civilización ha vivido muchas revoluciones intelectuales. Una y otra vez hemos visto que la ciencia de una generación se convertía en la mitología de la siguiente. Recordamos que toda la ciencia de la electricidad no tiene más que unos doscientos años. Y que hace solo diez había físicos reputados afirmando que sería imposible dividir el átomo. Conocemos

demasiado bien el más triste de los viejos dichos: «Esto también pasará».

»Y allí el pasado está siempre con nosotros. En nuestras costumbres y en nuestros hogares, así como en nuestros libros. Un castillo antiguo o una fortaleza no son solo lugares sobre los que hemos leído, a menudo conocemos a gente que sigue viviendo en ellos. En edificios muy viejos suceden cosas extrañas, como en Wasserleonburg o en Glamis. Los que viven en sitios así se acostumbran tanto a lo inexplicable que pierden el miedo e incluso el interés. Tú te sentirías obligado a negarlo o a investigar. Nosotros nos limitamos a sonreír y a encogernos de hombros y decimos: «Esto también pasará…».

—¿Pretendes hacerme creer que no te asustarías si te encontrases cara a cara con lo que sea que viera Alice Aitchison? ¡Cuando me escribiste aquella primera carta sobre Faustina no eras tan valiente!

—Eso fue antes de saber de qué se trataba todo esto. Lo desconocido siempre es aterrador. Pero ahora que lo sé, ¿por qué iba a temer una manifestación de una personalidad tan tímida e inofensiva como la de Faustina Crayle? Si esas cosas existen, son parte de la naturaleza porque, desde luego, no hay nada que sea «sobrenatural». Todo lo que ocurre es natural, sea o no sea aceptable para la ciencia. Solo los escépticos dogmáticos como Alice se llevarían un susto así en esas circunstancias, la tremenda conmoción de una súbita brecha entre lo que crees y lo que ves. Yo no me sorprendería tanto porque he conocido otros casos parecidos.

—¿Alguna vez has vivido en persona algo así?

—Yo no, pero una tía abuela mía que era francesa, Amalie de Boissy, conoció de cerca un caso muy parecido a este. Cuando su padre estaba con la embajada francesa en Rusia, la enviaron a la escuela a un sitio llamado Valmiera, en la región de Livonia.

Basil la miró como disparado por un resorte.

—¿El internado Neuwelcke?

—¿Has oído hablar de él?

—He leído sobre Émilie Sagée y las cosas que ocurrieron allí. Después de todo, mi profesión es la psiquiatría y todas las facetas de una psicología anómala me resultan interesantes. ¿Por qué no has mencionado a Émilie Sagée hasta ahora?

—¿Te acuerdas de la primera vez que hablamos de Faustina? ¿La noche del club Crane? ¿Y de que te dije que tenía la sensación de recordar algo parecido? Pues era la historia de Sagée. La oí hace mucho tiempo, cuando era pequeña. Supongo que por eso me ha costado tanto acordarme, aunque el incidente con el libro de Goethe debería haberme ayudado. Cuando la tía Amalie me habló de Émilie Sagée por primera vez, dijo que algo parecido le había pasado una vez

al poeta Goethe y me dio su edición francesa de las *Memorias*, donde él mismo relata la experiencia. Tal y como recuerdo la historia de Sagée, era muy parecida a la de Faustina, salvo por un detalle: mademoiselle Sagée era ilegítima.

Basil dudó. Luego, y como confiaba en Gisela más que en cualquier otra persona, continuó:

—También Faustina. Pero, por favor, no se lo menciones a nadie, jamás. Ella no debe enterarse.

—Vaya, pobre Faustina… —Gisela estaba conmovida—. ¡Eso explica por qué siempre parecía tan desarraigada y solitaria!

—Su madre era célebre en París a principios de siglo. Con otro nombre, no con el apellido Crayle, que era el auténtico y el que ha heredado Faustina.

—No hace mucho que he oído el nombre profesional de una mujer así. Apenas unos días. Espera… —Según la escena acudía a su memoria, Gisela se iba poniendo tensa—. ¡Fue Alice Aitchison la que se lo mencionó a Faustina delante de mí!

—¿Qué nombre era?

—Rosa Diamond. Yo lo conocía de toda la vida, decían que era la reina del vicio cortesano en el París de 1900.

Basil asintió. Rosa Diamond… Ese nombre tan extravagante parecía resonar en los túneles de la memoria y despertar ecos largo tiempo muertos.

—¿Fue la codemandada en un conocido caso de divorcio de 1912?

—No lo sé.

—Entonces, debo averiguarlo mañana. Eso y el nombre del acusado, si es que Rosa Diamond era de verdad la madre de Faustina.

—¿«Si»? Tenía que serlo. Solo así se explicaría lo que le dijo Alice. ¡Qué cruel!

—¿Qué le dijo Alice?

—Fue el día que Faustina se iba de Brereton. Estábamos hablando de un diseño que había hecho para el traje de Medea, el de la obra de teatro griega. Alice dijo que Faustina había elegido un color que los atenienses reservaban para las prostitutas. Faustina objetó que no lo sabía. Alice se echó a reír y dijo que Faustina debía de saber mucho sobre las costumbres de las prostitutas. Y luego le preguntó si alguna vez había oído hablar de Rosa Diamond.

—Gisela, piensa antes de contestarme a esto —le rogó Basil—, y piénsalo bien: ¿te pareció que Faustina reconocía el nombre de Rosa Diamond?

Ella inclinó la cabeza y se presionó las sienes con las yemas de los dedos. Al fin, dejó caer las manos y alzó la vista de nuevo, con ojos desconcertados.

—Sinceramente, no lo sé. Todo lo que dijo Alice esa tarde parecía lastimarla. ¿Ella conoce la historia de su madre?

—Su abogado dice que no sabe nada, pero podría equivocarse. Me temo que tendré que preguntárselo a la propia Faustina.

—¿Cómo podía saber Alice quién era la madre de Faustina?

—Eso es otra cosa que tengo que aclarar. ¿Por qué sabía tu tía que mademoiselle Sagée era ilegítima?

—No lo sabía. Esa parte de la historia se publicó mucho después, en una obra de Flammarion, y lo leí ahí.

—¿Conoció tu tía a Julie von Guldenstubbe?

—No, mi tía fue allí trece años después, en 1858. Ya no quedaba ninguna de las alumnas que habían estado con mademoiselle Sagée, pero sí algunas de las criadas más viejas que la habían conocido. Y la historia era muy popular entre los campesinos de la zona en esa época. Se había convertido en una leyenda de la escuela. De esas que las chicas susurran en los dormitorios, de madrugada, con una taza de chocolate que se han hecho en secreto cuando se supone que deben estar ya en la cama y dormidas.

Basil no pudo reprimir una sonrisa.

—¡No parece el mejor método de dilucidar los hechos con rigor científico!

—Supongo que no. —Gisela le devolvió la sonrisa con cierto pesar —. Pero hay un detalle que me impresionó mucho cuando mi tía me contó la historia años después. El doble de Sagée aparecía tan a menudo en Neuwelcke que, al final, las más jóvenes le perdieron el miedo.

—¿Y esperas que me lo crea?

—No es tan extraño, eso es lo que intentaba decirte antes. Y es común sobre todo entre los niños. Ellos no creen estar viendo nada imposible porque apenas saben qué se considera posible. Según la leyenda, una chiquilla llegó a envalentonarse lo suficiente para tocar al doble de Émilie Sagée.

—¿Y qué notó?

—Hay quien dice que algo vaporoso, como la gasa. Otros dicen que nada. No se puede tocar un espejismo ni un reflejo, por muy claro que lo veas.

—Me habría gustado conocer a esa niña —comentó Basil—. Tenía espíritu científico y auténtico coraje.

—¿Por qué iba a temer algo que siempre aparecía fugazmente y en silencio y que nunca hizo daño a nadie en ningún sentido? Esas sombras nunca lastiman a la gente. Son las personas las que se lastiman con sus propios miedos supersticiosos.

—¿Por qué estás tan segura? —replicó Basil—. Si una cosa así

pudiera existir, sería un terreno por completo inexplorado. Podría pasar de todo. Recuerda que, según Beth Chase, cuando el doble extendió la mano, Alice Aitchison cayó… Y se mató.

Gisela perdió algo de aplomo. Tenía los ojos oscuros más abiertos y brumosos.

—Acabas de decirme que Alice se burló de Faustina con lo del nombre de su madre —continuó Basil implacable—. Si Faustina entendió la alusión, tuvo que sentir hacia Alice un odio casi asesino…

—¡No!

—¿Sabes cuál era la principal acusación contra las brujas en la Edad Media?

Gisela asintió desconsolada.

—Que podían matar a distancia, de manera invisible. ¡Pero no me lo creo!

—¿Por qué no? Pareces dispuesta a creer en cosas igual de extrañas. ¿Solo el lado agradable de esas cosas es creíble? Has hablado del mundo antiguo y de sus tradiciones. Olvidas una: «A la hechicera no dejarás que viva». Los mitos y el misterio siempre parecen desembocar en crueldad y violencia: Gilles de Rais y Torquemada. Puede que esa sea una razón por la que nosotros, los del Nuevo Mundo, ofrecemos una resistencia tan vehemente a cualquier renacimiento de esas creencias precientíficas. Tenemos memoria racial de las cámaras de tortura y de la hoguera: el acto de fe, la noche silenciosa y oscura profanada por las llamas y los gritos de los que arden mientras los ojos vidriosos de los creyentes reflejan la luz roja del fuego…

—Haces que suene espantoso.

—Fue espantoso.

—Tu ciencia moderna ha quemado a miles en Róterdam y en Coventry y en Hiroshima, mientras que en la Edad Media solo ardieron unos cientos.

—¿Acaso un crimen justifica otro?

—¿Negarías algo que creyeses cierto solo porque una vez, en el pasado, condujo a la violencia?

—No más de lo que renegaría de la ciencia porque hombres que no son científicos hayan hecho un mal uso de ella.

El *maître* se acercaba a su mesa. Al llegar junto a ellos, se detuvo con una sonrisa.

—¿Doctor Willing? Una llamada de teléfono…

Basil volvió de la cabina con el ceño fruncido.

—Menudo fastidio. Reunión urgente de la Junta en el hospital. La urgencia es financiera, así que tengo que ir. Necesitan unas cifras que solo puedo darles yo. Costes estimados de equipos nuevos para el

departamento de Psiquiatría. ¡Y tenía que ser esta noche! Siempre hay algo que…

—¡No te lamentes tanto! Al menos esta vez no te vas a Japón.

—Pues es como si siguiera allí, con las pocas oportunidades que tengo de verte ahora que he vuelto. Deja que te acompañe por lo menos hasta que cojas el tren para Brereton.

—¡Hoy no me voy en tren! Por una vez, tengo coche: me lo ha prestado otra profesora. Y se me ocurre una idea mucho mejor. Te llevo yo al hospital.

Eran solo diez manzanas y los dos desearon que hubiera estado más lejos. Cuando salió del coche, Basil se inclinó para besar la mano desnuda apoyada en el volante, tentadora. Ya en la acera, se volvió para despedirse con un gesto antes de subir corriendo los escalones y atravesar la doble puerta de entrada al hospital.

Gisela se quedó allí sentada, en silencio, con la larga noche por delante extendiéndose frente a ella solitaria como un desierto. Tenía que llenar ese vacío emocional de algún modo… *No te molestes en llamar… Tú ven cuando puedas… El viernes o el sábado…* Con un rápido movimiento, giró el volante y dio la vuelta en una calle transversal para dirigirse a la Quinta Avenida, donde recordaba haber visto una estación de servicio.

Unas cuantas gotas de lluvia empezaron a salpicar el parabrisas. Ni siquiera eso la hizo dudar. La acción le devolvía el equilibrio, aquello era una aventura. Le daría una sorpresa a Basil Willing, puede que incluso abriera una brecha en su endurecido escepticismo. Y no había nada que temer… Todo lo que había ocurrido era natural. Tenía que serlo o, de lo contrario, no habría podido suceder.

Un hombre somnoliento con un mono manchado de grasa se acercó entre las estridentes luces a los surtidores de gasolina.

—Aceite también, por favor —le pidió Gisela—. ¿Tiene algún mapa de carreteras de Nueva Jersey?

—Claro. ¿De alguna zona en particular?

—Voy a un pueblecito de la costa. Se llama Brightsea.

# CAPÍTULO TRECE

*Como si tu saciado sarcófago*
*perdonara carne y piel,*
*vuelves a mirarnos cara a cara*
*y eres la misma Faustina.*

Los limpiaparabrisas empezaron su baile en *staccato* —un, dos, tres, patada—; dos bailarines, con una sola pierna, abstractos, moviéndose en perfecta armonía. A través de las medias lunas de cristal limpio, barridas por su danza, Gisela veía el borroso reflejo de las farolas sobre una reluciente capa de agua que cubría el asfalto de la carretera. Dentro del coche, estaba en su propio mundo seco. El monótono ritmo de los limpiaparabrisas y el continuo zumbido del motor ejercían un efecto casi hipnótico sobre su vista y su oído y la arrullaban hasta sumirla en una especie de sopor…

En medio de la oscuridad brilló entonces un letrero luminoso: ESTÁ ENTRANDO EN BRIGHTSEA. La carretera se convertía en la calle principal del pueblo. Las únicas luces visibles venían de una farmacia y de una estación de servicio. Gisela paró en esta última.

—¿La casa de la señorita Crayle? —repitió el lugareño alto y flaco al que había preguntado, vestido con vaqueros y jersey, con más aspecto de granjero que de mecánico. La miraba con curiosidad—. A cinco kilómetros pasado el pueblo, entre los pinares y el mar. Siga por esta carretera otro kilómetro. Luego coja el desvío de la derecha y llegará hasta allí. Es la única casa que hay por ese camino.

La última casa del pueblo estaba en el cruce. Cuando cogió el desvío, otro coche pasó por su lado en dirección contraria, tambaleándose al salir del camino cuando ella entraba. Vio fugazmente el parabrisas salpicado por la lluvia y un letrero con la palabra «Taxi». Luego este se alejó hacia el pueblo y, con él, sus luces y las de la carretera principal que Gisela dejaba atrás. Iba ahora por una carreterucha llena de baches y de curvas, poco más que un sendero, sin luces que pudieran guiarla salvo las de sus propios faros. Pequeñas arboledas lo tapiaban a un lado y a otro. El suelo estaba cubierto de agujas de pino que asfixiaban el sotobosque y dejaban los

esbeltos troncos de los árboles pelados como los tubos de un órgano con el viento silbando entre ellos. Ya alcanzaba a oír el profundo murmullo de las olas al romper en la orilla, como el ronroneo de un león manso y agradecido. Bien podría estar a dos mil kilómetros de Nueva York.

De pronto, tras una de las curvas, el camino bajaba en picado. Los faros iluminaron a una mujer que caminaba sola y ahora cegada por el resplandor en el margen izquierdo. Una figura alta y delgada con sombrero oscuro y abrigo de tonos claros, una sombra negra y alargada que menguaba con espeluznante velocidad a medida que el coche se acercaba a ella.

Gisela pisó el freno a fondo. Las ruedas perdieron tracción. Como en una vertiginosa pesadilla, notó que el coche empezaba a dar tumbos y a patinar sin ningún control. Soltó el freno y luchó por dominar el volante, que parecía tener una disparatada voluntad propia. El coche derrapó y giró ciento ochenta grados. La luz de los faros barrió el muro de pinos y pasó por encima de una cara aterrorizada, blanca como la muerte, medio tapada por un brazo levantado para protegerse. Fue una visión fugaz pero indeleble, como algo que se aprecia con el fogonazo de un relámpago: la boca abierta, los ojos horrorizados clavados en los suyos. Luego el coche se paró con una sacudida y los faros se apagaron.

Gisela se quedó inmóvil, temblando. Unos segundos después, consiguió hablar.

—¡Faustina! ¿Estás herida?

No hubo respuesta. Intentó encender las luces. Ya no respondían. Tanteó la guantera en busca de alguna linterna. Había una. Funcionaba. Se arrastró fuera del coche y dirigió el pequeño haz de luz a la carretera, temiendo lo que estaba a punto de ver. Pero allí no había nadie.

—¡Faustina! ¿Dónde estás?

Una vez más, no hubo respuesta. No se oía nada en absoluto salvo la melodía del viento, el susurro de la lluvia, el murmullo de las olas.

Y, sin embargo, había visto el rostro de Faustina en ese terrible instante antes de que se apagaran los faros. Había visto su sobretodo azul y su sombrero marrón. ¿La habría sacado de la carretera aquel estremecedor impacto? ¿Estaría tirada en la cuneta, inconsciente o muerta?

Gisela bajó la linterna y recorrió con la luz, despacio, los alrededores del coche. La pendiente del camino formaba allí una hondonada fangosa y la lluvia ya estaba borrando las marcas que sus neumáticos habían dejado en el barro mojado. No había ninguna otra huella, ningún rastro de pisadas.

Fue hasta el arcén y apuntó con la linterna al manto de agujas de pino, que espejeaban marrones bajo la lluvia. Formaban una capa compacta, sólida, resbaladiza como el hielo. Parecía que nadie las hubiese pisado desde hacía años.

Dejó de llamar a Faustina en voz alta. Caminó varios metros en ambas direcciones y por los dos lados de la carretera. Allí tampoco había nada. Ni una sola huella en el barro. Ni rastro de sangre. Ni un guante caído o un tacón roto, nada.

Cuando volvió a meterse en el coche, estaba muerta de frío y calada hasta los huesos. Giró la llave de contacto y pisó el botón de arranque. El motor permaneció en silencio, como si le diera miedo hacer ningún ruido. *Un cortocircuito*, pensó aturdida. *Por eso se han apagado los faros*. Buscó a tientas un cigarrillo y lo encendió con una cerilla. Por primera vez en su vida, el sabor del humo del tabaco le pareció repugnante. En ese momento se dio cuenta de que el frío que tenía no era solo por el viento o por la lluvia, sino por el miedo.

Cogió otra vez la linterna y su bolso y salió del coche. Ahora tardaría más en volver caminando al pueblo que en llegar a casa de Faustina, pero era al pueblo adonde quería ir, con sus luces y la gente y los teléfonos. Solo que las vueltas del coche la habían desorientado. Las hileras de pinos parecían iguales en un sentido que en otro y las rodadas que podían haberla guiado se habían disuelto en el barro. Empezó a andar sin tener la menor idea de hacia dónde la llevarían sus pasos.

Unos diez minutos después, se dio cuenta de que el ruido de las olas se hacía más fuerte. Volvió a encender la linterna. A sus pies, el barro estaba dando paso a la arena de playa y a su alrededor había cada vez menos pinos. Entre los troncos distinguió otra luz y caminó hacia ella.

Dejó atrás los árboles y pasó entre dos altas dunas coronadas por brezo de arena. La luz venía de una casa situada sobre otra duna, un poco más lejos. Oía el mar muy cerca, pero donde tendría que haber estado solo había un vacío negro de cielo sin estrellas y agua invisible.

Por un momento, vaciló. Luego tomó el arenoso sendero que llevaba a la casa.

La luz que salía por el porche delantero dejaba ver una valla blanca de madera que cercaba un jardín de rosales silvestres, arrayanes y olivillos. Entró por la cancela y subió por otro caminito lleno de arena. La casa estaba construida con ripias sin pintar, de un gris peltre pulido por la decoloración del sol y la erosión del viento que, cargado de arena y agua salada, actuaba como un estropajo. Las contraventanas y las molduras estaban pintadas de blanco. Era una casa recatada y coqueta, como una ancianita vestida de tafetán plateado y con guantes blancos de cabritilla. Gisela siguió con paso

titubeante. La luz que se veía entre las dunas procedía en realidad del vestíbulo de la casa. La puerta principal estaba abierta, oscilando perezosa sobre sus goznes con un leve tintineo metálico provocado por las llaves de una anilla que colgaban de un llavín metido en la cerradura.

En el umbral, volvió a pararse y llamó a su amiga en voz alta, con un tono apremiante:

—¿Faustina?

Tampoco hubo respuesta. Dio un paso para entrar en el vestíbulo y se detuvo.

Solo había una lámpara encendida: la bombilla brillaba tras la pantalla de raso blanco tensada sobre un armazón de metal. Estaba sobre la mesita del teléfono en el rincón de la escalera y su resplandor cálido y doméstico se extendía a la carpintería blanca y al papel de pared también blanco estampado con hojas verdes. No había ninguna otra luz.

El sonido de un tictac atrajo su mirada hacia un viejo reloj en forma de banyo que colgaba de la pared opuesta a la puerta principal. Las manecillas marcaban las once y veinte. A su lado, la escalera formaba un arco con la enérgica trayectoria de una cascada, toda blanca y con una alfombra verde musgo que dibujaba una amplia curva de escalón en escalón. Al pie de la escalera había dos maletitas desvencijadas, las dos que llevaba Faustina cuando se fue de Brereton.

Despacio, Gisela avanzó hacia la única otra salida del vestíbulo, un arco que tenía a su derecha. Desde allí vio dos salones separados por una puerta ventana doble con paneles de cristal montados sobre un estrecho marco de madera. La primera estancia estaba iluminada de forma indirecta por la lámpara del vestíbulo. La otra, más alejada del arco, estaba envuelta en sombras, oscura y nebulosa.

Volvió a alzar la voz:

—¡Faustina! Soy yo, Gisela. ¿Dónde estás?

Esta vez, el silencio le resultó casi insoportable.

Haciendo tanto ruido como pudo, dejó el bolso y la linterna sobre una mesita del primer salón. Recorrió la estancia con la mirada en busca de algún interruptor para encender la luz y vio uno en la pared, al otro lado de la mesa. Al rodearla, con la mano ya levantada para pulsarlo, tropezó con algo blando y resistente. Miró hacia abajo. Un grito ahogado y ronco se le escapó de la garganta.

Faustina Crayle estaba tendida en el suelo, bocabajo, como si se hubiera caído de cara a la otra habitación. Aún llevaba puesto el sobretodo azul, pero el sombrero marrón había rodado a unos pasos de su cabeza. La mano izquierda, crispada junto al hombro, estaba cubierta por un guante de piel marrón. El brazo derecho lo tenía

extendido por delante de la cabeza, como si hubiera intentado parar un golpe. Esa mano estaba desnuda. Junto a ella había un guante arrugado y un bolso abierto del que se habían desparramado el maquillaje, la barra de labios y el monedero. Ni en su ropa ni en su cuerpo había rastro alguno de barro o humedad. Incluso las medias y las suelas de los zapatos se veían limpias y secas.

El pálido cabello le cubría la cara como si fuera un velo. Gisela se arrodilló a su lado.

—¡Faustina! ¿Estás herida? ¿Te he dado con el coche?

La tocó, titubeante. Tenía la piel fría y no le encontraba el pulso. Pero eso no significaba nada; en las lecciones de primeros auxilios, durante la guerra, siempre le costaba incluso encontrárselo ella misma.

Con mucha delicadeza, le apartó el pelo de la cara. Siempre había sido pálida y a menudo tenía los labios relajados y entreabiertos como ahora. Lo que la asustó fueron los ojos. Párpados abiertos, pupilas dilatadas, mirada vacía. Cuando la giró hacia la luz, no parpadeó ni se le contrajeron las pupilas. Solo entonces se convenció por fin de que Faustina estaba muerta. Sin embargo, no tenía moratones ni heridas. Tampoco había agujeros de bala en su ropa ni cuchilladas. No había siquiera una gota de sangre.

Gisela se puso en pie de un salto y pulsó el interruptor de la luz, pero no se encendió. Miró arriba, al globo de cristal esmerilado del techo, y luego otra vez al interruptor. Era de los que tenían dos posiciones, arriba y abajo. Ahora estaba hacia abajo y por encima se leía la palabra «ENCENDERÆ.

Observó despacio toda la estancia, como si tratara de interrogar a aquellas paredes que tenían que haber visto lo que hubiera pasado en ese breve lapso. La luz que llegaba de la lámpara del vestíbulo, colándose por el arco, dejaba ver más papel de pared blanco y verde y cretona estampada con rosas. Oía el rítmico ir y venir de las olas al romper en la orilla, pero nada más, ni siquiera los latidos de su propio corazón, a pesar de que lo notaba a punto de estallar. Estaba casi segura de que no había nadie más en la casa, pero no podía saberlo a ciencia cierta. Corrió hacia el teléfono del vestíbulo.

# CAPÍTULO CATORCE

*Así sonó, al lanzarlo, el dado del Diablo*
*que ganó a Faustina.*

Las manecillas pintadas con radio del reloj que tenía sobre la cómoda marcaban las dos y cincuenta y siete cuando el teléfono retumbó junto a la cama de Basil. Aún estaba oscuro, pero el frescor del amanecer ya se notaba en el aire. Con los ojos pegados de sueño, buscó a tientas el auricular y contestó como un acto reflejo.

—¿Diga?

—¿Basil?

Aquella voz grave y temblorosa lo espabiló por completo y de inmediato, como un cubo de agua fría.

—¡Gisela! ¿Dónde estás?

—En Nueva Jersey, en Brightsea. Ha pasado algo terrible.

—¿Qué ocurre?

No tenía que preguntarlo. Lo sabía. Solo una cosa podía explicar que lo llamara a esas horas. Aun así, cuando las palabras salieron de su boca, le pareció irreal.

—Faustina está muerta —dijo Gisela en voz baja.

—¿Por eso has ido hasta allí?

—No. Después de dejarte en el hospital, no tenía nada que hacer. Me he acordado de que Faustina quería que viniese a verla cuando tuviera tiempo y he aprovechado la ocasión. Ya estaba muerta cuando he llegado. Un paro cardiaco. He llamado a la policía enseguida, pero parece que no me creen. Han sido bastante desagradables, aunque al final me han permitido llamarte.

—¿Quién se ha hecho cargo? ¿La policía estatal?

—Sí, un tal teniente Sears.

—Ponme con él. Luego iré a Brightsea tan rápido como pueda. Mantén la calma y no contestes a más preguntas hasta que yo llegue. ¿Dónde vas a estar?

—En casa de Faustina. Basil, yo… ¡Ah, aquí está el teniente Sears!

Del otro lado de la línea llegó ahora una voz malhumorada.

—Oiga, esto ha ocurrido en Nueva Jersey, no en Nueva York, ¿entiende? Aquí la señorita dice que es usted un amigo suyo que le conseguirá un abogado. De acuerdo. He dejado que lo llame. Pero nada de esto tiene que ver con la Fiscalía de Distrito de Nueva York. ¿Entiende?

Lo entendía. Basil se armó de paciencia y tacto, pero cuando colgó el teléfono se dio cuenta de que el tacto no era suficiente. Encendió la lamparita de noche y llamó a Flatbush, a casa de su viejo amigo el subinspector jefe Foyle, del departamento de policía de Nueva York.

Foyle contestó renegando, somnoliento.

—¿Alguna vez vais a dejarme dormir más de diez minutos, caray? ¿Qué demonios queréis a estas horas?

La voz de Basil y el nombre de Gisela hicieron que cambiara de actitud. Era amigo de ambos desde que estos se conocieron, en 1940.

—Perdona, Doc. Creía que era uno de esos tipos de Centre Street. Aún siguen llamando al viejo cuando se ven en un aprieto. Eso de Jersey va a ser complicado. Los polis estatales son muy peculiares con su jurisdicción. Llamaré a un capitán que es amigo mío y le pediré que hable con Sears. ¿Puedo hacer algo más desde aquí?

—Hay un abogado en Nueva York que se llama Septimus Watkins.

—Claro, y una estatua de la Libertad. De toda la vida, los dos.

—A ver si consigues que te diga quién va a heredar las joyas que pertenecían a la madre de Faustina Crayle ahora que esta ha muerto antes de cumplir treinta años. El propio Watkins es el heredero legal, pero tiene instrucciones privadas para devolver esas joyas a ciertas personas sin que trascienda.

—¿Cómo dices que se llamaba la madre? ¿Crayle?

—Sí, pero tengo razones para creer que se la conocía, profesionalmente, como Rosa Diamond.

Foyle soltó un silbidito.

—¡Esa era de la escuela de Cora Pearl! Señor, no quiero ni pensar en cuántos años han pasado…

—¿Fue Rosa Diamond la codemandada en un sonado caso de divorcio en 1912?

—Podría ser, no lo recuerdo.

—Estoy casi seguro y quiero saber el nombre del acusado de adulterio…

Ya había dejado de llover cuando Basil atravesó Hoboken y el sol salía cuando entró en Brightsea. Con la luz de la mañana, el pueblo tenía ese aspecto de radiante pulcritud propio de las aldeas de pescadores, pues la arena estéril es mucho más limpia que los fértiles suelos francos de las regiones agrícolas. Al pasar por la estación de

servicio, reconoció una figura familiar. Se detuvo junto al bordillo.

—¿Señora Lightfoot?

La directora de Brereton estaba hablando con el mecánico y se dio la vuelta sorprendida.

—¡Doctor Willing!

Incluso a esas horas iba exquisitamente vestida y peinada. Aún tenía ese aire de serena autoridad, pero había perdido otra cosa. Cierta determinación interior que la había sostenido hasta ahora. Era como tropezarse con una bonita concha marina, con todos los colores de una puesta de sol, un vidriado brillante y complejas circunvoluciones, y luego mirar dentro y encontrar muerta a la criatura que una vez hizo de esa concha su hogar, ahora renegrida y quebradiza como un haba seca rebotando en el vacío.

—La policía de Nueva Jersey me llamó anoche —le explicó—. He venido en tren y no encuentro ningún coche que me lleve a casa de la señorita Crayle.

El tipo de la estación no había perdido ripio.

—Mire, señora, ya le he dicho que solo tengo un conductor y ahora mismo está allí, en la casa, porque anoche llevó a la señorita Crayle desde el tren y quieren interrogarlo. Aquí solo estoy yo y no puedo dejar el negocio desatendido.

—Estaré encantado de llevarla —le dijo Basil a la señora Lightfoot.

—Es usted muy amable. Debo ir, me siento responsable por la pobre señorita Crayle. Doctor Willing, ¿ha sido un suicidio? Si no la hubiera despedido…

El otro seguía atento a cada palabra.

—Un paro cardiaco, dice la policía. Por aquí todos sabíamos que la señorita Crayle tenía el corazón débil.

—¿Cómo se llega a la casa? —le preguntó Basil.

—Siga por esta carretera y gire a la derecha en el cruce. Luego, todo recto hasta la playa.

Atravesaron el pueblo, que parecía centellear bajo la temprana luz del sol, fresco como una cara recién lavada después de aquella noche lluviosa. Luego el coche giró bruscamente a la derecha, entró en el bosquecillo de árboles de Navidad, se metió en la hondonada, aún llena de barro, y volvió a salir al camino arenoso donde los esbeltos pinos estaban más desperdigados. Allí, la verticalidad del paisaje se veía reducida de manera drástica por una interminable línea baja y horizontal, trazada como el filo de un cuchillo, en la que el cielo azul se encontraba con un mar aún más azul.

El coche aceleró entre las dunas y salió a la amplitud de la playa. Basil observó la casita gris construida en la duna más alta y pensó en el magnate eduardiano que había escondido a Rosa Diamond en aquel

desolado lugar. Todo un cambio respecto a París, aunque —si Rosa tenía una chispa de poesía en las venas— debió de haberse enamorado del mar y del viento, del silencio y la soledad. No se sentiría abandonada. Vivir solas o con el amante de su elección es el ideal de lujo de las cortesanas.

Había media docena de coches aparcados junto a la valla de madera blanca. Basil encontró un hueco y apagó el motor. Salió a su encuentro un hombre que parecía que iba a reventar las costuras del llamativo uniforme.

—¿Qué quieren? —les preguntó con la falta de corrección que los ignorantes confunden con democracia.

—Vengo a ver al teniente Sears. Me llamo Willing.

—¿Y quién es su amiga?

—La señora Lightfoot es la directora de la escuela en la que trabaja la señorita Von Hohenems.

—El teniente está ocupado. ¿Por qué quiere verlo?

—¿Y si se lo pregunta a él? Me está esperando.

El tono de Basil hizo que al agente se le arrebatara el semblante.

—Escúcheme…

En ese momento se abrió la puerta de la casa y una voz gritó:

—¡Dobson!

—¿Sí, señor?

—¿Es el doctor Willing? Dígale que pase.

—De acuerdo. —Dobson se volvió de nuevo hacia ellos—. Ya han oído al teniente. Andando.

En el caminito que llevaba a la entrada, la señora Lightfoot se dirigió a Basil algo aturdida.

—¿No hay algo parecido a esto en la historia de Alicia? ¿Un lacayo que era un pez e insultaba a todo el mundo en la puerta?

Basil miró de reojo a su espalda. El agente Dobson seguía observándolos, despatarrado y con los brazos en jarras. Parecía perplejo y movía los labios en silencio: ¿Un lacayo que era un pez?… ¿Qué demonios…?

En el umbral de la puerta principal los esperaba un hombre moreno, más bien bajo para los requisitos físicos de un policía, que, aun así, llevaba uniforme de teniente.

—Disculpen a Dobson —dijo muy serio—. Bravo bonete y con más humos que una chimenea atascada. Ahora mismo estoy hablando con los periodistas. Por favor, esperen unos minutos aquí en el vestíbulo.

—¿Y la señorita Von Hohenems? —preguntó Basil.

—Está bien. Enseguida los atiendo. —Se fue a toda prisa y cruzó el arco de entrada al salón—. Bien, amigos, por aquí y que sea rápido…

Su voz se alejó hasta hacerse un murmullo.

La señora Lightfoot contempló el vestíbulo blanco y verde con gesto de aprobación.

—Como un joyerito —le dijo a Basil—. O una casa de muñecas. Perfección en miniatura.

—¿Sabe usted quién vivió aquí antes que la señorita Crayle?

—No, ¿y usted?

—Una mujer llamada Rosa Diamond.

—¡No! —La señora Lightfoot lo miró asombrada—. Doctor Willing, ¡acaba de hacerme retroceder en el tiempo por lo menos mil años! No imaginaba que alguien de su generación hubiera oído hablar de Rosa Diamond. Yo solo oí su nombre cuando era una niña.

—¿Y alguna vez oyó el nombre del caballero que la trajo de vuelta a Nueva York desde París?

La señora Lightfoot volvía a observar el vestíbulo, ahora con mayor interés.

—No. En efecto se hablaba de tal hombre, pero no sé quién era. Cuando abandonó París, ella desapareció de la esfera pública.

—Creo que era neoyorkino —añadió Basil—. Su esposa solicitó el divorcio y acusó a Rosa Diamond como cómplice del adulterio. ¿Le refresca eso la memoria?

La señora Lightfoot negó con la cabeza.

—Lo siento. Verá, por aquel entonces yo era muy pequeña. Ni siquiera debía de saber que existían esas mujeres.

Sears apareció de nuevo en el arco con dos tipos jóvenes bastante desaliñados.

—Muy bien, amigos. Eso es todo.

—Gracias, teniente.

Al salir, los reporteros no dejaron de fijarse en los dos personajes del vestíbulo.

—Pasen, por favor. —Sears hizo un gesto hacia la entrada del arco.

Las puertas de cristal estaban ahora abiertas de par en par, y las dos estancias, bien iluminadas por la luz del sol, pues en cada una había una ventana mirador y estaban situadas una frente a otra. Basil se olvidó de Sears y de la señora Lightfoot en cuanto vio el rostro macilento de Gisela. Cruzó la habitación en tres zancadas y le cogió las manos. Las tenía frías, pero la joven consiguió esbozar una sonrisa cansada. Basil volvió a estrechárselas y luego se dio la vuelta para enfrentarse al teniente.

—A ver, ¿por qué la retienen aquí? —Bien podría haber sido él el policía, y Sears, un criminal.

Foyle debió de usar toda su influencia, porque el otro contestó, bastante templado:

—¿De dónde saca la idea de que la estamos reteniendo? La señorita es libre de irse cuando quiera, solo que…

—¿Solo que qué?

—Si nos contara algo que tuviese sentido, ni siquiera habría «caso». Ella y este otro tipo.

Basil no se había percatado de la presencia de aquel hombre. Un tipo menudo con el pelo alborotado, encogido en el rincón de un sofá, que llevaba un viejo chaquetón del Ejército sin insignias sobre un traje de civil. Los miraba angustiado.

—Pero si ya se lo he dicho tres veces, teniente —gimoteó—. ¡Pasó tal y como se lo he contado, se lo juro!

—¿Y si lo cuenta una cuarta vez? Este es el doctor Willing, que trabaja para la Fiscalía de Distrito de Nueva York. El capitán Lederer, mi superior, me ha llamado y me ha dicho que debo darle toda la información que tenga. ¡Información! No hay ninguna. Dígaselo usted.

En silencio, la señora Lightfoot fue a sentarse junto a Gisela y le sonrió para animarla. El movimiento llamó la atención de Sears.

—Usted debe de ser la señora Lightfoot, la jefa de la señorita Crayle.

—Lo era hasta hace unos días.

—¿Por qué se marchó Crayle de su escuela en mitad del trimestre? La señorita Von Hohenems no ha querido decírnoslo.

La señora Lightfoot contestó con prudencia.

—La señorita Crayle conocía bien sus materias, las bellas artes y el dibujo, pero no inspiraba el debido respeto en sus alumnas.

—¿Por qué no?

—Falta de carácter, señor Sears. En su trabajo, habrá visto que eso es muy importante.

—A veces. —El teniente no parecía muy convencido—. Está bien, Ronson. Adelante.

Basil, de pie entre Gisela y la señora Lightfoot, oyó el casi imperceptible suspiro de alivio que dejó escapar esta última. La directora apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y entrecerró los ojos de puro agotamiento. Esta vez había evitado que Brereton saliera en los titulares.

Estaban en el primero de los dos saloncitos que se convertían en una larga habitación cuando las puertas divisorias se abrían del todo, como ahora. La ventana mirador del fondo de la segunda sala enmarcaba un paisaje de olas bajas, el alegre azul y blanco de una cerámica esmaltada de Della Robbia. Las dos estancias estaban amuebladas de forma casi idéntica: cortinas blancas con volantes, lámparas con pantallas también blancas, antiguas librerías de caoba y alfombras de un rosa pálido del mismo tono que las rosas estampadas

en la tapicería de cretona que cubría sillones y sofás. ¿No se habría cambiado el mobiliario desde que aquella casa se dispuso por primera vez para Rosa Diamond? Probablemente no. El par de taburetes de madera de teca tallada con incrustaciones de mármol rosa en la parte superior, veteados como un embutido, eran de su época. La cretona floreada era una moda nueva por entonces, importada de Inglaterra. Debió de ser ella la que amuebló las dos estancias con los mismos colores para que pareciesen una sola cuando se abrieran las puertas. Tal vez fue ella la que hizo poner esas puertas para que la chimenea, que no era muy grande, tuviera menos espacio que calentar en los días de otoño. No había radiadores. Por supuesto, no era de esperar que los hubiese en una antigua casa de verano como aquella. ¿Sería ella la que decidió dividir el salón con puertas ventanas para que, cuando estuvieran cerradas, se viese la ventana mirador del fondo y así poder contemplar las vistas del mar?

Todo aquello revivió de pronto a Rosa Diamond, por unos instantes, en la imaginación de Basil. Cabello rojo intenso, recogido detrás de las orejas con el peinado típico de la época, y la falda larga y estrecha abierta por delante que acababa de reemplazar a las de corte acampanado que estaban de moda pocos años antes. En verano, sería de tejidos finos. Gris o blanco o verde o azul pálido… Nadie se atrevería a llevar otros colores siendo pelirroja en 1912. ¿Y qué había dicho Faustina? Una sombrilla de mango largo, de lino blanco bordado. En invierno vestiría con pieles de foca. El visón se consideraba entonces una pobre imitación de la marta. Y tendría un sombrero negro con plumas de avestruz caídas, de esas que llamaban *retour d’Auteuil* por las mujeres que, al volver un día de las carreras en coches descubiertos, se vieron sorprendidas por una tormenta de verano…

Rosa fue para él una imagen muy real durante esos segundos, una esbelta figura de cabello llameante en esa misma habitación, junto a la ventana mirador abierta a la brisa salada y cálida del verano o sirviéndose una taza de té frente al acogedor fuego de leña del hogar en el crepúsculo de una tarde de otoño. Y junto a ella, inclinado para aspirar la fragancia de su pelo y acariciarlo con los labios… No. Ahí la evocación se frustraba. El hombre que había sido el último amante de Rosa y el padre de Faustina seguía siendo una sombra, casi un vacío… ¿Alguna vez se habría arrepentido? No, no la mujer que Basil se representaba tan vivamente en el pensamiento. Ella habría sonreído y habría citado a Marvell:

*La tumba es un lugar íntimo y hermoso,*
*pero creo que allí nadie se abraza.*

Todo esto se le pasó por la cabeza a mayor velocidad que el sonido o que la luz, la velocidad del propio tiempo. El tipo con el chaquetón del ejército acababa de empezar a hablar.

—... y la señorita Crayle se subió a mi taxi cuando llegó en el tren de las once menos veinte de anoche. Caían chuzos de punta, así que fui a la estación por si podía recoger a algún pasajero, aunque no estamos en temporada. La traje aquí y la dejé en las mismas escaleras del porche para que no se mojara. Incluso le subí las maletas, y eso que solo me había dado diez centavos de propina. Cuando me metí de nuevo en el coche, ella estaba arriba, con la llave ya en la cerradura. Arranqué el motor y miré para atrás, a ver si tenía sitio para dar media vuelta sin atropellar los rosales. Entonces la vi. Había dejado la puerta abierta y estaba encendiendo una lámpara en el vestíbulo. Vi las maletas ahí dentro y el llavero colgando de la cerradura de la puerta. Y lo último que vi fue que estaba de pie junto a la lámpara que acababa de encender y que al lado había un reloj en la pared que marcaba las once y cinco, igual que el de mi salpicadero. Luego conseguí dar la vuelta, aunque estaba muy justo, y fui como pude por la arena mojada hasta la carretera. Cuando llegué al cruce, me encontré de frente con otro coche que iba hacia la casa de la señorita Crayle. A las once y veinticinco estaba de vuelta en el garaje. Y yo no sé más.

Basil miró a Sears.

—¿Cuál es el problema?

—El coche con el que se cruzó era el de la señorita Von Hohenems. Ella recuerda haberse encontrado con un taxi en el desvío. Cuando llegó aquí, la puerta principal seguía abierta y con la llave en la cerradura. La lámpara del vestíbulo estaba encendida y el reloj marcaba las once y veinte. Las maletas estaban junto a ese arco. La señorita Crayle estaba aquí, tirada en el suelo, cerca del interruptor de la luz, y muerta. El médico dice que no había signos de violencia en el cuerpo, solo un corazón enfermo que se rindió y dejó de latir cuando la señorita Crayle iba a dar la luz en esta habitación un minuto después, más o menos, de que Ronson, aquí presente, la dejara en casa y se fuera.

—Sigo sin entender cuál es el problema —repuso Basil—. Los dos testimonios, el de la señorita Von Hohenems y el de este hombre, parecen coincidir en todos los detalles. Es fácil reconstruir el resto: la señorita Crayle hizo lo que la mayoría de las mujeres hacen al llegar solas por la noche a una casa vacía y a oscuras. Lo dejó todo, la llave en la cerradura, las maletas en el vestíbulo, todo, hasta haber encendido algunas luces. Por desgracia, murió sola en la oscuridad antes de que le diera tiempo a encender más que la del vestíbulo.

—Muy bien, vayamos un poco más despacio —contestó Sears—.

Viene directamente a esta habitación desde el vestíbulo. No se para a hacer nada más. No se quita el sombrero ni el abrigo ni nada excepto un guante. Deja las maletas en la entrada. Ni siquiera se entretiene en cerrar la puerta principal ni en coger la llave. ¿Cuánto pudo tardar? En llegar desde la mesita del vestíbulo al interruptor de la luz de esta habitación.

—Menos de un minuto, supongo.

—Bien. Entonces, debió de morir mientras Ronson conducía hacia los pinares, cuando aún estaba al alcance de la vista desde la casa. Dice que iba a unos cuarenta por hora, de modo que tardaría como ocho minutos en llegar al cruce donde se encontró con el coche de la señorita Von Hohenems. Así que esta señorita y él se cruzaron a las once y trece. Y la señorita Crayle ya debía estar muerta a las once y trece, ¿verdad?

—Muerta o moribunda —admitió Basil—. Está claro que tuvo que desplomarse justo después de que Ronson la dejara a las once y cinco, puesto que no tuvo tiempo de encender esta luz.

—Solo tuvo tiempo para eso —corrigió Sears—. El interruptor estaba en posición de encendido, pero no había luz porque las dos bombillas del techo están fundidas. ¿Cuánto pudo tardar en pulsar el interruptor? ¿Unos segundos?

—No más. ¿Y qué?

—Pues que ocurre lo siguiente. —Sears se inclinó hacia delante con gesto belicoso y enfadado—. La señorita Von Hohenems afirma que, cuando cruzaba los pinares, después de las once y trece, casi atropella a una mujer que caminaba sola bajo la lluvia y a la cual reconoció como su amiga, la señorita Crayle, quien estaba en esta casa, muerta o desplomada y moribunda, al menos siete minutos antes. ¿Cómo podía estar la señorita Crayle a un kilómetro carretera abajo, alejándose de aquí, en ese momento…, a menos que uno de estos dos testigos esté mintiendo? ¿Y cuál de los dos miente, Ronson o la señorita Von Hohenems?

Se oyó una exclamación ahogada y el tintineo de cristales rotos al caer sobre el suelo de madera. La señora Lightfoot se miró perpleja la mano enguantada.

—Tenía los quevedos en la mano —intentó explicarse—. Creo que he aplastado las lentes.

# CAPÍTULO QUINCE

*Los hilos estaban empapados en vino*
*y todos parejos en la rueca…*

El coche de Basil salió disparado loma arriba y se metió en los pinares de cuento de hadas. Los envolvía el dulce aroma especiado del bálsamo, acentuado por la calidez del sol de la mañana. En lo alto del camino, ya al borde de la hondonada, redujo la velocidad hasta detenerse por completo.

—¿Es aquí donde ocurrió?

—Sí.

Gisela, a su lado, miró abajo, donde se había acumulado el barro durante la tormenta. Ahora empezaba a secarse y la superficie era una corteza uniforme que se iba agrietando. Más allá, la carretera giraba bruscamente a la izquierda, flanqueada por un semicírculo de pinos alineados con el rigor de una fila de soldados en firmes. Una gaviota volaba sobre los árboles, graznando de alegría bajo el sol. El rumor de las olas les llegaba como un constante martilleo; el león, ya no tan contento, rugiendo con el fondo de la garganta.

—Cualquier abogado defensor haría picadillo una identificación basada en un destello a la luz de los faros del coche —dijo Basil—. Sears lo sabe.

—Era Faustina. —Gisela se retiró el oscuro cabello de las sienes, blancas y marmoladas de venas azules, e hizo presión sobre ellas con las yemas de los dedos como para calmar las punzadas de un dolor de cabeza—. Le vi la cara, los ojos, tan claro como te veo a ti ahora.

—Pero solo un instante —le recordó él.

—Noté el impacto en el coche, como si la hubiera golpeado, y luego… Allí no había nada.

Dejó caer las manos sobre el regazo. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento mientras el aire jugueteaba con su pelo.

—Faustina murió de un paro cardiaco —siguió luego—. Antes de que llegaras, el teniente Sears ha comentado que fue una lástima que el corazón le fallase justo en ese momento, cuando no había nadie

para ayudarla. Incluso ha dicho que podría haberse salvado si hubiera estado con alguien que llamara a un médico… ¿No crees que tiene que haber una razón para que muriese en ese preciso instante? Ni siquiera los enfermos del corazón se caen muertos sin más, sin ningún motivo en absoluto, ¿no? Siempre hay algún pequeño esfuerzo extra o un sobresalto que sobrecarga el músculo y lo hace fallar.

—Llevó las maletas desde el porche hasta el vestíbulo —sugirió Basil.

—Pero no pesaban.

—Estaba cansada por el viaje y por todas las preocupaciones de los últimos días.

—Supongo. —Gisela abrió los ojos sin levantar la cabeza y contempló la infinitud azul que se extendía por encima de los árboles —. ¿No nos enseña la medicina moderna que la muerte física es un proceso lento, no el hecho súbito que parece a ojos de la ley?

—La muerte legal se establece en el momento en que el corazón y la respiración se detienen —contestó Basil—. Pero hay quien ha considerado el *rigor mortis* «la agonía de los músculos». Una fase de la muerte que tiene lugar después de que el corazón y la respiración se paren. Durante la guerra, los fisiólogos rusos aseguraban haber revivido a algunos soldados una hora después de declararlos legalmente muertos al conseguir reanimar el corazón.

—¿Lo ves? La muerte legal es una ficción. La elaborada ceremonia del enterramiento ha cegado a las personas civilizadas ante el hecho de que morir es un proceso largo y lento de la naturaleza. Quizá lo que llamamos «morir» se mezcla de manera indiscernible con los procesos de descomposición y nadie está «muerto» de verdad hasta que el propio cuerpo desaparece. Los abogados y los forenses pueden decir que tal o cual momento es el instante exacto de la muerte, pero en realidad no es algo en absoluto momentáneo. Es una desintegración gradual de las fuerzas organizadoras que mantienen el cuerpo con un índice dado de crecimiento y temperatura y funcionando como un todo. El último aliento no es el final de la vida, sino el principio de la muerte, un proceso que no acaba hasta que el cuerpo se ha podrido.

—¿Sugieres que Faustina pudo morir despacio? ¿Tan despacio que fue capaz de llegar a la carretera y volver otra vez a su casa antes de desplomarse?

—No. —Gisela extendió un esbelto pie calzado con un elegante zapato de piel de aligátor marrón, pero embarrado—. No tenía barro en los zapatos. Estaban limpios y secos. Ni siquiera tenía las medias salpicadas de lluvia.

—¿Y entonces?

—Si la auténtica muerte es una desintegración lenta, y si pueden

existir las apariciones inmateriales de una persona viva, ¿podría esa aparición sobrevivir a la muerte legal del cuerpo físico, aunque fuera poco tiempo? Sobre todo, si esa muerte ha sido repentina, una súbita parada del corazón y de la respiración, y no la verdadera muerte.

Basil sonrió.

—Ya hemos llegado. El origen de todas las historias de fantasmas.

—¿A qué te refieres?

—Históricamente, la idea de un doble de los vivos parece preceder a la idea de un doble de los muertos. La mayoría de los antropólogos creen que la idea del doble tiene su origen en las imágenes, de nosotros mismos y de los demás, que vemos en sueños. Una vez que los primitivos egipcios o los griegos empezaron a creer en el *ka* o *eidolon*, el siguiente paso era preguntarse si esas apariciones inmateriales dejaban de existir con la muerte del cuerpo o si tal vez podrían seguir viviendo de manera independiente. Así nació ese miedo a los fantasmas que hizo que los romanos siempre hablasen bien de los muertos y que poco a poco, con el tiempo y con la evolución de las ideas, se transmutó en una esperanza de inmortalidad.

—Ojalá pudiéramos saber en qué momento exacto dejó de latirle el corazón.

—¿Por qué?

—Porque tal vez fuera justo cuando yo noté el impacto sobre el coche y cuando las luces se apagaron.

Basil la miró perplejo.

—No creerás que…

—No puedo evitar preguntármelo. ¿Murió la auténtica Faustina de la impresión en el mismo instante en que yo golpeé con el coche a su imagen errante? ¿Fue el impacto sobre la sombra lo que acabó con la sustancia?

Basil cabeceó de lado a lado.

—Qué conversación tan extraña para dos personas de considerable madurez y entendimiento que viven en el siglo veinte. Es un eco de la mitad de los mitos de *La rama dorada*. El antiguo mito totémico de la doncella que muere cuando talan el sauce y el hombre que aparece sin la mano derecha después de que un cazador le haya cortado la pata a un lobo. Los hombres primitivos creían que el doble podía meterse en un animal o en una planta, o incluso en una piedra, que sufriría o moriría al destruirse su morada temporal.

Gisela ladeó la cabeza y lo miró, sonriendo apenas ante sus propias fantasías.

—Yo vi la figura en la carretera, tú no. Por eso nunca conseguiré que entiendas lo real que era. ¿Tienes alguna otra explicación?

—Todavía no, pero hay varias cosas más que me gustaría saber.

—¿Como qué?

—¿Por qué vino Faustina hasta aquí ayer? Le aconsejé encarecidamente que se quedase en Nueva York durante unos días. Creía que había decidido hacerme caso.

—Cuando hablé con ella por teléfono, me comentó que iba a encontrarse con alguien en su casa este fin de semana, una persona a la que quería presentarme, pero entonces yo no tenía claro si iba a poder venir.

—Así que vino sola… —añadió Basil pensativo—. Y la muerte la estaba esperando.

Gisela repitió despacio aquellas últimas palabras:

—La muerte la estaba esperando. Pero ¿en forma de qué? ¿Cómo ocurrió?

—No lo sé —admitió él. Luego vio que Gisela tenía la cara demacrada y ojeras oscuras—. Voy a llevarte al hostal del pueblo y te recetaré algo para dormir. Volveré a buscarte a la hora de la cena.

El restaurante estaba en una bonita casa de madera blanca sobre una pequeña elevación del terreno en un parque sombreado por los árboles. En la penumbra del anochecer, se veía la acogedora luz del porche cerrado con ventanales de cristal donde las copas y la cubertería brillaban sobre las mesas.

Gisela respiró hondo aquel aire limpio del campo y suspiró.

—Cuesta creer que este sea el mismo mundo de anoche, con la lluvia y el barro y la oscuridad, y el cuerpo de Faustina tirado inmóvil en el suelo.

Basil estaba ojeando la carta de vinos.

—Voy a pedir un borgoña blanco. Con que sea un poco bueno, ya será estupendo. Quiero que te bebas varias copas y que olvides todo lo de anoche.

—¿Qué ha pasado con la señora Lightfoot mientras he estado durmiendo?

—Ha vuelto a Brereton. Sears le ha prometido que haría lo que estuviese en su mano para evitar cualquier mención de la escuela en los periódicos. Era lo único que le preocupaba.

—No puede ser tan fría. ¡Si hasta ha roto las gafas!

—Se ha sorprendido. Igual que yo, en ese momento. Pero dentro de diez días o así, lo habrá borrado todo de su mente. Es lo que se hace cuando un recuerdo resulta desagradable o inoportuno.

—¿El coche estaba muy mal? Ya te dije que me lo habían prestado.

—Un cortocircuito, como sospechabas. Ya está en el taller. Puedes llevártelo de vuelta a Brereton mañana.

—¿Por qué no esta noche?

—Hoy te quedarás otra vez en el hostal. Lo he acordado así con la señora Lightfoot. Todo esto ha sido una impresión muy fuerte y debes descansar otras veinticuatro horas.

—¿Pero y tú…?

—Yo voy a echar un último vistazo a la casa de Faustina ahora que se ha ido la policía. Sears me ha dado la llave.

Un camarero les llevó el borgoña y Gisela dio un sorbo. Sus ojos recuperaron la chispa, y sus mejillas, algo de color. Cuando volvió a apoyar la mano en la mesa, Basil dejó descansar la suya encima.

—Así está mejor.

Por un instante, sintió una felicidad y una paz absolutas. Pero solo por un instante. Cuando el camarero se fue, un joven de pinta desastrada se acercó a ellos a hurtadillas.

—¿Señorita Von Hohenems?

Gisela alzó la vista y perdió parte de su recién recobrada lozanía.

—¿Sí?

—Represento al *Daily Reflector*, de Nueva York. ¿Querría hacer una declaración diciendo que anoche vio a Faustina Crayle en la carretera?

Basil estrechó la mano de Gisela con firmeza. Podría haber fulminado a aquel tipo con la mirada.

—La señorita Von Hohenems no tiene nada que declarar ante la prensa.

—¿Quién es usted? —le preguntó el joven.

—Me llamo Willing.

—¿Basil Willing? ¿El psiquiatra de la Fiscalía de Distrito?

—Sí.

—¿Es usted pariente de la señorita Von Hohenems?

—No. Soy su prometido.

—Ah… —El reportero se quedó desconcertado, pero no por mucho tiempo—. ¿Puedo publicar eso?

—Por supuesto, pero no tenemos ninguna otra información que darle. ¿He hablado con suficiente claridad?

—Claro. Desde luego. Disculpen.

El muchacho se fue corriendo. Basil le oyó preguntar al primer camarero que encontró dónde estaba el teléfono más cercano.

Ahora Gisela tenía las mejillas de un rojo ardiente que hacía que sus ojos parecieran aún más oscuros y brillantes.

—Es una forma muy extraña de proponer matrimonio —dijo en voz baja y humilde.

—Lo siento. En ese momento me ha parecido una buena idea, teniendo en cuenta las circunstancias.

—No me has dado la opción de decir que no, ¿verdad?

—No. ¿Quieres?

—No.

—¿Quieres decir que… sí?

—¡Sí!

Se echaron los dos a reír, recreándose en la absurda confusión como si fuera la ocurrencia del ingenio más agudo. Estaban allí sentados, mirándose el uno al otro, sin acordarse del vino ni de nada más.

Luego una sombra nubló el brillo en los ojos de Gisela.

—¿Por qué lo sabía? El teniente Sears me ha dicho que no se lo contaría a la prensa.

—Sears no es el único que puede habérselo contado. Tal vez otro de los policías o el taxista mismo hayan dejado escapar alguna insinuación. Luego los periodistas se lo han preguntado al teniente y él no se ha atrevido a negarlo. A lo mejor incluso piensa que la publicidad te asustará y cambiarás tu versión. Creerá que te lo has imaginado todo y, si no, estará deseando que utilices la imaginación ahora y te retractes. Tu testimonio es lo único que enturbia su informe. Si lo retiras, puede volver al relato lógico de la muerte natural y olvidarse del asunto. Cogeremos algunos diarios vespertinos cuando volvamos al hostal y comprobaremos lo que les ha dicho. Ahora, vamos a bebernos este vino francés, que probablemente será de California, con nuestro lenguado inglés, que será una platija autóctona…

No encontraron ningún quiosco de prensa antes de llegar de nuevo al hostal. Allí, los únicos periódicos de Nueva York eran los dos tabloides cuya ostentosa presentación de la vida urbana resulta tan atractiva para las grises y monótonas comunidades de granjeros y pescadores.

Podría haber sido peor. En uno decían que Gisela era una hermosa condesa austriaca. El otro la describía como una de tantas refugiadas extranjeras avariciosas que estaban robando el trabajo a los esforzados estadounidenses. Ambos relatos, no obstante, trataban los dos testimonios como una simple discrepancia: Gisela decía haber visto a Faustina en la carretera después de la hora a la que el taxista afirmaba haberla dejado en casa. Ni Sears ni los periodistas, claro, habían oído las historias que se contaban de Faustina en Maidstone y en Brereton. Basil se estremeció un poco al pensar en lo que los tabloides podrían hacer con aquello…

De camino a la casa de la playa, se pasó por el taller para asegurarse de que el coche de Gisela estaría listo por la mañana. El lugareño flacucho de los vaqueros estaba apoyado en un surtidor de gasolina, leyendo el peor de los dos diarios sensacionalistas a la luz de

una bombilla de trabajo sin pantalla.

—El coche ya está —anunció mientras se acercaba a Basil—. ¿Ha visto los periódicos de la tarde?

—Sí.

—Curioso.

—Sí.

El tipo parecía indeciso y sus ojos grises escudriñaban el rostro de Basil en busca de un gesto que lo animara a continuar.

—No es la primera vez, ¿sabe?

—¿A qué se refiere?

—Bueno… —Se quedó mirando una mancha de grasa en el asfalto —. Algo raro tenía esa señorita Crayle. Una noche, este mismo otoño, iba yo conduciendo mi vieja tartana y la vi andando sola por la carretera. Paré y me ofrecí a llevarla, pero ella siguió su paso sin decir esta boca es mía, pero ni hablar ni pablar, oiga, como si no me hubiera oído. Me espiné un poco. Mi tartana no es gran cosa, pero aún anda. Así que me fui. Luego, a la semana, vino un domingo. Estaba dando clases en no sé qué escuela de Connecticut. La vi en la oficina de correos y le comenté algo sobre ese otro día, pero me dijo que me habría confundido, que ella no había vuelto al pueblo desde el verano pasado. Raro, ¿no?

—Sí.

—¿Alguna vez había oído algo así?

—No exactamente.

—Mi abuela es escocesa. Dice que pasan cosas parecidas justo antes de que una persona vaya a… irse al otro mundo. Y ahora la señorita Crayle se ha ido.

Basil se dio cuenta de que el antiguo tabú de llamar a la muerte o al diablo por su nombre seguía tan vigente como siempre en aquel tipo. *Irse al otro mundo, se ha ido…* ¿Acaso esos eufemismos tan transparentes podían hacer la muerte más aceptable para alguien?

—Mejor no le cuente nada de eso a los periodistas de la ciudad —dijo en voz alta y serena—. No le creerían y es posible que publicaran alguna bufonada. Mala publicidad para su taller el verano que viene, cuando lleguen los visitantes…

Basil redujo la velocidad cuando llegó otra vez a los pinares. El coche bajó la hondonada y subió de nuevo al otro lado sin contratiempos. Esa noche, incluso si le fallaban los faros, nadie podría escabullirse por los bosquecillos sin que lo viera, pues una finísima luna nueva, afilada como una hoz de plata, brillaba entre los troncos de los árboles.

Dejó atrás los pinos y se encontró con una escena de absoluta soledad y belleza. La arena blanca se veía plateada a la luz de la luna.

Unas cuantas olas espejeaban casi igual de blancas en el borde del resonante vacío negro que era el océano. La brisa susurraba entre las ramas de los olivillos junto a la casa y la propia casa estaba oscura y silenciosa encaramada en su duna. Perfecta para un ermitaño o un poeta o una pareja de enamorados.

Basil salió del coche y cerró la puerta. Los ruidos sonaban más fuertes en aquel silencio desierto. Incluso sus pasos parecían amplificados cuando cruzaba el porche. Metió la llave en la cerradura; giraba con suavidad. Empujó la puerta principal y se detuvo en el umbral, atento a la quietud aún más profunda del interior. Estaba solo. El silencio tendría otro matiz si hubiera alguien más allí, vivo y respirando, por muy inmóvil que estuviese.

Se encontraba justo donde había estado Faustina tan solo veinticuatro horas antes. La tormenta arreciaba a su espalda y, aun así, la joven había dejado la puerta abierta, las llaves colgando de la cerradura. Luego había cruzado el vestíbulo y había encendido la lámpara de la mesita del teléfono. Basil fue haciendo lo mismo. Ahora veía exactamente la luz que daba esa lámpara en medio de la oscuridad. Lo que esperaba: un claro resplandor amarillo a la altura de su cintura. Por encima, las sombras se confundían con la oscuridad en el techo y en lo alto de las escaleras. Se dio la vuelta y entró al salón por el arco, como había hecho ella. Buscó a tientas el interruptor en la pared y lo encontró, pero no lo movió. Se quedó a un brazo de distancia y se giró para mirar en la dirección en la que Faustina estaba mirando cuando se desplomó.

Una vez más, la luz era más o menos como había supuesto. Una claridad diluida en la primera habitación y una penumbra sombría en la otra. Bajo esa luz tenue, la carpintería blanca, el papel de pared blanco y verde y la cretona con estampados rosas resultaban alegres y acogedores. Ni una sola señal que la advirtiese de lo inesperado, de lo siniestro… Y, sin embargo, la muerte la esperaba allí. ¿Cómo? ¿Y por qué?

Durante varios minutos se quedó allí de pie, observando, pensando. La bonita estancia era como un rostro insulso, impersonal, que guardaba sus propios secretos. ¿Habría un secreto que no podía guardar?

Al fin pulsó el interruptor. El globo blanco que colgaba sobre su cabeza se volvió amarillo e inundó el primer salón con una luz brillante que llegaba al otro como un resplandor más pálido, pero que aun así alcanzaba todos los rincones. La noche anterior, Sears había reemplazado las bombillas fundidas que habían desconcertado a Gisela.

Basil recorrió las dos estancias y se fue fijando en los detalles. La casa estaba bien cuidada. Cortinas recién planchadas y alfombras y

fundas limpias, aunque descoloridas por los lavados. La carpintería tenía ese tono cremoso vidriado de la madera que se ha repintado muchas veces, siempre de mano de un profesional. No había ni una grieta ni una burbuja ni un pelo de la brocha en toda aquella esmaltada superficie. Solo vio un fallo: unos cuantos rasguños en los marcos que sostenían los paneles de cristal de la doble puerta ventana entre los dos espacios. Eran tan finos que podía haberlos hecho una afiladísima aguja de zurcir. Parecían recientes.

Basil apagó la luz del techo y encendió una lámpara de mesa. Había leña y astillas en una cesta de mimbre junto a la chimenea. Hizo una pirámide de madera y papel en el hogar, le prendió fuego y acercó un sillón. Se encendió un cigarrillo y se recostó, con los ojos clavados en las crepitantes llamas. Absorto en sus pensamientos, apenas se dio cuenta cuando el fuego empezó a consumirse. El silencio parecía más denso que nunca ahora que el chisporroteo del fuego se había apagado…

Se metió la mano en un bolsillo y sacó la pitillera. Solo le quedaba un cigarrillo. Se lo encendió y, con el mentón retraído y la cabeza inclinada hacia atrás, apoyada en el alto respaldo del asiento, exhaló el humo. En aquella postura, su distraída mirada recaló en un espejo que había sobre la repisa de la chimenea y que reflejaba el arco de la entrada. Sin darse cuenta, el cigarrillo se le cayó de entre los dedos.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí esa silenciosa figura, de pie en el mortecino umbral del arco, de espaldas al vestíbulo? Una figura alta y delgada con un abrigo claro. Un sombrero oscuro que cubría a medias un rostro exangüe. Unos ojos pálidos y empañados que se encontraron con los suyos en el espejo; los ojos de una mujer muerta, Faustina Crayle. Y si él podía ver esos ojos en el espejo, esos ojos podían verlo a él. Recordó el cándido asombro que sintió, en su lejana infancia, cuando le dijeron aquello por primera vez: si puedes ver a otra persona en un espejo, esa otra persona puede verte a ti, incluso si tú no ves tu propia imagen reflejada…

¿Estaba solo en el espejo? Si se daba la vuelta, ¿estaría el umbral del arco tan vacío como silencioso? ¿Se había quedado dormido mientras meditaba frente al fuego?

La imagen del espejo se movió. Basil no oyó ningún ruido tras él, pero sí notó otra cosa, un fugaz aroma de hierbaluisa. Sin darse la vuelta, dijo en voz alta:

—Será mejor que pase.

# CAPÍTULO DIECISÉIS

*Las partidas que los hombres juegan con la Muerte*
*y que la Muerte ha de ganar…*

Luego Basil se levantó para mirar hacia el arco. El repentino movimiento creó una ligera corriente de aire, y el fuego, moribundo, relumbró por un instante con una última llama.

—En cuanto me percaté de su parecido con Faustina Crayle —continuó—, supe que era usted la única persona con la que sería posible confundirla físicamente. Cabello rubio ceniza, cabeza menuda y rostro ovalado con la nariz prominente y los labios finos, ojos azules y empañados y esa figura algo aristocrática: caderas estrechas, muñecas y tobillos finos, manos y pies esbeltos. Ella era alta para ser una mujer, usted de mediana estatura para un hombre. No tiene la piel tan pálida ni camina con esa estudiada postura de hombros un tanto caídos y su expresión es más descarada y alegre, mientras que ella era más afable y tímida, pero todo eso son detalles superficiales que podían disimularse. El padre de Faustina murió en 1922 y usted nació en 1925, de modo que tuvo que ser su abuelo el amante de Rosa Diamond y padre de Faustina Crayle. Faustina era la medio hermana ilegítima de su padre y, por tanto, su tía carnal. Sin embargo, no estoy seguro de por qué quería que muriese. ¿Era solo para heredar las joyas que su abuelo le regaló a la madre de ella o se trataba de un morboso impulso sentimental por destruir a la hija de una mujer que había herido el orgullo de su abuela y se había quedado con unas joyas que usted considera que le pertenecen?

—Doctor Willing, le doy mi palabra de que yo no he matado a Faustina Crayle. No estaba aquí cuando murió.

—¿Puede demostrarlo?

—Por supuesto que no. Un hombre inocente no se preocupa de buscarse una coartada. Pasé la noche en casa, tranquilo, yo solo. Pero entiendo algo de leyes, estudié un año de Derecho, y sé que la mera ausencia de una coartada jamás ha condenado a nadie. Para eso, necesitaría un testigo que me situase en el lugar del crimen a la hora exacta o aproximada en la cual se cometió. ¿Lo tiene? Tal vez haya

algunos que vieron o creyeron ver a Faustina Crayle, o a alguien que se le parecía, en la carretera. Difícilmente será eso lo mismo que identificar a Raymond Vining, ¿no cree? No en un juicio por asesinato, donde los hechos deben demostrarse más allá de toda duda razonable…

»Otra cosa que tendría que relacionar conmigo es el medio y, por lo que ha dicho la policía estatal, eso también sería imposible. No había ninguna herida en el cuerpo. Murió de un paro cardiaco y, aunque ya veo que no me cree, le aseguro que yo no estaba presente.

—Eso último sí lo creo —repuso Basil sin alzar la voz—. Estaba sola cuando murió y, aun así, fue asesinada.

Vining se sorprendió.

—¿Cree que sabe cómo ocurrió?

—Estoy seguro. Y usted también.

—Doctor Willing, ojalá no utilizara ese tono conmigo. Yo no tengo ni la menor idea de cómo falleció esa mujer y, una vez conozca mi versión de la historia, puede que entienda por qué estoy tan desconcertado con todo este asunto. Quizá entre los dos podamos reunir todas las piezas y esbozar alguna explicación sobre lo que pasó en realidad. ¡Ojalá fuera así! De lo contrario…

—¿De lo contrario qué?

—Viviré el resto de mis días sin saber nunca dónde acaba la realidad y dónde empieza la ilusión. Seré como un hombre que camina por terreno pantanoso, siempre dudando de si el siguiente paso lo llevará a tierra firme o acabará en arenas movedizas.

Vining salió de entre las sombras del arco y se detuvo en medio del salón. La ilusión se desvaneció. A la luz de la lumbre y de la lámpara de mesa, era una figura común y corriente: un hombre alto, delgado y rubio con sombrero oscuro y abrigo claro de pelo de camello natural. Dejó el sombrero a un lado, se quitó el abrigo y acercó una silla a la chimenea. Le ofreció a Basil un paquete de cigarrillos sin abrir.

—He visto que se ha fumado el último que tenía. Llevaba un rato ahí antes de que me viera en el espejo.

—¿Por qué?

—Me ha sorprendido, no sabía qué estaría haciendo aquí. Al ver la luz, he pensado que la policía habría dejado a alguien de guardia, pero cuando he llegado al arco y he visto su rostro en el espejo…

—No he oído ningún coche.

—Vengo andando desde la estación. No he encontrado ningún taxi y mi coche lo vendí hace unos días.

—Tampoco he oído pasos.

Vining extendió los pies, calzados en unos bonitos zapatos de piel de becerro marrón y lustrosos como una vieja silla de montar de

cuero.

—Suela de crepé.

—Tiene gustos caros, ¿por qué ha vendido su coche?

—Estoy pelado. ¿Y quién no en estos tiempos? Mi mínimo para vivir con comodidad son mil al mes, doce mil al año. Gano tres mil quinientos como vendedor de bonos e ingreso seis mil de unas acciones de mi abuelo que se han depreciado. No me llega, aunque no me muero de hambre.

—Las joyas que su abuelo le regaló a Rosa Diamond pueden haberse revalorizado. ¿Sabía usted de su existencia?

—Sí, Rosa le habló a mi abuelo de sus planes antes de que este muriera. Él se lo contó a mi padre y mi padre me lo dijo a mí. He hablado con Watkins esta tarde, cuando he visto la noticia de la muerte de Faustina en los periódicos. Vining es uno de los seis apellidos de la lista. Recibiré un par de pendientes de rubíes valorados hoy en treinta mil dólares y esta casa. Justo antes de morir, Faustina hizo testamento y le dejó la casa al abogado, pero él insiste en traspasármela a mí porque era de mi abuelo. Está demasiado aislada para la mayoría de la gente, así que no valdrá más de seis o siete mil, como mucho. En total, de la muerte de Faustina saco unos treinta y siete mil dólares. Incluso conociendo la cantidad exacta de antemano, ¿de verdad cree que tramaría un asesinato por eso?

Basil suspiró.

—Han matado a hombres por mucho menos. Y a mujeres.

—Sí, ya sé que ha habido hombres apuñalados por cincuenta centavos y niños envenenados por un seguro de apenas unos miles de dólares. Pero no a manos de personas cuerdas con una renta de nueve mil quinientos al año y una posición que perder.

—Treinta y siete mil dólares le vendrían muy bien ahora mismo. Y debía de odiar a la hija de Rosa Diamond.

—En absoluto. No soy un romántico morboso. Mi abuelo conoció a Rosa Diamond después de abandonar a mi abuela y todo aquello ocurrió mucho antes de que yo naciera. Es difícil que algo me impresione y no soy de los que arrastrarían una ofensa familiar durante tres generaciones. De hecho, siempre he creído que el asunto de Rosa Diamond le daba cierto aire de atrevimiento elegante a lo que era, por lo demás, una familia muy tiesa y respetable. Estoy bastante orgulloso de ello.

—¿Por qué ha venido aquí esta noche?

—A echar un vistazo a la casa, ahora que es mía. Durante el día, no puedo escaparme de la oficina tan a menudo como me gustaría.

—¿Cuándo vio por primera vez a Faustina Crayle y descubrió su parecido físico con usted?

—Si fuera espabilado, supongo que no se lo diría. No obstante, voy a arriesgarme porque tal vez usted pueda explicar las cosas que yo mismo no entiendo. La única que sabía la verdad era Alice, y ahora está muerta.

Basil lo interrumpió.

—Hace mucho que me di cuenta de que Alice y Faustina no eran el único vínculo entre Maidstone y Brereton. Usted también tenía relación con las dos escuelas porque el año pasado estaba prometido con Alice, cuando ella estudiaba allí.

—Así empezó todo.

Vining se inclinó hacia delante, con la mirada fija en el fuego y las manos colgando entre las rodillas. Por fin Basil pudo dar forma y entidad a la figura que había estado junto a Rosa Diamond en esa misma habitación tanto tiempo atrás, pasándole las páginas de la partitura en el piano o tomando una taza de té frente a la chimenea. Un hombre esbelto y ágil de pelo ensortijado con reflejos áureos a la luz del fuego y cuyos ojos azules eran iguales que los de Faustina y los de Meg, de un brillo neblinoso como zafiros estrella, pero, por el contrario, vivarachos, atrevidos y socarrones…

—Maidstone era un internado muy estricto —prosiguió Vining—. No se admitían visitantes varones salvo los domingos y con supervisión. Para mí suponía un reto. Usé un truco tan antiguo como la Roma pagana. ¿Recuerda cómo la intrusión del joven Clodio, vestido de mujer, en un rito religioso donde estaba prohibida toda presencia masculina provocó que César se divorciara de su esposa por no considerarla ya libre de cualquier sospecha? Como Clodio, yo era joven, bastante delgado y lampiño. Sabía que podría pasar por una muchacha de tantas si me ponía un sombrero y un abrigo de mujer, medias y zapatos, y me mantenía a una distancia prudente de otras personas y a media luz. Casi todas las chicas de Maidstone tenían abrigos de pelo de camello, así que eso era fácil. El ala del sombrero me tapaba la cara, pero, por si acaso, me empolvé las mejillas con maquillaje blanco y, debajo del sombrero, me puse lo que los peluqueros de señoras llaman «transformación», una peluca del mismo color que mi pelo. Entré por una de las puertas ventanas, me colé por la escalera de servicio y subí a encontrarme con Alice en una terraza mientras todo el mundo estaba abajo. Fue divertido. Le añadía ese toque picante de la conspiración a algo que, de otra forma, no habría sido más que un coqueteo bastante absurdo…

»El domingo siguiente, cuando visité a Alice de manera oficial, con mi propia ropa, se desternillaba de risa cuando me dijo que no había pasado solo por una muchacha de tantas, sino que me habían confundido con una en particular, una de las profesoras más jóvenes, Faustina Crayle. Alguien que llegaba al colegio por el camino de la

entrada me había visto en la terraza y se había enzarzado en una discusión con otra chica, que insistía en que Faustina estaba en la biblioteca en ese momento.

»Nunca había oído el nombre de Faustina, pero sabía que el auténtico nombre de Rosa Diamond era Rose Crayle y que había tenido una hija cuyo apellido debería haber sido Vining. Así que enseguida sospeché por qué Faustina Crayle y yo nos parecíamos tanto. Incluso se lo conté a Alice.

—Y entonces, como la primera vez le salió tan bien por casualidad, se aprovechó a propósito del parecido con Faustina y se vestía de mujer cada vez que quería visitar a Alice en secreto, ¿no? ¿Seis veces en total?

—De eso se trata. —Vining seguía contemplando el fuego de la chimenea. Su resplandor le desempolvaba la palidez de las mejillas con un polen de luz—. Esa es la cuestión. Lo que no puedo explicar y usted no va a creer.

—¿El qué?

—Es extraña la sensación que te invade cuando una broma se convierte en… otra cosa. Dos semanas después, tanto Alice como yo estábamos en Nueva York para pasar las vacaciones de Navidad y me la encontré en un baile de subdebutantes. Estaba enfadada. Todavía recuerdo sus palabras exactas: «Conque has vuelto a hacerlo. ¡Pues más te vale tener cuidado! Una vez es suficiente. Si sigues con esto, al final te descubrirán y nos meterás a los dos en un lío».

»Creo que le dije algo así como: «¿De qué hablas?», y entonces siguió: «Alguien te vio en Maidstone la semana pasada, vestido de mujer otra vez. Supongo que te acoquinarías antes de llegar a mi habitación y te fuiste sin verme».

»Le dije que eso era una tontería, que yo no había estado allí y que no intentaría hacer algo así dos veces, pero, para mi sorpresa, no me creyó. Otras dos chicas habían discutido porque decían haber visto a Faustina en sitios distintos al mismo tiempo. Era todo tan aparente que, como yo lo negaba, Alice dio por hecho que me estaba viendo con otra chica en Maidstone. Se puso como loca de celos. Por eso nos peleamos y pusimos fin a nuestra amistad.

Vining se volvió para mirar a Basil con esos ojos pálidos tan parecidos a los de Faustina en todo salvo en la expresión.

—Doctor Willing —siguió—, le doy mi palabra de honor de que solo entré en Maidstone vestido de mujer una vez. No me habría atrevido a arriesgarme una segunda. De modo que, ¿qué pasaba realmente allí? ¿Qué es lo que veían?

Basil escudriñó aquel rostro joven y serio.

—Tal vez su única aparición como Faustina dio pie luego a la

histeria y a la deformación de la realidad, alentadas por los libros de parapsicología que la señorita Maidstone tenía en su despacho.

—Y entonces, ¿qué ha ocurrido en Brereton?

—Supongo que negará que, tras descubrir por casualidad que podía suplantar a Faustina en Maidstone, planeó hacer lo mismo de forma deliberada en Brereton.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué iba a hacer algo tan inútil e imprudente? El año pasado, cuando hice esa ridícula travesura en Maidstone, y solo una vez, era un universitario de Harvard. Este año soy un hombre que tiene que ganarse la vida y mantener a una hermana pequeña. ¿Por qué iba a malgastar tiempo y atención en una broma tan pesada e interminable? ¿Para qué asustar a unas cuantas colegialas, incluida mi propia hermana, y echar a la pobre Faustina de un trabajo que necesitaba? ¡Una broma que no iba a poder compartir con nadie!

—Podría haberla compartido con la señorita Aitchison.

—A Alice no le hacía ni pizca de gracia. Cuando la bola empezó a hacerse más grande, temió que se descubriera la verdad sobre aquella primera vez y que los dos pagásemos las consecuencias. Sobre todo, tenía miedo de que se enterase Faustina. En Brereton, Alice trató de intimidarla haciéndole creer que era ella misma la que gastaba esas bromas de lunática de forma inconsciente.

»El día de la fiesta de Brereton, me fui pronto porque Alice me había pedido que me reuniera con ella en el cenador a cierta hora. Allí estaríamos solos. Hacía tanto frío que la gente no saldría al jardín y estábamos demasiado lejos de las ventanas del salón para que nadie nos oyese. Alice echaba humo. Quería verme a solas para preguntarme por qué seguía haciéndome pasar por Faustina Crayle. Creía que estaría viéndome con alguna otra chica en Brereton. Incluso intentó ponerme celoso diciéndome que iba a casarse con Floyd Chase.

—¿Y qué contestó usted?

—¿Qué iba a contestar? Cuanto más me daba cuenta de que hablaba en serio, más me sorprendía. Ni siquiera me había enterado de que el doble estaba apareciendo en Brereton. Pero era imposible discutir con Alice, así que la dejé allí sola, junto al cenador, y fui a la entrada a por mi coche para volver a Nueva York. ¿Se imagina cómo me sentí? Hay una vieja historieta de un médium charlatán, ¿puede ser el *Sludge*, de Browning? Da igual, un farsante que simulaba golpecitos fantasmales delante de sus clientes una noche tras otra y al final, un día, antes de que hubiera empezado con su comedia, se oyeron unos golpes. Solo él, de todos los presentes, podía saber que esta vez eran de verdad. Sin embargo, los demás se lo habían creído todo desde el principio, de modo que no podía decírselo sin descubrirse. Y si hubiera invitado a algún escéptico como testigo

independiente… En fin, aquel sitio estaba lleno de pruebas del fraude. Tenía que resultarle frustrante, ¿no cree? Saber algo así y no poder confiárselo a nadie. Y el miedo que tuvo que pasar, en el fondo, cuando se dio cuenta de que en verdad existía algo. Algo de lo que él se había burlado con su tosca imitación comercial. Algo que incluso podría estar molesto por esa burla…

»Una sola vez, en Maidstone, hice una absurda travesura estudiantil y todo lo demás parece haberse derivado de aquello. Pero ¿quién iba a creerme? Es mucho más razonable dar por hecho que soy un mentiroso, que soy yo el que está detrás de todo desde el principio… He pensado en una posible alucinación colectiva provocada por mi aparición como Faustina en Maidstone. Ojalá pudiera creer en algo tan sencillo. Pero cuando oí la historia de Meg y usted nos habló de Émilie Sagée, empecé a pensar en otra cosa…

»Tuvo que ser una impresión muy fuerte para la propia Faustina oír por primera vez los rumores de esa otra Faustina en Virginia, sobre todo después de leer los libros de la señorita Maidstone. ¿Podría esa impresión haber actuado como una especie de catalizador y desintegrar su personalidad de algún modo que no entendemos, y con ello hacer las otras apariciones psicológicamente posibles?

Basil contestó con voz pausada:

—Entonces, ¿cómo explicaría usted la muerte de Faustina?

—Un paro cardiaco puede deberse a un sobresalto, al miedo. Tal vez vino aquí sola y vio algo que la asustó. ¿Hay alguna otra explicación que aclare todos los hechos?

—¿De verdad quiere que se lo diga?

—Por supuesto, sí. Cualquier explicación sería mejor que esta sensación de intriga e incertidumbre.

—Bien. —Basil adoptó un tono juicioso—. Vayamos paso por paso. Daremos por hecho que está diciendo la verdad sobre su primer devaneo en Maidstone. Se vistió con ropa de mujer para encontrarse con Alice cuando ella estudiaba allí. Lo confundieron con Faustina. Como ella no podía estar donde lo habían visto a usted en ese momento, alguna doncella supersticiosa o alguna jovencita criada por una niñera supersticiosa empezó a cuchichear la vieja leyenda del *fetch* o *doppelgänger*. Poco a poco, la histeria se extendió a toda la escuela. La propia señorita Maidstone es aficionada a lo esotérico, de modo que fue psicológicamente incapaz de sofocar el brote como habría hecho una persona incrédula.

»Usted se enteró de todo esto por Alice. Reconoció el apellido Crayle y se dio cuenta de que el parecido se debía a una relación de parentesco. Sabía, gracias a su padre, que heredaría los pendientes de rubíes de Rosa Diamond si Faustina moría antes de cumplir treinta

años y sabía lo que valían. Le escoció el hecho de que usted, el legítimo heredero, hubiese recibido acciones y bonos que se habían depreciado mientras que Faustina, la hija ilegítima, iba a heredar unas joyas que ahora valían más. Puede que su padre le mencionara también que Faustina había heredado el corazón débil de su abuelo. Empezó a recrearse en la posibilidad de que Faustina muriese, pero no quería enfrentarse a un juicio por asesinato y, tal vez, acabar condenado. Fue entonces cuando entendió cómo podía aprovechar el que sus caminos se hubieran cruzado de aquella manera para matarla y, con una pizca de suerte, que no recayera ninguna sospecha sobre usted.

—¿Matarla? —Vining abrió los ojos como platos con aire de perplejidad, casi de inocencia—. Eso son palabras mayores, doctor Willing. ¿Cómo cree que pude hacerlo si ni siquiera estaba aquí?

—No estaba aquí cuando Faustina murió, pero pudo haber hecho una escapadita hace unas semanas, o unos meses, y asomarse por las ventanas cuando las persianas no estaban echadas.

—¿Para qué iba a hacer eso?

—Para comprobar que, en todo este tiempo, no se habían alterado ni la distribución ni el mobiliario de la casa. Me he dado cuenta nada más ver la cretona descolorida y esos anticuados taburetes de teca. Habrá cien explicaciones distintas para que supiera usted cómo era: historias y anécdotas familiares o incluso fotografías de grupo en las que se viese el interior. Después de todo, esta casa fue de su abuelo antes de que conociera a Rosa Diamond.

—Pero ¿por qué iban a importarme la distribución o el mobiliario de la casa?

Basil sostuvo la mirada de aquellos ojos pálidos.

—Se lo diré enseguida. Por ahora, mi relato ha ido parejo al suyo en todos los hechos, salvo por la interpretación que les he dado. En este punto, sin embargo, empieza a diferir en los propios hechos, puesto que creo que continuó usted apareciendo en Maidstone vestido de mujer para que la creencia generalizada en el doble de Faustina se reforzara y, al final, llegara a oídos de esta. En esas ocasiones, ya se esforzó por vestirse exactamente igual que ella, por imitar su postura, su modo de andar y sus gestos, e incluso domó la picardía de su propia expresión para adoptar el aspecto serio y melancólico de la joven. Era silencioso como un fantasma con sus zapatos de suela de goma. Tenía la precaución de aparecer solo con poca luz y a una distancia prudente de los testigos. Para entonces ya conocía la historia de Sagée, se habría informado sobre la leyenda del *doppelgänger*, y se tomó la molestia de reproducir algunos de los detalles más teatrales. No podía confiarle sus planes a Alice Aitchison. Era demasiado voluble para ser su cómplice y podría haberlo delatado en cualquier momento.

Tal vez esperaba que ella también llegase a creer en el doble…

»Se alegró sobremanera cuando despidieron a Faustina de Maidstone a causa del doble. Perder el empleo es algo muy real y los motivos nunca pueden parecer del todo imaginarios. La propia Faustina creería entonces en el doble y eso era fundamental para su propósito. La localizó de nuevo en Brereton y envió allí a su hermana pequeña. La señora Lightfoot me dijo que la chiquilla acudía a una escuela diurna en Nueva York hasta este otoño, pero usted tenía que saber lo que pasaba en Brereton y sabía que Meg actuaría de espía inconsciente, así que la cambió. Por desgracia para Alice Aitchison, ella también solicitó un empleo en Brereton cuando se enteró de que su hermana estaba allí, pues seguía enamorada de usted y esperaba que eso volviera a acercarlos.

»En Brereton repitió su papel como el doble de Faustina, utilizando las puertas ventanas para entrar y salir y la escalera de servicio para moverse por el colegio sin llamar la atención. Faustina había cambiado su abrigo de pelo de camello por un sobretodo azul. Usted se compró uno igual y copió su ropa de abrigo en todos los detalles, de modo que siempre tuviera excusa para llevar puesto un sombrero que le tapase la cara. Eligió a sus testigos con esmero: criadas ignorantes y sugestionables y muchachas atolondradas de trece o catorce años, una de ellas su propia hermana. Al igual que en Maidstone, tuvo cuidado de aparecer solo a una distancia prudencial de esos testigos y bajo una luz tenue y engañosa. Por muy cuidadoso que fuera, sin embargo, era inevitable que la suerte le fallase alguna vez si aparecía tan a menudo. En alguna ocasión calculó mal y varias veces se escabulló por los pelos, y cualquiera de ellas podría haber tirado por tierra su plan si no hubiese mantenido la calma. Una vez tuvo que echar el pestillo de la puerta principal para retrasar a Alice y a Gisela, a las que vio llegar por el camino de la entrada, y que le diera tiempo a salir del edificio por otro sitio. Otro día se cruzó con la doncella, Arlene, en la escalera de servicio, demasiado cerca para sentirse a salvo, aunque ya estaba anocheciendo y tuvo la osadía suficiente para salir airoso. En otra ocasión, casi lo descubren en el piso de arriba y se vio forzado a bajar por la escalera principal y a pasar junto a la mismísima señora Lightfoot. Ni de lejos habría elegido usted a propósito una testigo tan madura. En ese momento tuvo que ser un suplicio, pero su presencia de ánimo lo empujó a adelantarla corriendo, de malos modos incluso, confiando en que lo repentino de la situación la desconcertara, y se escabulló por una puerta ventana del salón a oscuras justo cuando Arlene entraba al comedor, desde donde no podía verlo. Estos dos últimos incidentes son las únicas situaciones en las que se acercó tanto a alguien y estoy convencido de que ambas fueron algo involuntario por su parte, dos instantes de mala suerte. Sin embargo, una vez que

salió triunfante de ellas, aportaron una tremenda verosimilitud a la historia del doble. Cualquiera argumentaría que un farsante no iba a arriesgarse tanto a que lo desenmascarasen…

»Claro que siempre había un riesgo, en todas sus apariciones, pero estaba protegido por una cosa: el miedo supersticioso de los testigos los mantenía a distancia. Además, creo que su carácter le hace disfrutar del riesgo como un estímulo y, hasta ese momento, no había cometido ningún delito grave, aunque hacerse pasar por una mujer en público es técnicamente una infracción. Si lo pillaban, podría pasar por una broma. De dudoso gusto, sin duda, pero nada serio…

»La presencia de Alice Aitchison en Brereton era otro molesto contratiempo, algo que no había tenido en cuenta en sus cálculos. Por supuesto, en cuanto oyó los nuevos rumores sobre Faustina en Brereton, supo que usted era el supuesto doble. No tenía forma de saber lo que pretendía y, sin duda, otra vez dio por hecho que estaba utilizando su viejo truco para verse con alguna chica allí. Al principio, seguía amándolo lo suficiente para protegerlo y recomendar a Gisela que no me contase nada de lo que ocurría, pero usted entendió que, en cuanto Alice se diera cuenta de que había perdido su amor sin remedio, dejaría de encubrirlo y probablemente lo traicionaría. El día de la fiesta en la escuela ya estaba mostrando interés por otro hombre, Floyd Chase, y usted supo que tendría que matarla.

—¡Alice! —Vining parecía sorprendido e incrédulo—. ¿Cree que yo maté a Alice?

Basil contestó sin inmutarse, en un tono práctico.

—Tenía que matarla porque ella era la única persona que sabía que usted podía suplantar a Faustina con tanta habilidad.

—¿Y por qué me iba a importar eso?

—Porque eso convertía a Alice en la única persona capaz de adivinar cómo podía matar a Faustina sin estar presente en el momento de su muerte. Alice debía morir antes que Faustina o usted no estaría a salvo.

»Se fue pronto de la fiesta, justo después de decirle a Gisela que iba a bajar hasta el camino de la entrada para echar un trago al *whisky* que tenía en el coche. En realidad, volvió a su habitación en el hostal del pueblo para coger su remedo del abrigo azul y del sombrero marrón de Faustina antes de ir al encuentro de Alice en el cenador, donde la había citado. Eligió ese lugar porque estaba a más de ciento cincuenta metros de la casa. Cualquiera que, por casualidad, lo viera allí desde una ventana, a esa distancia, lo confundiría con la señorita Crayle.

»Hace un momento ha dicho que dejó a Alice junto al cenador, sola. La versión de Beth Chase es distinta. Ella dice que la señorita

Crayle extendió un brazo y empujó a la señorita Aitchison y que esta gritó y se cayó de espaldas por los escalones. ¿Le dio usted un empujón a Alice que la hizo caer y romperse el cuello? En ese caso, fue un riesgo calculado de forma muy hábil. Si alguien llegaba a verlo, sería de lejos y lo identificarían como Faustina. Si Faustina no tenía coartada, tal vez la acusaran de asesinar a Alice. Si la tenía, volverían los rumores sobre el doble, con un largo historial de incidentes que sostenían esa fantasía y que se remontaban hasta Maidstone, con testigos que no tenían motivo alguno para perjurar. Así, la policía desecharía todo aquello tachándolo de histeria y la muerte de Alice acrecentaría sobremanera el miedo que mucha otra gente le tenía al doble, incluida la propia Faustina.

Vining había escuchado aquellas acusaciones con un interés impersonal que habría puesto a prueba el autocontrol de cualquier otro hombre. Sin embargo, aunque por fuera parecía sereno, confiado y radiante a la rosada luz del fuego, se diría que en el fondo albergaba algo enfermizo, un extraño agostamiento emocional, como si en él las reacciones humanas naturales estuvieran anestesiadas o atrofiadas.

Al fin habló de nuevo, sin resentimiento aparente.

—Ahora entiendo por qué se dice que las pruebas indirectas resultan engañosas —comentó en un tono tan informal como si estuviesen hablando de otra persona—. Ha armado un caso bastante consistente contra mí. Resulta fascinante ver cómo cada pieza encaja en su lugar, cómo todos los hechos ciertos pueden hacerse encajar en una teoría errónea. Sin embargo, falta un detalle, el quid de todo este asunto. ¿Cómo he matado a Faustina? Verá, se ha dictaminado una muerte natural. Paro cardiaco. Y yo no estaba aquí cuando murió. Eso lo puedo jurar.

—Por supuesto que no estaba aquí cuando murió —repuso Basil—. Eso lo habría estropeado todo.

—¿Cómo?

—Permítame que cite a la propia Faustina: «Imagínese que, mientras estoy sola en mi habitación, de pronto veo una figura y un rostro cerca de mí y lo reconozco como mi propio rostro, en todos los detalles y con todos los defectos, incluso este granito que tengo en la mejilla izquierda. Entonces sabría que es real y creería que voy a morir…».

Vining se rozó la tersa mejilla con las yemas de los dedos.

—Pero yo no tengo granitos. Y no estaba aquí.

—¿Alguna vez ha entrado en una habitación desconocida a la media luz del anochecer y ha visto a un extraño caminando hacia usted? ¿Y luego se ha dado cuenta, con el consiguiente varapalo para su confianza en su propio sentido de la identidad, de que ese extraño

no era más que usted mismo reflejado en un espejo?

—Esta habitación no era desconocida para Faustina —replicó Vining—. Y el único espejo está sobre la repisa de la chimenea, demasiado alto para confundirlo con la realidad.

—Usted conocía esta casa y estos dos salones, sabía que son prácticamente iguales en tamaño y forma, en el número y la posición de las ventanas, que están amueblados en los mismos colores y casi con las mismas cosas y separados el uno del otro solo por una doble puerta de cristal…

»¿Se limitó a clavar una cortina negra detrás? ¿O encajó un cartón negro detrás de cada panel, por dentro de la moldura, como hacen los pintores aficionados cuando trabajan con marcos pequeños y no quieren manchar la ventana? Ahora hay arañazos en el marco de esas puertas. Tal vez luego tuvo que sacar los cartones a toda prisa con una aguja afilada… Y, por supuesto, puso bombillas fundidas en los apliques del techo de esta primera estancia.

»Faustina entró en la casa vacía, a oscuras, y dejó la llave en la puerta mientras encendía la lamparita del vestíbulo. Fue una casualidad que pasara al salón justo después, pero de todas formas acabaría entrando en un momento u otro y, cuando lo hiciera, solo podía ocurrir una cosa. Pulsaría el interruptor de la luz que hay junto al arco. No se encendería, claro, porque las bombillas estaban fundidas. Un movimiento la haría mirar entonces hacia las puertas de cristal, ahora convertidas en espejo con algo negro por detrás. ¿Qué movimiento? El suyo, reflejado ahí. Pero ella no sabría que era un reflejo. Creería, con absoluta convicción, que los cristales de esa puerta eran transparentes. No sabía nada de una trasera negra. No había nada que le indicase que lo que veía era un reflejo del primer salón en un espejo improvisado en lugar del segundo salón visto a través del cristal, puesto que los dos son casi idénticos. La luz, tenue e irregular, que llegaba desde la lamparita del vestíbulo sería engañosa y no llegaría a iluminar del todo el segundo salón. No dejaría ver la pared lateral, que es la que difiere de este primer espacio en una cosa: no tiene chimenea.

»¿Entiende lo que ocurrió? A Faustina la mató su propio reflejo porque lo vio donde no creía posible que hubiese ninguna superficie espejada, en esas puertas que ella sabía que eran transparentes. Durante más de un año, su mente se había visto sometida a una preparación psicológica intensiva para creer en el mito del *doppelgänger*. *Aquel que ve a su propio doble está a punto de morir*. Y tenía el corazón débil, así que… se desplomó, aterrorizada por la más antigua y simple de todas las ilusiones, su propio reflejo. Cayó al suelo muerta de miedo cuando allí no había nada de terrorífico, solo un cristal, impasible e incoloro como el agua, reflejando el cuerpo

postrado bocabajo de una joven sin vida.

»El ingenio de su método era el uso combinado de la suplantación y los reflejos. En la mente de Faustina, su doble fantasmal estaba imbuido de ambas propiedades y, por tanto, no podía ser ni una cosa ni otra, tenía que ser un auténtico fantasma. Ningún reflejo podía moverse libremente ni en el interior ni en el exterior donde no hubiera espejos, como hacía usted en Brereton. Ningún reflejo podía verse de manera simultánea a la propia Faustina haciendo movimientos diferentes, como ocurrió en Brereton. Sin embargo, aunque todo eso podría sugerir una suplantación, ningún imitador podría reproducir el rostro de Faustina, su figura y su ropa, con tanta exactitud en los detalles como la imagen que vio anoche en su improvisado espejo. Le hizo creer que los dos fenómenos eran una misma y única entidad y eso fue su perdición.

—Está haciendo un magnífico ejercicio de imaginación, doctor Willing. Dígame, ¿cómo sabía yo que Faustina vendría a su casa esa noche en particular?

—Porque la llamó y le pidió que se encontrara aquí con usted. Alguien lo hizo. Ella misma se lo insinuó a Gisela, aunque sin decirle nombres. Sin duda, se presentaría a sí mismo como uno de los misteriosos parientes de su padre, por los que llevaba tanto tiempo preguntándose. Podría contarle cosas sobre Watkins y sobre su madre que lo identificarían como tal sin mencionar su nombre. Tal vez le dijo que era hija ilegítima, para que entendiera su deseo de conocerse en secreto y evitar un escándalo. Sería un señuelo muy potente para una chica solitaria como Faustina.

—Y mientras ella moría, ¿yo estaba preparando una coartada?

—No, eso sería burdo. Usted es sutil. Y tenía que quitar el cartón o la cortina, o lo que fuera que utilizase, antes de que encontraran el cadáver. Por eso vino aquí justo después de que Faustina muriese. Una vez más, iba vestido como Faustina Crayle, al igual que cuando llegó al pueblo unos días antes para convertir las puertas en espejo y un mecánico se ofreció a llevarlo cuando lo vio andando por la carretera. Con un poco de suerte, podría haberlo hecho todo sin que lo viera nadie ninguna de las dos veces. Tal y como se dieron las cosas, las dos veces lo vieron, pero lo confundieron con Faustina, como había previsto. Sabía que, si la policía se enteraba de que habían «visto a Faustina» después de su muerte, solo podría pasar una cosa: la historia del doble de Faustina se convertiría en la historia del fantasma de Faustina y, al final, despacharían todo el asunto como una superstición rural.

»Anoche quitó la cubierta negra pocos minutos después de que Faustina muriese. Tenía razones de sobra para creer que estaría solo en la casa durante horas, pero entonces oyó que un coche se acercaba

por los pinares. Mala suerte otra vez. Faustina había invitado a una amiga a pasar aquí el fin de semana, Gisela. Por eso no pudo quedarse a cambiar las bombillas fundidas por las buenas como era su intención. Tuvo que salir corriendo y dejar la puerta principal abierta y la lámpara del vestíbulo encendida, como las había dejado Faustina. Intentó huir entre los árboles sin que lo vieran, pero era una noche oscura y acabó en la carretera, donde Gisela casi lo atropella con el coche. Cuando los faros se apagaron debido a un cortocircuito, se escabulló en silencio gracias a sus suelas de goma. En la resbaladiza capa de agujas de pino no podía dejar huellas y la lluvia ya había borrado las que hubiera en la carretera antes de que Gisela encendiese la linterna.

—Un relato de ficción magnífico, pero nada más. —Vining se rio en silencio—. No tiene pruebas.

—¿De verdad? Hay algunos puntos demostrables.

—¿Cómo cuáles?

—Todos los cuerpos humanos tienen algún tipo de olor: la ropa, la loción de afeitado, algo. La señora Lightfoot era la única testigo fiable en Brereton que se había acercado lo suficiente al doble y dijo que no olía a nada. ¿Significa eso que en efecto no era humano? ¿O hay alguna circunstancia que hace que un cuerpo parezca inodoro para otra persona? Solo una: que los dos cuerpos tengan el mismo olor. Dos mujeres que utilizan el mismo perfume no lo notan la una en la otra. Un no fumador que besa a un fumador percibe claramente los vapores de la nicotina, pero dos personas que fumen, si se besan, pensarán que ambas tienen el aliento fresco. La señora Lightfoot se pone siempre unas gotitas de hierbaluisa. Como el doble le pareció inodoro, debía de ser alguien que también utilizara la hierbaluisa. Alguien con un hábito tan arraigado que se olvidó de prescindir de ello cuando suplantaba a Faustina. Un hombre, lo más probable, pues la señora Lightfoot dice que en realidad es una loción de afeitado. Y desde luego no Faustina, porque ella solo utilizaba lavanda.

»Eso estrechó bastante la búsqueda del doble. Alguien que se parecía a Faustina lo suficiente para hacerse pasar por ella a cierta distancia y sin mucha luz; alguien que utilizaba de manera habitual loción de hierbaluisa; alguien que tenía relación tanto con Maidstone como con Brereton; alguien que tenía motivos para causar algún daño o para destruir a Faustina.

»Cuando entré en la biblioteca de mi casa anoche, percibí un ligerísimo aroma a hierbaluisa, pero no estaba seguro de si venía de la señora Chase, del señor Chase o de usted. Hace unos minutos, cuando lo he visto de pie en el umbral del arco, me ha vuelto a llegar esa delicada fragancia y, entonces, lo he tenido claro.

Vining mantenía su aire de indiferencia anestesiada.

—Brillante. Ingenioso. Verosímil. —Hablaba con entusiasmo intelectual—. Solo que, por desgracia, no es cierto. El asunto en general, me refiero. Claro que uso una loción de *verveine* después de afeitarme… Pero le he dicho la verdad sobre mí y sobre Faustina. Puede que no me crea, pero yo sé que es la verdad, lo crea o no. E incluso si cree en sus propias conjeturas, no puede demostrarlas. Eso de la hierbaluisa es demasiado endeble.

Luego se levantó y empezó a recorrer la habitación de acá para allá, inquieto, con las manos en los bolsillos, observando las puertas de cristal y el aplique de la luz del techo con la despreocupada curiosidad, al parecer, de un turista visitando un sitio donde se hubiera escrito la historia antigua. Al final se detuvo y esbozó su maliciosa y descarada sonrisa.

—Siempre he dicho que un asesino que quiera salirse con la suya tiene que conocer la ley. Es su única oportunidad.

—¿A qué se refiere?

—Ya lo sabe. Tiene que saberlo. De lo contrario, ahora mismo estaríamos en una comisaría en lugar de disfrutando de esta deliciosa conversación íntima, como en el final de una novela de misterio. Incluso si todo lo que ha dicho usted fuera cierto, cosa que no estoy admitiendo, yo seguiría sin ser un asesino.

—¿Por qué no?

—¡Ah, cree que no sé la respuesta! ¡Pues sí! Si hubiera matado a Faustina del modo que usted piensa, ahora estaría agradecido por ese año de Derecho que estudié antes de decidirme por los bonos. Como bien sabrá, mi estimado doctor Willing, es prácticamente imposible demostrar un asesinato, o incluso un homicidio, cuando se mata a alguien asustándolo hasta la muerte. Sobre todo, si se sabe que la víctima tenía el corazón débil. ¿Cómo podría demostrar en un tribunal que nada de lo que yo pudiera haber hecho le provocó el infarto? Podría haberlo sufrido de todos modos, por cien causas distintas internas o externas. Desde el punto de vista legal y médico, se puede demostrar que una lesión física es la causa de una muerte: una herida de bala, una cuchillada, un golpe, veneno, pero ¿quién puede demostrar que un daño psicológico ha causado un paro cardiaco, más allá de toda duda razonable? Y eso es lo que tiene que hacer para condenar a alguien por homicidio o asesinato. Los fiscales no llevan a juicio casos que no pueden ganar. En un pleito civil, solo hace falta tener una mayoría de pruebas a tu favor, de modo que, en casos como este, muerte por daño psicológico o trauma, lo peor que te puede pasar es que la familia de la víctima te demande por daños, pero la pobre Faustina no tenía familia. Era bastarda.

Basil se levantó.

—Se olvida de una cosa: Alice Aitchison no murió de miedo. Beth

Chase vio que la empujaba por una escalera alguien que parecía Faustina y que llevaba la ropa de Faustina. Se puede demostrar que usted compró ropa como la de Faustina. Se puede demostrar que era usted pariente natural de Faustina y, de todas las personas que había en Brereton ese día, solo usted se parece lo suficiente a ella para que lo confundieran si llevaba una ropa similar. Y también se puede demostrar que había discutido con Alice, por la razón que fuera. Es por la muerte de Alice por la que van a condenarlo, Vining. Ahora voy a entregarlo a la policía.

Por primera vez, Vining sorprendió a Basil cuando le dijo, con mucha calma:

—Como quiera, no me importa.

—¿Por qué no?

—Imagine que me absuelven. Tendría que seguir viviendo con esto.

—¿La culpa?

—Algo más complicado. Pongamos por caso que mi historia es cierta. ¿En qué situación me deja eso? —Los ojos pálidos y enigmáticos del joven miraban por la ventana sin persianas y contemplaban el pródigo brillo de las estrellas que cubrían el cielo de horizonte a horizonte—. Yo sé que soy inocente. Sé que no he pergeñado ese laberíntico abracadabra que usted describe, pero soy el único que puede saberlo, así que… Soy el único que tiene que enfrentarse a preguntas bastante inquietantes. Y tengo que hacerlo solo. ¿Qué ocurrió en Maidstone y en Brereton? ¿Y qué vio Faustina anoche, cuando entró aquí, que la mató de la impresión?

—¿Insiste en esa fantasía? ¿Incluso ahora?

—Por supuesto. Hay algunos detalles que no ha explicado. ¿Por qué se movía Faustina en ese estado de trance, como a cámara lenta, mientras Meg y Beth estaban viendo… su espejismo?

—Faustina tomaba vitaminas con las comidas. Usted tuvo sobradas oportunidades para sustituirlas por otras píldoras del mismo tamaño y color que contuviesen algún somnífero suave. Por eso las vitaminas no mejoraban la fatiga ni la anemia de Faustina, como advirtió Alice. No le resultaría difícil calcular cuándo aparecer como el doble para que transcurriera el tiempo necesario, después de una comida, y que la droga empezase a hacerle efecto. Cuando Faustina se fue de Brereton, se llevaría las píldoras con ella y por eso tenía la voz somnolienta justo después de haber tomado el té, cuando habló por teléfono con Gisela durante la fiesta de la escuela. Se trata de otro detalle que copió de la historia de Émilie Sagée. Ella también se movía con una especie de sopor cuando aparecía su doble.

—Cree que puede explicarlo todo, ¿verdad? Pues intente explicar

esto: ¿cómo podría alguien como yo, suplantando a Faustina, saber que esta había reprimido el impulso de adelantar a la señora Lightfoot en las escaleras y materializarlo?

—Casualidad. Buena suerte para usted. Mala suerte para Faustina.

—¿Casualidad? ¿Suerte? ¿No se le ocurre nada mejor? Cada vez que pienso en ese incidente en concreto, me entra una especie de… desazón, ¿a usted no?

Hablaba tan serio que, por un momento, Basil estuvo a punto de creerlo. Luego, el peso abrumador de su educación científica cayó en el otro platillo de la balanza.

—¿Por qué seguir fingiendo, Vining? Aquí, esta noche, no hay más testigos. Nunca podré demostrarle a nadie más lo que admita ahora. ¿Por qué no cuenta la verdad por una vez? Psicológicamente, será un alivio para usted. En los próximos años, esté o no en la cárcel, el secreto se le hará cada vez más pesado. Deseará otra oportunidad para hablar con sinceridad, pero ya no la tendrá.

Vining cabeceó despacio de un lado a otro.

—No me cree. —Lo dijo con rotundidad, como un hecho. La clara piel de su rostro brillaba radiante a la luz de la lámpara—. Ni usted ni yo ni nadie más sabrá nunca toda la verdad sobre este asunto. Ni sobre nada más. Todo es un misterio. Un pequeño rompecabezas más no puede sumar ni restar mucho. —Volvió a mirar por la ventana, a las estrellas, y sonrió para sus adentros—. ¡Sabe Dios lo que habrá ahí arriba en cualquier caso!